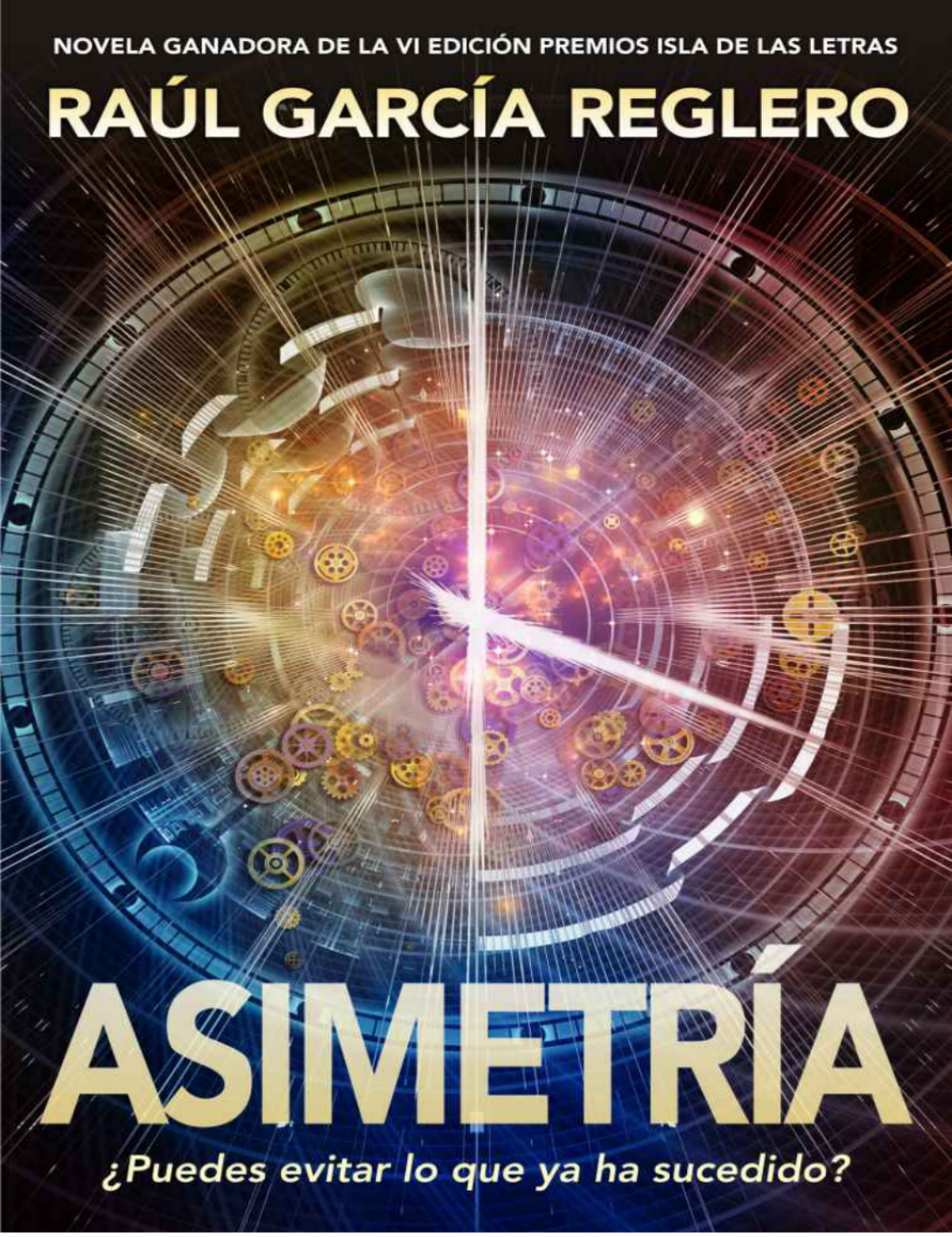
NOVELA GANADORA DE LA VI EDICIÓN PREMIOS ISLA DE LAS LETRAS

RAÚL GARCÍA REGLERO



ASIMETRÍA

¿Puedes evitar lo que ya ha sucedido?

Asimetría

Raúl García Reglero

Título: Asimetría
© 2016, Raúl García Reglero
Primera Edición
Versión digital
Todos los derechos reservados

Dedicado a mi hijo Ían. Si tuviera más vidas, desearía que estuviera presente en todas ellas.

Índice

PRIMER DÍA
SÉPTIMO DÍA
SEXTO DÍA
QUINTO DÍA
CUARTO DÍA
TERCER DÍA
SEGUNDO DÍA
PRIMER DÍA

PRIMER DÍA

Si he logrado ver más lejos, ha sido porque he subido a hombros de gigantes. (Isaac Newton)

Los suburbios eran un conglomerado de etnias, donde cada una se agrupaba, como parecía normal, según su procedencia. Eran principalmente inmigrantes que buscaban una manera de ganarse la vida. Procedían de los cinco continentes, representando multitud de nacionalidades. La mayoría de ellos regentaban negocios propios, pero una parte importante se desplazaba diariamente al centro para trabajar en las diferentes empresas tecnológicas que allí estaban presentes. Las calles eran estrechas y empedradas, con edificios y casas de pequeña altura. Los diferentes barrios se entrelazaban, como si se tratara de uno sólo.

A Vera le encantaba esa arquitectura, tan distinta de donde ella residía. Los restaurantes, las tiendas, los cafés a pie de calle; cada vez que iba era como desplazarse a las antípodas de la ciudad.

Esperaba a que el camarero le trajera el té. Estaba sentada en su rincón favorito, al lado de la puerta de entrada del café Taj. Miraba la hora en el peculiar reloj de la pared. Las agujas giraban de derecha a izquierda, en sentido contrario a los relojes normales. Siempre le había llamado mucho la atención ese reloj.

Le encantaba salir de la zona metropolitana de la ciudad para disfrutar de la cálida humanidad que se respiraba en los suburbios. Procuraba ir todas las semanas para relajarse del ajetreo cotidiano, pero sobre todo, para escapar durante unas horas del control absoluto que la ciudad ejercía sobre sus ciudadanos.

Borró con la yema de los dedos el vaho que cubría la ventana. Observaba meditabunda a través de ella la calle engalanada con los adornos navideños. Recordaba cómo en su infancia paseaba con sus abuelos por su ciudad natal en España, disfrutando de su luminosidad durante esas fechas tan señaladas. Quedaban seis días para año nuevo y todo estaba dispuesto para celebrarlo.

—Aquí tiene el té —le dijo el camarero mientras deslizaba la taza por la mesa.

Cada habitante de la ciudad hablaba en su idioma natal. Eso ya no suponía ningún obstáculo desde hacía unos años, gracias el desarrollo del traductor simultáneo. Era un pequeño dispositivo que se colocaba en el oído interno mediante una pequeña operación, y que traducía cualquier idioma al propio de la persona que lo llevaba, derribando así la barrera idiomática que tan perjudicial había sido en muchas ocasiones. Vera, por supuesto, llevaba uno.

Era una de la multitud de patentes que se gestaban en las entrañas

de las grandes corporaciones de la ciudad. El primer traductor había sido un fracaso. En las conversaciones, la voz del interlocutor se solapaba con la traducción, imposibilitando así la comprensión. Pero con el segundo, que era el actual, consiguieron solucionar el problema, lo que lo convirtió en el avance tecnológico más importante de la última década. De todas maneras, seguía teniendo detractores. Muchos educadores pensaban que debido al traductor se había perdido la importancia del aprendizaje de los idiomas, que ayudaba a ejercitar las capacidades cerebrales de una manera importante.

Vera dio un sorbo al té mientras pensaba la manera de contárselo a Andy. No sabía cómo enfocarlo. Él era un enamorado de aquella ciudad y el disgusto sería terrible. Estaba harta de la metrópoli; del lacerante control que cometía sobre sus ciudadanos. No se lo había dicho a Andy, pero llevaba más de seis meses visitando a un psicólogo. No lo soportaba más y el detonante era el embarazo. No lo había buscado, pero había ocurrido; le embargaba la felicidad. Quería tener a su hijo y bajo ningún concepto renunciaría a él. Quería irse y esa misma noche se lo diría a Andy.

Se levantó un instante para coger el periódico que estaba sobre la mesa contigua. Tenía unas ganas enormes de leer el último artículo escrito por su marido.

A Vera le encantaba sentir el tacto del papel entre sus dedos. Prácticamente nada de la prensa escrita se hacía ya en papel: todo se publicaba en la red. Aquel periódico local era una excepción. Nada era original, se editaba con artículos recopilados de otros diarios digitales, y aunque estaba prohibido, nadie le daba la mayor importancia debido a la escasa repercusión que tenía.

De repente, la pulsera holográfica de Vera se encendió. Era Andy. Aceptó la llamada en modo privado, para evitar posibles indiscreciones. Podía ver la holoforma del interlocutor, pero el sonido se transmitía directamente al traductor de oído.

—¿Qué tal, princesa? —le preguntó Andy con una sonrisa en los labios.

—Bien, cariño —respondió melancólicamente.

—Voy a llegar muy tarde a casa. Estamos muy ocupados en la redacción preparando el gran acontecimiento.

La inauguración del nuevo acelerador de partículas iba a tener lugar en la ciudad nada más se diera la bienvenida al año nuevo. Era el más grande que se había construido nunca, y suponía un hito histórico, porque, según decían los físicos que estaban trabajando en el proyecto, la repercusión que tendrían los descubrimientos que se pudieran conseguir sería colosal.

—Estoy en el Taj tomando un té. Estaba a punto de comenzar a leer tu artículo, aunque me lo estaba pensando, ya que no me has querido

decir sobre qué trata –le reprochó cariñosamente.

—No te lo he dicho porque quería mantener el suspense. Sabes que es sobre el acelerador, no necesitas más. Espero que te guste, pero sobre todo, que te emocione. Bueno, te dejo, tengo que seguir trabajando. Te quiero.

–Yo también te quiero. Nos vemos por la noche. Tenemos que hablar.

SÉPTIMO DÍA

La imaginación es más importante que el conocimiento. (Albert Einstein)

Amanecía en la ciudad de Horologium. Formada en su mayor parte por colosales edificios que horadaban los cielos, era una apuesta de la humanidad para el futuro. Decenas de pequeñas empresas tecnológicas se creaban en ella anualmente, siguiendo los pasos de las grandes corporaciones que llevaban allí desde su fundación. Multitud de negocios de diversos tipos se originaban al calor de la riqueza que generaba ese boom tecnológico.

La catastrófica situación mundial obligó a su creación. La superpoblación, causada por la falta de acuerdo entre los diversos países para un control demográfico más estricto, la escasez de recursos, el desigual reparto de la riqueza y las cada vez más habituales crisis económicas que derivaban en millones de pérdidas humanas, llevó a la creación de esta ciudad. Era un proyecto ambicioso que buscaba el desarrollo de tecnologías que pudieran evitar el Apocalipsis, y cuya finalidad principal era buscar la cooperación de personas de múltiples nacionalidades en un mismo territorio.

En sus inicios fue gobernada por representantes de las Naciones Unidas, recomendados, por decirlo de una manera liviana, por los países más poderosos. Estos tenían una mayor cuota de participación, por lo que imponían la mayoría de las decisiones que se tomaban con respecto a la ciudad.

Pero pasados unos años desde su creación, y como cualquier antigua colonia, sus habitantes empezaron a sentir su patriotismo. Revueltas que duraron años obligaron a las naciones a entregar la soberanía a sus ciudadanos; aunque las grandes inversiones que se habían hecho restringían en ciertos aspectos esa soberanía.

Ningún habitante de Horologium era considerado extranjero, pero los requisitos para ser residente eran muy rigurosos. Se llevaba un estricto control de la población con el fin de mantener una aceptable sostenibilidad. La procreación estaba sometida a unos controles muy duros: el tiempo que podía pasar desde que solicitabas el permiso para tener un hijo hasta que te era concedido podía ser enorme. Si alguien tenía un hijo sin permiso gubernamental, era expulsado de la ciudad.

El centro urbano de la ciudad estaba controlado por un superordenador cuántico denominado JCN. Se había construido en lo alto de un pequeño y escarpado islote situado en la bahía, a unos dos kilómetros de la costa. Se podía acceder en barco y por aire en helicóptero, aunque este medio estaba reservado para las autoridades.

Su protección era máxima. Más de cincuenta agentes de la policía velaban por su seguridad. Su supervisión estaba en manos de una decena de informáticos que se encargaban de su perfecto funcionamiento.

El JCN ejercía un control casi total sobre la ciudad y sus habitantes. Todo el tráfico de la zona metropolitana estaba automatizado, lo que impedía la conducción manual de cualquier tipo de vehículo. Gracias a este sistema no se producían accidentes ni atascos: el tráfico fluía de una manera impecable.

A las personas que residían en la ciudad se les implantaba un pequeño chip en uno de los hombros, lo que permitía al JCN conocer en todo momento su posición, y lo que era más importante, su estado de salud. Este detalle había salvado muchas vidas, gracias a la rápida respuesta de la emergencia sanitaria. Para muchos, esa seguridad era algo extraordinario, aunque no todo el mundo estaba de acuerdo.

La influencia del JCN era limitada. Se extendía a toda la zona metropolitana, pero los suburbios estaban fuera de su ámbito. Cada vez más personas de todos los lugares del mundo se instalaban a vivir en ellos. Unos eran residentes, y aunque podían vivir en la zona de control, no querían. Otros eran registrados, que tenían permiso de entrada y salida a la metrópoli, pero no podían residir en ella. Y por último los ilegales, que no disponían de ninguna de las dos condiciones.

Andy estaba acostado sobre la cama con los ojos enrojecidos debido a las lágrimas de los últimos días. A pesar de la oscuridad de la habitación, cerraba los párpados intentando recordar cada rasgo de la cara de su amada Vera. Lo hacía una y otra vez sin obtener ningún éxito, lo que le producía un sentimiento de frustración inimaginable. No podía aceptar la muerte de su esposa, y menos en tan violentas circunstancias.

Había llegado la noche anterior de España, donde habían dado a Vera cristiana sepultura, como así era su deseo. Hacía varios años que Andy no había ido por su país de nacimiento. El dolor le impidió disfrutar del reencuentro con sus familiares y su tierra.

Andy se incorporó sobre la cama. Se frotó los ojos con las palmas de las manos y puso los pies sobre la tarima que cubría el suelo. Las luces de la habitación se encendieron y las persianas que protegían las ventanas comenzaron a difuminarse, permitiendo que entrara la claridad del exterior. A medida que ésta penetraba en la habitación, la luz artificial iba disminuyendo su intensidad hasta apagarse por completo. Todo estaba automatizado y fabricado con nanopartículas, lo que permitía hacer cambios asombrosos en el aspecto de la

estructura.

Llevaba viviendo allí unos quince años. Pagaba un alquiler razonable, pero Vera y él siempre habían querido tener un hogar en propiedad. Nunca se habían decidido, ya que, aunque los dos percibían unos salarios considerables, los precios en la ciudad eran prohibitivos.

Mientras se aseaba, su pulsera holográfica empezó a sonar. Estaba sobre la mesita derecha de la cama. Se acerco y la cogió. Era una llamada de Greg. Pulsó sobre la pantalla y la imagen holográfica de Greg cubrió la pulsera.

—Buenos días, Andy. ¿Qué tal estás? —preguntó con prudencia.

—Soportando el temporal —contestó Andy evitando sollozar—. ¿La redacción? Supongo que el ajetreo de estos días será colosal.

Greg era el director de la revista "Empire", donde Andy trabajaba como periodista desde hacía varios años. Sus contenidos estaban vinculados a la ciencia y la tecnología. En esos días el nerviosismo era evidente; esa noche, coincidiendo con el año nuevo, se haría la primera prueba de funcionamiento del mayor acelerador de partículas del mundo.

—Estamos hasta arriba de trabajo, pero la emoción lo compensa — dijo Greg—. ¿Puedes conectar la visión real?

—Sí, ahora mismo.

Andy colocó la pulsera sobre un adaptador instalado en el brazo izquierdo de la silla holográfica que tenía junto a la mesa de comedor, mientras se sentaba en ella. En el brazo derecho, una pantalla reflejaba todo el menú de la pulsera. Seleccionó la opción "visión real" y la habitación comenzó a convertirse en la redacción de la revista. Se trataba de una tecnología novedosa. Las nanopartículas que permeaban toda la estructura posibilitaban la recreación del entorno donde se encontraba el interlocutor. Era como si estuviera sentando en el despacho de Greg. Mientras, éste veía la imagen holográfica de Andy a tamaño natural sobre otra silla holográfica, colocada a tal efecto en su despacho de la redacción.

—¡Es fantástico! Me asombran cada vez más los avances de este tipo — dijo Greg.

—Sí, es increíble.

—Bueno, Andy, vamos al grano. Como ya sabes, siento mucho lo sucedido y cualquier cosa que necesites no dudes en pedírmela…

—Lo sé —le interrumpió Andy—. Pero no seas condescendiente, ya sabes que no lo soporto. No me gusta el tono que estás empleando, así que dime ya lo que tienes en mente.

Para Andy, Greg, más que un jefe, era un amigo. Hacía unos dieciocho años que se conocían. Por aquella época Andy trabajaba como freelance y colaboraba con varios periódicos y revistas. Se

conocieron en una conferencia sobre nuevas tecnologías y fue allí donde Greg le ofreció trabajar de una manera continua en su revista. Desde entonces la relación fue transcendiendo lo profesional, hasta convertirse en una íntima amistad.

—Está bien. Como ya sabes, habíamos decidido que tú cubrieras tanto la conferencia de prensa de Li Chen y Russel Smith, como la inauguración del acelerador.

Li Chen y Russel Smith eran dos de los físicos que dirigían el proyecto del acelerador de partículas. Esa tarde iban a dar una rueda de prensa para todos los periodistas acreditados en el Hotel Futura, situado en el centro de la ciudad.

—Están siendo días complicados para ti —continuó Greg—. El asesinato de Vera nos ha conmocionado a todos, y conociéndote, no creo que estés en las condiciones idóneas para trabajar, por lo que he decidido sustituirte por un compañero.

—¡No me puedes hacer esto, Greg! —vociferó Andy mientras su proyección holográfica sufría distorsiones debido a sus movimientos sobre la silla—. Llevo esperando esto desde el día en que decidieron construir aquí el acelerador. Estoy en perfectas condiciones para trabajar; el dolor lo sobrellevo lo mejor que puedo, pero no me impide cumplir con absoluta profesionalidad mi cometido.

—No es sólo por el dolor. Entiéndeme, Andy. Supongo que no te ha dado tiempo a preparar con rigor el trabajo. Además, acabas de llegar de un largo viaje y necesitas descansar. Tómate los días libres que necesites.

—¡No me jodas, Greg! —dijo Andy enojado—. El viaje sólo ha durado dos horas; llegué anoche y estuve acostado hasta cinco minutos antes de que me llamaras. El trabajo, hace semanas que lo tengo organizado y no va haber ningún problema.

—He visto una botella de licor sobre tu cama –masculló Greg intentando calmarle—. Si necesitas ayuda, pídemela, pero no me digas que estás bien.

Andy respiró profundamente mientras pasaba la palma de la mano por el rostro.

—Confía en mí, por favor. Me lo debes —dijo Andy disminuyendo el tono.

Durante unos segundos se produjo un silencio sepulcral mientras los dos amigos se miraban a los ojos.

—Está bien —dijo Greg suspirando—. Espero que no me falles. Pásate por la redacción antes de ir a la conferencia.

—De acuerdo. No te preocupes, no te arrepentirás —finalizó Andy mientras desconectaba la pulsera del adaptador.

Durban Legner inspeccionaba todo el complejo del JCN. Era el

teniente y máxima autoridad de la policía encargada de velar por la seguridad del superordenador. Vigilaba que todos los compañeros estuvieran en sus puestos a su hora y no permitía el más mínimo retraso. Consideraba aquel trabajo como el más importante de toda la ciudad. De hecho, toda ella dependía del perfecto funcionamiento de aquella máquina.

El complejo estaba formado por cuatro edificios dispuestos en forma de diamante. Todos estaban conectados mediante túneles subterráneos para mayor seguridad. El hardware principal del ordenador estaba instalado en el edificio inferior de la figura. En un anexo se encontraban los dormitorios del personal, tanto de la policía como del grupo de ingenieros informáticos. Trabajaban y residían en el complejo durante un mes seguido, tras el cual eran sustituidos por el segundo grupo, y así sucesivamente. En el otro, las celdas que de vez en cuando ocupaban los delincuentes más peligrosos de la ciudad. El resto del complejo se destinaba a almacenaje y a cubrir las necesidades de alimentación y ocio.

Oleg testeaba junto al resto de ingenieros bajo su mando el perfecto funcionamiento del procesador principal del ordenador. La consola, donde estaban integrados todos los componentes físicos del ordenador, era enorme: ocupaba el centro de la sala y tenía una altura aproximada de un metro.

—Todo está en perfecto estado —afirmó Oleg—. Id a revisar los terminales del resto del complejo.

El grupo de ingenieros salieron por la puerta de la sala mientras Durban entraba.

—Buenos días, Oleg. ¿Qué tal todo? —preguntó Durban.

—Sin ninguna anomalía. Horo posee una excelente salud —respondió Oleg con una sonrisa en los labios.

Horo era el apodo que le habían puesto los empleados del complejo al JCN. Así es como se solía llamar a la ciudad para acortar el nombre, y como allí se consideraba que la ciudad no podría existir sin el JCN, se le comenzó a denominar de la misma manera.

—Vamos a hacer la comprobación rutinaria —dijo Durban—. Horo, muéstrame una panorámica de la ciudad.

—Sí, señor —contestó el ordenador.

Un holograma formado por una imagen cenital de la ciudad se hizo visible. Podían verse las azoteas de los enormes edificios que dominaban la ciudad. También se percibía la perfecta sincronización del tráfico. Esto era posible gracias a un satélite dispuesto en órbita geoestacionaria sobre la ciudad que permitía el control a través del JCN.

—Enséñame las peticiones del día —le ordenó Durban mientras

apoyaba las palmas de las manos sobre la consola.

—La empresa Titán quiere aumentar su plantilla en dos trabajadores.

—¿Y cuál ha sido tu decisión?

—Negativa. No lo veo necesario.

El JCN también hacía un control exhaustivo de todas las empresas de la ciudad. Cualquier modificación, por mínima que fuera, tenía que ser aceptada por él. Con esto se quería conseguir un perfecto funcionamiento del tejido productivo de la ciudad y mantener así un crecimiento sostenible.

—¿Alguna incidencia? —prosiguió Durban.

—Un ilegal ha entrado en la zona de control por uno de los puentes del sur, pero la policía lo ha detenido al instante.

La zona metropolitana estaba separada de los suburbios por un río que la bordeaba. Ambas zonas estaban conectadas mediante multitud de puentes. Los más grandes, que permitían el tráfico rodado, estaban altamente vigilados.

Hacía unos meses que se había acordado aumentar los límites de control del JCN hasta los suburbios, pero debido a la fuerte oposición de los habitantes de esa zona, el proyecto se estaba posponiendo. La razón era que esa decisión implicaría la expulsión de miles de ilegales, la mayoría familiares y amigos de registrados y residentes.

—Es increíble que a estas alturas todavía pueda haber incursiones de este tipo —dijo Durban dirigiéndose a Oleg.

—El ordenador los detecta al instante. Que entren diez metros no creo que sea un problema informático, sino de vigilancia policial de los accesos.

Durban frunció el ceño. No le había gustado nada aquella insinuación.

—¿Cómo va el problema de los virus informáticos? —preguntó Durban desviando la conversación.

—Tenemos una actualización continua de la protección. Estamos reduciendo los asaltos al mínimo, aunque queda mucho trabajo por hacer

—Pues manos a la obra —concluyó Durban.

El acelerador pasaba por las últimas verificaciones antes de la gran inauguración. Formado por un anillo de cuarenta kilómetros de longitud, se había tardado poco más de diez años en su construcción. Era la obra de ingeniería más costosa de la historia de la humanidad. Se encontraba a trescientos metros bajo tierra, al sur de la ciudad. Este hecho había obligado a ampliar hasta allí el límite de control del JCN. Sin embargo, el inmenso centro tecnológico donde se llevaban a cabo todas las investigaciones y operaciones y que acogía al acelerador, no

estaba dentro de ese límite. Se tomó esa decisión para que el superordenador no pudiera interferir en el trabajo científico.

Un gran número de barracones hospedaban a la miríada de científicos que trabajaban diariamente en el acelerador.

Li Chen estaba trabajando en uno de los ordenadores comprobando los parámetros que regirían el experimento de inauguración. Sería una pequeña prueba para verificar el estado del acelerador y dejar satisfechos a los asistentes.

—¿Son correctos los datos? —preguntó Russel mientras se acercaba a Li.

—Creo que sí. Sólo falta revisar los imanes —hizo una pausa—. Enviaré a dos ingenieros.

Hacía menos de un mes que Russel Smith se había instalado en la ciudad. A pesar de ser uno de los directores principales del proyecto, su trabajo en el tecnológico de California le había impedido estar allí desde el comienzo. Siguió el desarrollo del mismo diariamente vía Internet, y había viajado varias veces a Horologium durante el transcurso de esos diez años.

Este hecho parecía un obstáculo para Li Chen, que pensaba que Russel no disponía de la preparación adecuada para afrontar tamaña empresa. Él llevaba allí desde el inicio de la construcción y conocía cada detalle de la obra. En alguna ocasión había intentado influir en los benefactores del proyecto para sustituir a Russel como director, pero había fracasado, ya que los Estados Unidos era el país que más dinero había aportado, y Russel era uno de su mejores físicos en su campo, por no decir el mejor.

—He pensado que podíamos ir juntos a la conferencia de prensa —dijo Russel.

—Gracias, pero tengo que ultimar unos detalles. No es necesario que me esperes —contestó Li mientras salía de la sala.

El vestíbulo del hotel estaba atestado de gente. Andy, con la cabeza recostada sobre uno de los sofás de diseño que adornaban la entrada, posaba su mirada sobre el techo. Hacía más de diez minutos que había pedido un taxi que le conduciría a la conferencia de prensa en el Futura. El personal ultimaba los detalles para recibir el año nuevo. Durante esa época, todos los hoteles de la ciudad registraban un lleno absoluto. Miles de turistas viajaban a la ciudad para disfrutar, según decían, de la mejor Nochevieja que existía en todo el planeta.

Para Andy esos días eran los peores del año. La atención a los residentes del hotel era muy deficiente. El personal se dedicaba casi en exclusividad a los turistas. Había reclamado en varias ocasiones una mayor profesionalidad por parte de la gerencia del hotel, con el fin de evitar esa perpetua desatención originada en esas fechas, pero con el

paso del tiempo se había dado por vencido.

—¿Me podría decir dónde está mi taxi? —preguntó Andy a uno de los humanoides de la recepción—. Hace más de quince minutos que lo he pedido.

—Un momento, señor, se lo miro de inmediato —contestó el robot mientras acaba de despachar a un turista.

A pesar de ser un día tan señalado, era extraño que un taxi tardara tanto en llegar. Todos los hoteles poseían varios; sólo tenían que incorporarse al tráfico desde los garajes subterráneos, y siendo la sincronización del tráfico impecable, ningún coche adicional provocaba ni la más mínima pérdida de tiempo.

—¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Andy Areces. Soy residente del hotel desde hace quince años.

A Andy no le agradaban los robots. Era de los pocos avances tecnológicos que no le convencían. Prefería hablar con una persona. Su aspecto replicaba perfectamente al de un humano, lo que le producía aún mayor aversión.

Los robots se destinaban principalmente a trabajos de atención al cliente. Se les limitaba la memoria, pero sobre todo, la capacidad de desarrollar inteligencia. Hacía unos diez años, la inteligencia artificial se había desarrollado hasta niveles insospechados. Los robots se iban introduciendo paulatinamente en puestos de relevancia. Realizaban trabajos relacionados con la investigación, la medicina, la autoridad judicial, etc. Pero un día, durante una sencilla operación de cirugía a una persona, uno de estos robots cometió un grave error que condujo a la muerte del paciente. Después de estudiar el caso, se llegó a la conclusión de que los robots, a pesar de poder desarrollar una gran inteligencia, carecían de experiencia evolutiva, lo que conducía a la toma de decisiones erróneas. Se destruyó a toda esa clase de robots y se volvió a uno de los primeros modelos, mejorándolos en ciertos aspectos.

—Qué raro. Me dicen que el taxi no se puede incorporar al tráfico porque éste está detenido.

—¿Detenido? —preguntó Andy frunciendo el ceño.

—Voy a intentar enterarme de qué está ocurriendo —dijo el robot alejándose.

Aquello era inusual. En veinte años, Andy sólo recordaba un incidente similar y el tráfico había estado parado escasos segundos. Se dirigió a la puerta de entrada para ver los automóviles detenidos.

Se había formado un gran revuelo. Los transeúntes no podían cruzar las calles y los conductores y pasajeros estaban encolerizados, ya que el JCN no les permitía salir de los coches. Golpeaban los asientos y chillaban con gesto enfurecido. .

Andy miró hacia la derecha y vio a su taxi en la parte superior de la

rampa que accedía a la calzada. Echó una pequeña sonrisa antes de volver a entrar en el vestíbulo. Pensó que era un espectáculo que rara vez volvería a ver.

Russel repasaba en el coche las notas con los parámetros establecidos para la inauguración. Hizo una pequeña simulación de la misma con un programa que tenía instalado en la pulsera. Una imagen holográfica que cubría la mitad de su brazo mostraba un gráfico de la colisión entre dos partículas subatómicas. Después de eso, imaginó Russel, el ordenador registraría una gran cantidad de actividad. En esa primera prueba no esperaban descubrir nada relevante; no era más que un estreno. Los grandes descubrimientos vendrían en el futuro. La finalidad, descubrir las pequeñas cuerdas que formaban la materia y que demostraría la teoría de la cual Russel, como la mayoría de los físicos, era defensor. Por fin, la unificación de las leyes estaba más cerca.

El vehículo se detuvo repentinamente. Russel escudriñó a través del parabrisas delantero intentando ver qué ocurría. No percibía nada, sólo que todos los coches estaban parados.

—¿Qué ocurre? — le preguntó al coche.

—No lo sé, señor. Estoy a la espera de que el JCN nos indique algo —contestó el coche con una agradable voz.

Una alarma sonaba con fuerza en todo el complejo. Durban corría por uno de los túneles en dirección a la sala principal del ordenador. Su rostro reflejaba un enfado considerable. Era la segunda vez que oía ese sonido ensordecedor y siempre pensó que, después de la primera vez, nunca más lo volvería a escuchar.

Oleg y otros dos policías ya se encontraban en la sala cuando Durban llegó. Se fue directo hacia la consola de mando sin mirar para ninguno de ellos.

—¿Qué sucede, Horo? —preguntó Durban con firmeza—. Dame todos los detalles

—He tenido que detener el tráfico. Un grupo de personas ha ocupado la calzada de la autovía principal que va del centro tecnológico a la ciudad.

—Supongo que serán registrados y residentes. Muéstramelos.

El holograma se dividió en dos imágenes. En la parte derecha se veía un plano cenital del bloqueo de la autopista. En la izquierda, el ordenador mostraba los nombres y fotografías de los integrantes del grupo que habían colapsado el tráfico.

—Nuri Aldair —masculló Durban frunciendo el ceño.

—Es la mayor autoridad del grupo religioso…

—Silencio –interrumpió Durban a Oleg—. Ya sé quién es.

Nuri Aldair era el líder de Nuevo Génesis, una asociación religiosa creada en la ciudad hacía unos años. Llevaban intentando boicotear el proyecto del acelerador desde su nacimiento. En sus comienzos lo intentaron de una manera pacífica, exhortando a la gente a manifestarse en contra de, para ellos, aquella aberración; pero a medida que se aproximaba la inauguración, los actos de violencia iban en aumento. No hacía mucho que dos personas, registradas como ingenieros, habían conseguido destruir dos de los imanes superconductores del acelerador, poniendo en peligro la conclusión del proyecto. Nuevo Génesis se desvinculó de ese acto, y aunque fueron llevados ante los tribunales como consecuencia de las pruebas que les inculpaban, salieron absueltos. Se intuía que tenían poderosos miembros en todos los sectores profesionales, desde policías hasta jueces, pasando por cargos políticos de renombre, aunque estas vinculaciones eran difíciles de demostrar. Lo tenían todo muy bien organizado.

—Horo, envía de inmediato dos naves antidisturbios al lugar —ordenó Durban—. Vosotros dos, venid conmigo.

Los tres salieron corriendo de la sala mientras Oleg se quedaba impasible mirando a la imagen. No dudaba de la profesionalidad de Durban, pero no aguantaba sus impertinencias y su aire de superioridad. Se reprochaba que nunca le contestara. No era su jefe, aunque actuara como tal.

—¡Debemos impedir que pongan en funcionamiento esa obra de Satanás! —vociferaba Nuri a través de un altavoz rudimentario mientras indicaba con el brazo el lugar donde estaba el acelerador—. Hay ciertas fronteras que no queremos cruzar y que tampoco Dios desea que crucemos.

Multitud de personas se acercaban por curiosidad a la autopista. Russel estaba impaciente, ya que temía no llegar a tiempo para la conferencia. Escuchaba con atención las dogmáticas palabras que decía Nuri Aldair. Aún no se creía que en el año que discurría y con el avance tecnológico logrado, hubiese grupos de personas que, basados en fuertes convicciones religiosas, intentaran obstaculizar la búsqueda de la verdad.

Las dos naves robotizadas de la policía hicieron acto de presencia en el lugar de la manifestación. Nuri detuvo por un instante la perorata, miró de soslayo a las naves, y prosiguió con su discurso.

—Despejen la autovía, por favor —dijo una voz mecánica saliendo de una de las naves mientras dos luces parpadeantes cegaban al grupo.

—¡No osováis! —gritó Nuri a la congregación–. Esos emisarios del diablo no van a ser óbice para nuestros planes.

Una de las naves descendió verticalmente hasta ponerse casi a la altura de Nuri. Eran naves pequeñas que se utilizaban para llegar rápido a los lugares donde se producía algún tipo de incidente.

—Es el último aviso. Por favor, salgan de la calzada.

Nuri y el resto de componentes del grupo seguían haciendo caso omiso. Las naves no tenían otro mecanismo de disuasión. Se usaban de avanzadilla y si conseguían resolver el problema, no se movilizaba nada más.

Durban y sus dos compañeros aterrizaron en una pequeña pradera al lado de la autovía. Esa parte de la ciudad todavía estaba en construcción, lo que permitía a los ciudadanos disfrutar de un poco de naturaleza.

Se acercaron con paso firme a la manifestación y se pusieron delante del atril donde estaba subido Nuri.

—Por haber incumplido las leyes de la ciudad de Horologium y no haber respetado la orden que les ha dado nuestra nave, quedan todos ustedes detenidos —dijo Durban con voz firme —. Por favor, acompáñennos a nuestra nave y evitemos males mayores.

El silencio se adueñó de la situación. Todos los integrantes del grupo se quedaron mirando a su líder.

—Está bien —dijo Nuri—. No nos opondremos.

Russel observaba toda la escena desde el interior del automóvil. Vio como la calzada se despejaba. Miró el reloj que mostraba la pantalla de su pulsera y sintió una sensación de alivio: llegaría a tiempo para asistir a la conferencia.

La ciudad estaba majestuosa. Los rascacielos, engalanados con diferentes motivos navideños, abrumaban a la muchedumbre.

Andy escudriñaba la ciudad desde el interior del taxi. Los hoteles mostraban en el exterior imágenes holográficas de sus habitaciones; los restaurantes, sus mejores platos. Así publicitaban todos los negocios sus servicios. Era un constante acoso de la mercadotecnia más actual. A pie de calle, exponían sus productos dirigiéndose personalmente a los viandantes. Poseían enormes bases de datos con información detallada de la vida de cada ciudadano. La privacidad era un vestigio del pasado. Se sabía todo de todo el mundo.

El taxi pasaba en aquellos momentos por delante del Gepetto, un restaurante italiano en la calle Amsterdam, donde él y Vera solían ir a comer. Volvió a pensar en ella. A él le encantaba la zona metropolitana, circunstancia que rozaba con los gustos de Vera. Ella disfrutaba de los suburbios, de su humildad y su mundana ciudadanía; pero sobre todo, de su privacidad. En la ciudad se sentía observada, controlada, hecho que le llevaría a tener más de un ataque de

ansiedad. Poderosas razones que la hacían escaparse con asiduidad.

Andy no la solía acompañar, lo que le llevaba a culpabilizarse. Pensaba que si hubiese estado aquel día con ella, quizás estaría viva. Siempre se disculpaba con el trabajo, pero la verdad era que no le gustaba salir del centro. Un latigazo de dolor le subió desde la boca del estómago hacía el pecho. Sentía que era el máximo responsable de la tragedia, lo cual le atormentaba. Se recostó en el asiento mientras sollozaba desconsoladamente.

La pulsera emitió un pequeño pitido. Andy aceptó la llamada.

—Señor Areces, soy Takuma Kaku, teniente de la policía de la zona exterior.

La zona exterior era como se denominaban de una manera más técnica a los suburbios.

—¿Qué desea? –preguntó Andy mientras se secaba las lágrimas con la palma de la mano.

—Me gustaría que pasara por nuestra comisaría cuanto antes pudiera.

—¿Han descubierto algo?

El caso del asesinato de Vera estaba siendo investigado por la policía de la zona exterior. Al haber ocurrido en los suburbios, la policía metropolitana no se hacía cargo, ya que no pertenecía a su jurisdicción.

—Hemos tenido novedades al respecto. He intentado contactar ayer con usted, pero me ha sido imposible.

Andy tenía en el registro de llamadas multitud de ellas sin contestar. Tomó esa decisión, porque la mayoría de ellas eran de personas que querían darle el pésame y ya estaba más que harto.

—¿Es algo importante?

—Nada firme, pero es un punto de partida por el cual empezar a trabajar.

—Vale. Mañana por la mañana estaré ahí.

—De acuerdo. Muchas Gracias.

El vestíbulo del Hotel Futura estaba abarrotado. Decenas de periodistas acreditados de diferentes países se juntaban en corrillos esperando que llegara la hora de la conferencia. Los físicos e ingenieros presentes dialogaban sobre los avances que en diferentes ámbitos iba a proporcionar la construcción del acelerador.

A pesar del retraso debido al incidente en la red viaria, Andy llegó una hora antes del evento. El Futura era el último hotel que se había construido en la ciudad. Su altura era imponente. De hecho, era el edificio más alto de todo el planeta. Su localización, cerca de la bahía, permitía a los huéspedes de las habitaciones más elevadas ver la parte del continente que se encontraba en ultramar. Disponía de la última

tecnología que se aplicaba para este tipo negocios. Los ascensores poseían velocidades increíbles, como no podía ser de otra manera para semejante coloso. Todas las paredes estaban fabricadas con partículas nanotecnológicas, lo que permitía visualizar en cualquier lugar señales de televisión y proyecciones holográficas. En ese momento se estaba mostrando a los asistentes, entre las tres paredes del fondo del vestíbulo, una proyección sobre la construcción del acelerador.

Andy se sentó en la barra del bar para tomar un café. Había tomado demasiados ansiolíticos la noche anterior y el efecto era brutal. Además, tenía ganas de apartarse de la gente, ya que desde que había llegado no había parado de recibir condolencias y eso le hacía sentir incómodo.

—¿Qué tal estás? —dijo Russel pasando su brazo por encima de los hombros de Andy.

Andy y Russel se conocían desde hacía años. Coincidieron en una de las primeras visitas del físico a la ciudad con motivo del proyecto del acelerador. Andy fue enviado para hacerle una entrevista por el periódico para el que trabajaba como agente libre en aquel momento. Desde entonces habían entablado una gran amistad. Russel le proporcionaba información y colaboraba desinteresadamente en la creación de muchos de los artículos de Andy.

—Russel, qué sorpresa. No esperaba verte hasta la conferencia.

—He llegado antes y no sé cómo. Hubo un incidente en la autovía que me hizo estar detenido más de media hora.

—Yo también lo padecí. ¿Sabes por casualidad qué ocurrió? —preguntó Andy mientras sorbía el café.

—El grupo religioso Nuevo Génesis estuvo bloqueando la calzada en una especie de manifestación en contra de la inauguración.

—Hay que reconocer con son persistentes, no cabe duda.

—Y tú, ¿qué tal estas? Me he enterado de lo ocurrido. Lo siento mucho.

—Asimilándolo, aunque está siendo bastante duro —respondió Andy visiblemente emocionado.

—No tengo intención de perturbarte —hizo una pausa—. He leído tu último artículo, me ha parecido interesante.

—¿De veras? Me alegro por ello —dijo Andy enarcando las cejas.

—Has sido valiente al exponer un punto de vista tan agresivo. El único pero que te pongo es la falta de profundidad.

—Mi intención no era dar una clase de física, sino buscar el interés de las personas por la misma. Después, que cada uno saque sus propias conclusiones.

—Sin duda. Tenemos aún media hora antes de la conferencia. ¿Por qué no nos sentamos en un lugar más cómodo y discutimos un poco sobre este apasionante mundo que nos da de comer? —dijo Russel con

una sonrisa.

Ambos se dirigieron a un rincón del vestíbulo equipado con unos sillones y una pequeña mesita. Estaba alejado de la zona más bulliciosa, lo que les permitía hablar con tranquilidad. Les encantaba discutir sobre física, siempre, claro está, de una manera distendida.

Un robot se acercó y les ofreció algo de beber. Russel se inclinó por una copa de whisky y Andy decidió no tomar nada.

—Bueno, ¿entonces qué opinas?, ¿crees que el acelerador confirmará la existencia de esas maravillosas cuerdas? —comenzó Russel mientras deslizaba la copa en la mesa después de darle un sorbo.

Tanto Andy como Russel eran férreos defensores de la teoría de cuerdas, la cual postula que toda la materia está formada por unos pequeños filamentos cuya diferente vibración produciría las diferentes partículas existentes. Su descubrimiento proporcionaría la teoría unificada que tantas décadas se llevaba persiguiendo.

—Deseo que así sea —hizo una pausa—. Estos días, después de lo ocurrido, he estado pensando mucho y recopilando mentalmente las diferentes teorías que hay sobre el funcionamiento de este maravilloso universo en el que vivimos. He intentado buscarle un sentido a la vida.

—Y dime, ¿has llegado a alguna conclusión? –preguntó Russel un poco sorprendido con el inicio de la conversación.

—Más o menos —respondió Andy con una pequeña sonrisa—. Estamos casi seguros de la existencia de múltiples universos donde otros yo viven vidas algo o muy diferentes a la mía.

—Sí, así lo afirmó Everett en su interpretación de la ecuación de Schröndinger. Es increíble que en su momento nadie le hiciera caso. Hoy prácticamente todos los físicos están de acuerdo con él.

—Pero, ¿y qué pasa con la conciencia? Corre un rumor en el que Everett aseveraba que también migraba a esos universos paralelos —prosiguió Andy.

—Algo he leído —una pausa—. Creo que te estás poniendo un poco trascendental —dijo Russel con un tono de reproche—. Conoces mi manera de pensar. Soy físico y no me gusta meterme en temas más allá de lo estrictamente necesario.

—Lo sé —masculló Andy—. Estos días han sido durísimos. No he dormido nada desde la muerte de Vera. Quizás esto me haga divagar, pero necesitaba buscar algún sentido a estos hechos. Una persona joven, con toda la vida por delante, que se le impide completarla plenamente —suspiró—. Russel, sólo necesito que me escuches, por favor.

—Está bien —dijo Russel mientras llevaba el vaso de whisky a la boca.

—Gracias –dijo Andy antes de continuar—. Tenemos también la teoría holográfica: el universo como un gran holograma, representación en tres dimensiones de una información en dos dimensiones que se encontraría en los límites del mismo. Esta parte me hizo pensar que quizás seamos información, y ésta se puede guardar.

—Tiene sentido —afirmó Russel.

—Y por último pensé en la naturaleza del tiempo. Sabemos que éste se creó con el Big Bang, junto con el resto del universo. Me adhiero a la corriente que postula que el tiempo no existe, que es una ilusión generada por el cerebro para que la vida cobre sentido.

—He leído sobre ella —interrumpió Russel—. Viene a decir que pasado, presente y futuro conviven en el mismo instante, como si fuesen fotogramas de una película, y que el cerebro se encarga de reproducirlos del pasado al futuro como si fuera un proyector. Interesante, pero estoy totalmente en contra de esta teoría. Para mí, el tiempo es algo muy real.

—Bueno, mi conclusión es la siguiente: estamos en los comienzos de nuestra civilización y viendo de lo que somos capaces, me estremece pensar qué haremos dentro de unos cientos de años más; y me pregunto ¿sería posible crear un universo?

—Ya sé adónde quieres ir a parar. Ya he oído esa versión. Seríamos la creación de una civilización increíblemente avanzada.

—Exacto. Pero retomando el punto trascendental del tema, ¿qué pasa con la conciencia? Pienso que estamos de acuerdo en que en el universo no existen paradojas, todo tiene sentido.

—Sin duda.

—Bien, pues entonces, ¿qué sentido tiene que una persona venga al mundo y se muera en la flor de la vida? ¿O qué a un niño le diagnostiquen una enfermedad terminal? ¿O que alguien pase una vida de esclavitud?

—Pero su solución depende de nosotros –dijo Russel.

—En parte. Los accidentes van a seguir ocurriendo. Al margen de eso, el único sentido que le encuentro a estos ejemplos es que pudiéramos vivir más vidas que nos dieran otras posibilidades.

—Quieres decir que como dijo Everett, la conciencia migra a otros universos.

—Sí.

—¿Y cuántas vidas serían?

—Pues, como hay que tomar en cada instante de la vida todas las decisiones posibles, que a su vez dependen de las decisiones de los demás, este proceso sería eterno.

Russel deslizó de nuevo el vaso por la mesa, pero esta vez vacío. Se recostó sobre el respaldo de la silla y suspiró profundamente.

—¿Y quién se supone que comenzó este proceso?

—No tiene sentido hacerse esa pregunta. Lo eterno no tiene ni principio ni fin.

—¿Por qué no Dios? ¿Por qué no ir a un cielo? –indagó Russel.

—Porqué no encuentro sentido a que exista algo tan perfecto. Con respecto al cielo, la vida tiene que reciclarse. Si por ejemplo la sociedad crea a un asesino, no va a ser diferente cuando vaya al cielo, porque no sería él mismo, no sería justo vivir con ese odio eternamente; o alguien que tuviera una depresión sin motivo aparente, ¿tendría sentido hacerle vivir con esa infelicidad por toda la eternidad? Reconozco que existen muchos cabos sueltos, pero pienso que por ahí van los tiros.

Un corto sonido musical interrumpió la conversación. En las diferentes paredes del vestíbulo se mostraba a una chica anunciado el comienzo de la rueda de prensa y rogando a todas las personas asistentes que fueran ocupando sus asientos en el salón de convenciones.

Muy bien, Andy —dijo Russel mientras se incorporaba—. Me tengo que ir. La conferencia comienza en cinco minutos. Me ha alegrado mucho verte. Cuídate.

—Igualmente.

Russel se metió en el ascensor que le llevaría al salón. Andy prefirió bajar por las escaleras en lugar de usar el ascensor.

Le había quedado una mala sensación después de la conversación con Russel, debido a su indiferencia. A pesar de todo, estaba casi convencido de su teoría.

Durban y sus dos compañeros descendieron de la aeronave antes de liberar a los detenidos. Uno de ellos se adelantó y entró en el edificio para avisar a más policías que escoltarían a los presos a sus respectivas prisiones donde serían recluidos.

La alarma del JCN volvió a perturbar la tranquilidad del teniente. Esta vez no se presentó en la sala central, accedió mediante una de las múltiples interconexiones instaladas en el complejo.

—¿Qué sucede esta vez, Horo?

—He detectado un conflicto. Al parecer un registrado ha entrado en la zona de control con una pulsera holográfica que no le pertenece.

Las pulseras también emitían una señal que era detectada por el ordenador central. Ésta servía para comprobar que el dueño era quien la llevaba. Este seguimiento se había implementado hacía poco debido a la cantidad de hurtos de pulseras que se producían, principalmente en la zona exterior.

—¿Y?—volvió a preguntar el teniente—. Seguramente será un

ladronzuelo. Que lo arresten y se pongan en contacto con el dueño de la pulsera.

— Eso va a ser un poco difícil señor.

—¿Por qué?

—Porque está muerta.

El teniente se quedó sin palabras durante un instante. No se esperaba tal respuesta.

—Muestra los datos de la fallecida. Estoy ahí en un minuto.

Durban frunció el ceño durante unos segundos mientras observaba el holograma. En ella salía el nombre de Vera García, persona asesinada en los suburbios hacía seis días.

—¿Dónde se encuentra el registrado ahora mismo?—indagó Durban.

—En un bar de la calle Roma.

—Que lo detengan inmediatamente—ordenó.

El ambiente del pub era desolador. La ausencia de clientes era cada vez más usual. Se iban desplazando hacia los modernos bares del centro, lo que conduciría a la quiebra de muchos otros. Al fondo, una imagen holográfica de un grupo de jazz amenizaba la tarde a las pocas personas presentes. Una pantalla táctil situada a la entrada del bar que hacía las veces de máquina musical, permitía a los clientes escoger la canción que deseara, recreando al artista o grupo musical holográficamente; incluso no era necesario que supieras el nombre de la canción o del autor, con tararearla era suficiente.

Jeev disfrutaba de un combinado compuesto de varias bebidas espirituosas mientras escrutaba a la clientela del establecimiento. La pareja de la esquina presumía de su posmoderna vestimenta: ella cambiando el color de su vestido constantemente; él estaba ataviado con un pantalón que mostraba imágenes de vídeos musicales, además de una camisa espejo que reflejaba lo que se encontraba a su alrededor.

Hacía años que Jeev acudía a ese local, pero no se acostumbraba a parte de la variopinta gente que lo frecuentaba. Sorbía las últimas gotas de aquel maravilloso líquido mientras se quedaba absorto mirando para su pulsera. “Sí, es mía”, pensaba. Al fin tenía la ansiada pulsera holográfica. Su escaso poder adquisitivo le había impedido poseer una, pero el destino había querido que pudiera disfrutar de aquella.

—¿Quieres tomar algo más, Jeev? —le preguntó el camarero. Era de los pocos bares de la zona metropolitana donde los camareros aún eran personas y no robots.

—Sí, ponme otro de estos.

—Bonita pulsera. Has debido hacer muchos sacrificios económicos

para poder comprarla. Me alegro por ti.

Jeev palideció por un momento. No sabía qué responder. Él creía que no había hecho nada malo. Simplemente aprovechó el momento. La vio, y la cogió. Nada más. No tenía por qué sentirse culpable. Así era, se lo merecía después de tantos años de trabajo.

—Gracias.

La nave aterrizó en un estrecho callejón en la parte trasera del bar. El policía al mando comprobó en la pantalla del ordenador que el sospechoso seguía en el pub. Dispuso que dos policías vigilaran la parte delantera, mientras él y otro compañero entrarían en el bar a través de la puerta que daba al callejón.

Jeev acompañaba la música del concierto con pequeñas palmadas sobre la barra. Con la otra mano sostenía su combinado, que aún no había empezado.

—¿Es usted Jeev Pankral? —le sorprendió el policía.

—Eh…sí. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría que viniese con nosotros para hacerle unas preguntas sobre un incidente que ha tenido lugar en los suburbios hace seis días.

Jeev volvió a palidecer, pero esta vez con más fuerza. La ansiedad y el nerviosismo le atenazaban. No sabía qué hacer. Se volvía a repetir que no había hecho nada malo, que no le podían culpar de nada. Comenzó a temblar levemente. Intuyó que los policías se habían dado cuenta. Como un acto reflejo, arrojó el combinado a los ojos de uno de los policías y con el otro brazo empujó al compañero. Salió huyendo por la parte de atrás. En el callejón, dos policías custodiaban la nave. Jeev se percató de su presencia y salió corriendo en la dirección contraria. El policía al mando ordenó que todo el grupo persiguiera al sospechoso; él se quedaría vigilando la nave. El empujón le había provocado una caída y, por el intenso dolor que sufría, seguro que tenía una costilla rota.

Jeev conocía a la perfección aquellos callejones. Conseguía zafarse constantemente del grupo policial. Le intentaba cerrar el paso sin éxito; siempre encontraba alguna salida. Las armas de fuego estaban prohibidas en la ciudad, por lo que la policía usaba un rayo láser que buscaba apoyo en las paredes para lograr triangular la posición que encerrase a los fugitivos. Cuando lo conseguían, el triángulo rápidamente rodeaba a la persona como si de una cuerda se tratara. Pero en esta ocasión no habían tenido la oportunidad de usarlo.

Desde el JCN se estaba siguiendo toda la persecución atentamente. En una esquina del holograma se mostraba la lesión del policía al mando. Tenía tres costillas rotas. Una ambulancia ya iba de camino hacia el lugar.

—Señor, el sospechoso está a punto de salir de la zona de control —dijo Horo.

—Ya lo veo. Como consiga salir, no lograremos atraparle con facilidad —afirmó Durban —. Creo que deberíamos usarlo.

—¿Usarlo? Por el amor de Dios, es un simple ladronzuelo y como alguien se entere, adiós a nuestras carreras —se opuso Oleg, que también se encontraba en la sala—. Envía a alguien de vigilancia de puentes.

—Están demasiado lejos. Además, es sospechoso de un asesinato, suficiente para mí —repuso Durban.

Los implantes que se colocaban a los registrados y residentes se cambiaban cada tres años debido al deterioro que sufrían con el paso del tiempo y que propiciaba que su funcionamiento no fuera óptimo. Siempre se buscaba la manera de mejorarlos y, en los últimos modelos, se acordó entre Durban y Oleg introducir un sistema mediante el cual el implante producía una descarga eléctrica que dejaría inerme al poseedor durante unos minutos. Había sido una idea de Durban, que tardó poco en convencer a un sugestionable Oleg. Nadie más que ellos y un puñado de policías e informáticos de confianza conocían este aspecto de los implantes. Estaba fuera de la ley y si se ponía en conocimiento de la población, el escándalo sería mayúsculo.

—Haz lo que quieras, es tu decisión. —dijo Oleg resignado.

Durban meditaba en silencio qué hacer mientras seguía los acontecimientos por la pantalla. En el grupo de la policía que había enviado, sólo uno tenía conocimiento de aquello. De todas maneras, estaban ya lejos del sospechoso y no había nadie alrededor de éste. Lo podrían usar y nadie se enteraría de nada. Pensarían que habría sido una especie de ataque al corazón.

—Señor, el sospechoso está cerca de la zona exterior. Hay que tomar una decisión —acuciaba Horo.

A pesar del importante control policial que se tenía en los puentes de acceso, los habitantes de los suburbios siempre se las arreglaban para entrar y salir por lugares “no oficiales”. Zonas del río con poca profundidad, cuerdas que colgaban de un extremo a otro e incluso alguna vez se habían excavado túneles por debajo del río. Cuando se descubrían estos accesos, se destruían o se instalaba una mayor vigilancia, pero siempre aparecía uno nuevo.

—Está bien. Hazlo.

Jeev dejó de correr. Estaba agotado. Miró atrás para asegurarse de que ya no le seguían. Mientras recuperaba la respiración, fue caminando lentamente hacia uno de esos accesos de salida y entrada no oficiales. De repente, un intenso dolor le atravesó el pecho, la vista se le nubló y cayó inconsciente sobre el frío cemento del suelo.

El nerviosismo era palpable. Quedaban cinco minutos para Año Nuevo y todos los presentes estaban ansiosos para ver el estreno. Todos los años el gran acontecimiento de Horologium era el apagado de las luces de la ciudad. Era una tradición que se cumplía desde su fundación. Permitía ver el cielo estrellado, claro está, cuando las nubes no lo impedían. Pero aquel año, el centro de atención era la máquina más sofisticada construida por el hombre.

Andy era uno de los periodistas privilegiados que asistían al evento. Estaba impaciente y se le notaba en el rostro. Se recreaba en cada detalle de aquella magnífica creación. Pensaba en Vera y en lo que le habría gustado compartir aquel momento con ella. Cuando la nostalgia se apoderaba de él, su pulsera se puso en funcionamiento. Se apartó hasta un lugar menos bullicioso y atendió la llamada.

—¿Quién es?

—Señor Areces, soy Durban Legner, teniente del JCN. Nos gustaría hablar con usted respecto a la muerte de su esposa.

——¿Cómo? Tenía entendido que no se hacían cargo debido a que el suceso ocurrió en la zona exterior.

—Así era, pero un hombre ha entrado esta tarde en la zona de control con la pulsera de su esposa, lo que ha hecho que nos impliquemos en el asunto.

Andy se quedó sin palabras. Tenían un sospechoso. Después de todo, quizás se haría justicia, que era lo que más deseaba.

—Ahora mismo estoy cubriendo la inauguración del acelerador. En cuanto termine, iré hasta allí sin demora.

—Aquí estaremos.

—Sólo por curiosidad, ¿me podría decir el nombre del sospechoso? –indagó Andy.

—Su nombre es Jeev Pankral, un registrado de la zona exterior.

—Gracias —dijo Andy cortando la comunicación.

Russel revisaba los parámetros antes del inicio de la cuenta atrás. Tuvo la extraña sensación de que los números que salían en la pantalla no eran los correctos. Se acercó a Chen y se lo comentó. Éste miro de soslayo a la pantalla y con un ligero movimiento de cabeza lo negó sin darle importancia.

Diez, nueve, ocho… Todo el mundo gritaba al unísono la cuenta atrás. Dos, uno y cero. Una gran vibración se notó en todo el complejo. La maquina comenzó a funcionar. Russel miraba atentamente para la pantalla. La velocidad en el interior del acelerador aumentaba demasiado rápido. Se dio cuenta de que su intuición sobre los parámetros era correcta.

—Li, esto no funciona de la manera esperada.

Chen levantó la palma de la mano en señal de espera. La vibración fue en aumento. Se levantó viento en el interior como si de una pequeña brisa se tratara.

—Li, hay que apagarlo –vociferó Russel.

Chen palideció. Parecía que por fin se había percatado de que algo no iba bien. Intento interrumpir el proceso, pero no era posible. No era capaz de conseguirlo. No entendía nada de lo que ocurría. Russel también lo intentó, pero también le fue imposible. No se podía detener.

La energía aumentaba en progresión geométrica. Andy comenzó a sentir una atracción hacia la zona del acelerador. El viento aumentó de manera considerable. En un instante, el cilindro colapsó sobre sí mismo y la atracción se hizo enorme. Todo se desvaneció.

SEXTO DÍA

¿Por qué las cosas son como son y no de otra manera? (Johannes Kepler)

Andy despertó repentinamente sobre la cama de su habitación empapado en sudor. Se incorporó y meditó durante unos instantes sobre lo que había ocurrido. No podía creerse que fuera una pesadilla: era todo tan real. La parte final le tenía perplejo. No sabía con certeza qué pudo suceder, pero se hacía una idea. Pensó que un fallo en el funcionamiento del acelerador había provocado la formación de un agujero negro que habría consumido todo lo que estuviera a su alcance. "¿Cómo tuvo lugar semejante accidente?", pensó. El proyecto era una obra de ingeniería perfecta, diseñada y controlada por auténticos gigantes de la ciencia. Pero, ¿qué estaba pensando?, todo había sido una maldita pesadilla. Eso sí, una pesadilla muy real. Quizás fuera una premonición. Algo había leído sobre el tema. Personas que pasaban por un momento delicado de su vida que les provocaba un grado de ansiedad tan alto que eran incapaces de conciliar el sueño. Esto les llevaba a un estado de vigilia permanente y arrastraba al cerebro a percibir el tiempo de manera confusa. Se recostó sobre la cama y se limpió el sudor con las palmas de la mano. Respiró profundamente: un hombre de ciencia como él estaba perdiendo la cordura y no lo podía consentir. Sin ninguna duda era una pesadilla. Trato de convencerse, pero le venían las imágenes de todos los hechos acontecidos. Recordaba todo de manera impecable. ¿Cómo era posible en un sueño recordarlo todo con tanta nitidez? Nombres, lugares por donde había pasado, incluso aún sentía el sabor en su boca del último café que había tomado. Se incorporó de nuevo apoyándose sobre el brazo para poder ver la hora que marcaba la pulsera que había dejado la noche anterior sobre la mesita: las seis de la mañana. Todavía era muy temprano. Se intentó relajar y cerró los ojos con el propósito de volver a dormirse. Esperaba tener un sueño más tranquilo, pero sobre todo, menos real.

La ciudad rezumaba festividad por todas sus esquinas. Las fachadas de los edificios mostraban imágenes de carácter navideño. El gobierno había instalado por todas partes altavoces para amenizar con música aquellos días tan señalados. Cada establecimiento asaltaba a los transeúntes con mayor publicidad holográfica de la habitual de sus productos o servicios para exhortar a estos a consumir. Era una práctica que estaba siendo sometida a revisión por parte de las autoridades, ya que un alto porcentaje de la población se había quejado de esta manera de hacer marketing. Decenas de personas

salían de los grandes centros comerciales cargados de bolsas llenas de regalos.

Andy caminaba con paso firme en dirección a la redacción de la revista. El día era bastante agradable y había decidido salir antes del hotel, con lo cual se había ahorrado el gasto del taxi. Nada de lo que había soñado la noche anterior se estaba cumpliendo, lo que le tranquilizaba bastante. A pesar de todo, tenía la percepción de que algo no iba bien, pero no sabía el qué. Un pequeño cosquilleo en el pecho así se lo indicaba.

—Buenos días, señor. ¿Le apetecería degustar uno de los mejores cafés de la ciudad de Holorogium? —le preguntó un holograma que le asaltó en mitad de la calle. Era la imagen de una persona ataviada con traje tradicional de algún país afamado por la calidad de su café.

Andy miró la hora. Tenía tiempo de sobra. Aunque el día que le esperaba era duro, estaba completamente preparado. Además, Greg no solía llegar a la redacción antes de las nueve de la mañana, y con él era con quién tenía que ultimar los detalles sobre la cobertura que debía hacer de la inauguración del acelerador.

—Me has convencido —le dijo Andy al holograma, aunque estos no respondían a estímulos externos.

En la oficina hacía un frío glacial. La rudimentaria calefacción se había estropeado por enésima vez. Takuma disponía en su despacho de un pequeño calefactor que no le aliviaba demasiado.

Repasaba de nuevo el informe del asesinato de Vera con la esperanza de encontrar algún dato que iluminara la investigación. La manipulación inadecuada de la escena del crimen por parte de la policía y el escaso tiempo que se destinó a realizar la autopsia dificultaban enormemente la posibilidad de encontrar alguna pista. Los familiares más próximos a la víctima impidieron que se realizara un estudio más concienzudo del cuerpo. Tenían prisa por repatriar el cuerpo a su país natal para honrarla como se merecía; además, las fuertes convicciones religiosas del entorno familiar bloquearon el intento de, como ellos dijeron, mancillar el cuerpo más de lo necesario.

El teniente leía con atención el informe del asesinato en la mesa-digital, mientras metía sus manos entre las piernas para preservarlas del frío. Era un desastre. La redacción no podía ser peor y la falta de rigor le exasperaba.

Takuma siempre se quejaba, no sin razón, de la falta de medios de los que disponía para resolver los casos, sobre todo, tan complicados como ése. No disponía de hombres suficientes para cubrir todas las necesidades que necesitaba la ciudad. De vez en cuando le enviaban a

un joven lampiño sin experiencia que requería de un exhaustivo aprendizaje para valérselas por si solo, lo que conllevaba una gran pérdida de tiempo.

Antes de llegar a Horologium siempre había soñado con trabajar como detective en alguno de los departamentos de la ciudad. Oyó hablar de las nuevas tecnologías que se utilizaban para resolver todo tipo de casos, y eso le apasionaba. Se embarcó en un viaje desde su Japón natal con la finalidad de formar parte de la policía más tecnificada del mundo.

Comenzó su andadura por ese mundo como controlador del tráfico en uno de los barrios más pobres de la zona exterior. Su tenacidad y ambición le llevaron a ascender rápidamente a puestos de autoridad y, cuando creyó que era el momento presentó sus credenciales para integrarse en la policía de la zona de control. Exámenes de todo tipo y multitud de pruebas físicas año tras año sin conseguir un resultado satisfactorio.

Un día, viendo cómo jóvenes advenedizos iban acaparando las plazas vacantes que surgían mientras él era relegado, se dio cuenta de que nunca cumpliría su sueño. Sus aptitudes eran inmejorables, pero no tenía, como aquellos jóvenes, alguien que le abriera la puerta.

El cuerpo había sido encontrado en un callejón cercano al barrió Hindú. Presentaba signos de violencia y el informe de la autopsia revelaba una muerte por estrangulamiento. No hubo tiempo material para realizar muchas más pruebas. Se llevaron el cadáver a la media hora de llegar al depósito. Todo indicaba que se trataba de un simple robo que había terminado en trágicas circunstancias. Lo que le sorprendía a Takuma es que sólo se habían llevado la pulsera holográfica. Ni los pendientes de oro, ni siquiera un espléndido collar de piedras preciosas que la víctima lucía. Pensaba que no tenía mucho sentido, aunque era cierto que esas pulseras tenían unos precios al alcance de muy pocos, lo que las hacía muy deseables. Se recostó en la silla y cruzó las manos por detrás de la cabeza, pensativo.

—Señor, tenemos aquí a una persona que dice saber algo sobre el caso del asesinato de la chica —dijo un policía después de abrir la puerta del despacho con violencia.

—¡Joder, Kostantinos!, cuántas veces te tengo que decir que llames antes de entrar. Me vas a matar de un infarto cualquier día.

—Lo siento. ¿Qué le digo, le hago pasar?

—Sí, que pase. A ver qué nos cuentan esta vez.

Kostantinos llamó al hombre alzando el brazo con un gesto de acercamiento con la mano.

—Pase por aquí.

—Gracias —dijo el hombre con una voz muy grave.

El rostro del hombre mostraba una piel muy ajada. Tenía una barba

enorme y sin arreglar. Vestía unos pantalones que le quedaban por encima de los tobillos y un jersey harapiento. Con una de sus manos sujetaba un paraguas empapado con más de una varilla rota.

—Buenas tardes. Soy el teniente Takuma Kaku —dijo mientras le estrechaba las manos—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Alí Sina —contestó mientras un hedor a alcohol insoportable emanaba de su mellada boca—. Quería decirle algo sobre el asesinato de esa joven.

—Por favor, tome asiento. Dígame, ¿qué es lo que tiene que decir? —dijo Takuma separándose para evitar el desagradable olor.

—Poco antes que la mataran, vi a la chica salir corriendo del café Taj.

—¿Está usted Seguro de eso? ¿Desde dónde la vio? —Takuma no le daba mucha credibilidad a aquella persona.

—Yo me encontraba en la otra parte de la calle, pero era ella sin duda.

—Si no recuerdo mal, aquel día llovía incesantemente. Además un gran número de personas estaban manifestándose por la calzada.

Alí hizo una pausa en la conversación. Escrutó el despacho de Takuma fijando su mirada en la máquina de café dispuesta en una de las esquinas.

—¿Me podría dar un café? Tengo mucha hambre.

—Desde luego —contestó el teniente mientras se incorporaba para extraer el café—. ¿Quiere algo de comer?

—Sí, por favor.

Takuma pidió por el intercomunicador que le fueran a buscar un desayuno a la cafetería de al lado. Buscó en la pantalla de la mesa las fotografías que tenía de Vera y se las enseño a Alí.

—Entonces, ¿está seguro de que era esta persona? —preguntó otra vez Takuma mientras giraba la fotografía de la víctima en la mesa.

—En esta fotografía ya aparece muerta, como puedo ver. Pero sí, es ella —hizo una pausa mientras bebía el café sujetándolo con ambas manos—. Es una pena, era una joven preciosa; solía ir a menudo por aquel café y siempre tenía la delicadeza de dejarme algo de comida y bebida.

—¿Cómo dice? —exclamó Takuma sorprendido.

—Yo tengo mi lugar de trabajo en esa calle. Era una persona muy solidaria.

Takuma se dio cuenta del trabajo al que se refería. Practicaba la mendicidad en el barrio Indio.

—¿Se pudo fijar en algún detalle? ¿Sabe si llevaba una pulsera?

—Sí. Cada vez que me dejaba algo de dinero, la podía ver en su muñeca —hizo otra pausa mientras sorbía otro trago de café—. Lo que no pude ver con claridad fue a las personas que salieron corriendo

después de ella.

—¿Dice que unas personas la perseguían?

—No sé si la perseguían, pero salieron corriendo del café justo detrás de ella.

—¿Podría identificarlas?

—Creo que no, apenas la vi, fue un instante. Además, los dos se perdieron entre la manifestación rápidamente. Por cierto, ¿dónde está mi desayuno?. Estoy hambriento.

Takuma se quedó impasible con la mirada fija en aquel personaje. Después de todo, y a pesar de las dudas iniciales, le creía. Tenía un punto de partida para la investigación y eso le satisfacía.

—Si le saco algunas fotografías, ¿sería capaz de identificar a esas personas?

—Oiga, ya le he dicho que apenas vi nada. Yo sólo vine aquí porque era una joven que se portaba bien conmigo y quería ayudar. No sé nada más, lo siento.

Konstantinos abrió la puerta delicadamente, pero sin llamar, como era de costumbre en él.

—Disculpe, señor, debería venir. Se están produciendo numerosos altercados en muchos barrios como consecuencia de las manifestaciones.

—Ahora mismo salgo. Bueno, Alí, encantado de conocerle. Me tengo que ir, pero espero volver a ponerme en contacto con usted.

—De todas maneras, no sé nada más.

Takuma le echó una sonrisa y salió del despacho. Ordenó que le tomaran declaración y que le compraran ropa para que pudiera despojarse de esos andrajosos harapos que llevaba.

La redacción reflejaba el estrés de esos días. Periodistas que iban de acá para allá intercambiando opiniones sobre diferentes temas, pero todos relacionados con el evento del día. Estaban preparando la edición especial de la revista que debería ver la luz el día de año nuevo.

Andy se quedó un instante en la puerta del ascensor observando a sus compañeros. Había recibido mensajes de cariño de todos ellos durante aquellos días y volver a verles le llenaba de alegría.

Entró en la redacción intentando pasar desapercibido. Varios compañeros a su derecha observaban la pared donde la pantalla nanotecnológica visualizaba diferentes canales informativos de todo el mundo. Otros redactaban vocalmente al ordenador los artículos que conformarían la edición. Todo estaba como siempre, se respiraba trabajo y eso a Andy le embargaba de felicidad.

—¿Eres tú, Andy? –dijo Alexis, un compañero que trabajaba en su misma sección—. ¿Qué tal estás?

El resto de compañeros de la redacción se acercaron para mostrarle sus condolencias y apoyo. Andy contuvo un instante la emoción, pero finalmente dejó caer unas lágrimas de tristeza. Algunos de sus colegas conocían a Vera y le tenían mucho aprecio, por lo que el impacto de su muerte dejó un profundo amargor. Después de las muestras de ánimo, todos volvieron a su trabajo, ya que aquellos días requerían un esfuerzo extra.

El despacho de Greg se encontraba al final del pasillo. No solía salir mucho: se pasaba horas trabajando dentro e incluso había días que ni siquiera salía por la redacción. Eso no era óbice para que mantuviera un contacto permanente con todos sus compañeros. Su puerta siempre estaba abierta para cualquier duda o aclaración que pudiera surgir.

—Adelante —dijo Greg, en contestación a la llamada que se había hecho a su puerta.

—Buenos días, Greg —dijo Andy mientras abría la puerta.

—¿Qué tal amigo? —exclamó Greg—. Pasa y siéntate, por favor. Te he estado llamando estos días, pero ha sido imposible contactar contigo. Supongo que te llegó el mensaje que te envié. Siento mucho lo ocurrido. Vera era una persona a la que le tenía mucha estima.

—Sí, lo recibí. Gracias por todas las muestras de afecto.

—Es lo mínimo que debo hacer —hizo una pausa—. No esperaba verte tan pronto por aquí. ¿Cuándo has llegado?

Andy hizo una mueca de extrañeza. Aquel era el gran día y debía estar allí para cubrir la noticia. No sabía a qué se refería Greg cuando decía que no esperaba verle tan pronto.

—Ayer por la mañana. Ya sabes que con los aviones saliendo fuera de la atmósfera, los viajes se hacen con rapidez. He estado en casa todo el día ultimando los detalles de la conferencia de prensa y de la inauguración —mintió Andy. No le quería decir a Greg que se había pasado bebiendo gran parte del día y de la noche, ya que temía que le diera una mala impresión y le apartara del trabajo—. Supongo que sigues contando conmigo.

Greg se incorporó levemente sobre la silla y apoyó sus brazos sobre la mesa de trabajo. Se quedó mirando fijamente a Andy durante un instante.

—La verdad es que estaba sopesando seriamente la posibilidad de sustituirte. No creía que estuvieras en condiciones para trabajar, algo lógico por otro lado. Sin embargo, después de verte tan centrado y con tan buena disposición, me voy a arriesgar contigo —dijo Greg mostrando una sonrisa—. Te lo mereces.

—Muchas gracias, de verdad. No te vas a arrepentir de esta decisión.

—Bueno, enséñame lo que tienes.

—¿Te lo envío a tu pulsera?

—Sí, por favor.

Greg recibió la documentación que había preparado Andy para ese día. Pulsó la pantalla de la pulsera y reenvió la información a la mesa para verla con más detalle.

—Es bastante extenso. Veo que te has documentado bien sobre el funcionamiento del acelerador, pero ahora no dispongo de mucho tiempo. Lo miraré más tarde.

—De acuerdo, pero no lo dejes mucho, que apenas queda tiempo. Tengo cinco preguntas preparadas para la conferencia. Están al final del informe. Dime a ver qué te parecen, y elegiremos las dos más idóneas. No creo que me dejen hacer ninguna más.

—No te preocupes. Lo miraré cuanto antes y te llamaré lo antes posible —le contestó Greg, estrechándole la mano—. Vamos, te acompaño al ascensor.

De camino al ascensor, todos los compañeros se iban despidiendo de él. Estaba encantando de volver a la rutina diaria. Eso le ayudaba a desconectar.

—Ánimo, que mañana tienes un gran día por delante —dijo Greg, dándole dos palmadas en la espalda a Andy —. Llevas hablando de él más de una año.

—Te refieres a hoy, ¿no? —preguntó Andy con gesto de extrañeza.

—No, mañana. Hoy estamos a treinta de diciembre. Creo que el viaje te ha trastornado un poco —aseveró Greg con una pequeña sonrisa.

A Andy casi le da un vuelco el corazón. Salió del ascensor y miró para la nanopantalla buscando confirmación de la fecha. En efecto, ese día era treinta de diciembre. Se quedó petrificado y comenzó a palidecer. Tenía la mirada perdida. Acercó una silla que tenía al lado y se sentó.

—¿Qué ocurre, Andy? —le preguntó Greg, preocupado.

—No lo sé –masculló Andy.

—¿Te puedo ayudar?

—No te preocupes, en un instante estaré mejor. A veces algún detalle me recuerda a Vera y eso me derrumba. Me voy a dar un paseo, creo que me vendrá bien.

Greg se quedó extrañado. Sabía que Andy no le decía la verdad sobre esa reacción que acababa de tener. Despidió de nuevo a su amigo y volvió a su despacho.

El paseo marítimo estaba precioso. Decenas de pequeñas embarcaciones y yates de todos los tamaños estaban anclados en los muelles, acompañando la vistosidad que los diferentes tenderetes y carruseles otorgaban al paseo.

Durante todo el año los ciudadanos de Horologium podían disfrutar de aquella zona de ocio; además, en esas fechas la iluminación navideña le confería un plus de belleza. Abuelos, padres y niños gozaban del lugar.

Recostado sobre uno de los bancos del paseo, Andy miraba fijamente al cielo, pensativo. El trajín de personas no lo distraía lo más mínimo. La ansiedad había disminuido, pero todavía estaba nervioso. Continuaba dándole vueltas a la situación. Según él, era imposible que ese día fuera aún treinta de diciembre. En esa fecha, el llegó a la ciudad y estuvo todo el día en su habitación del hotel, bebiendo. Quizá lo vivido el día después, que él ya había asumido que había sido un sueño, era consecuencia de ese día de exceso, pero no encontraba explicación para el resto de lo que estaba aconteciendo. De repente, se percató de que no tenía resaca. Con la cantidad de alcohol que había ingerido debería tener algo, aunque fuera un mínimo dolor de cabeza; pero nada, estaba en perfectas condiciones. Pasó sus manos por el rostro y el cabello y se incorporó. Pensó que estaría equivocado; habían sido unos días muy confusos. El hecho de no tener resaca se debería a una simple coincidencia o que el alcohol era de una excelente calidad. La verdad es que se estaba volviendo loco. Intento dejar la mente en blanco, aunque fuera durante unos segundos.

Quedó impasible observando los gestos de felicidad de abuelos, padres y niños. Recordaba los largos paseos por el puerto agarrado a la cintura de Vera. Ella siempre montaba en algún carrusel, pero él nunca la acompañaba. Tenía mucho respeto por aquellas máquinas. Daría lo que fuera por dar marcha atrás en el tiempo y acompañarla, aunque sólo fuera una vez.

Se conocieron en el hotel situado al final de una de las incursiones hacia el mar que tenía el paseo. Ese día se celebraba una conferencia sobre nuevas tecnologías. Ella había acudido en representación de su empresa; él, como invitado por parte de la revista. Ese hecho le permitió asistir por placer y disfrutar del evento. La primera vez que la vio, quedó petrificado. Lucía un maravilloso vestido azul, engarzado con piedras preciosas a lo largo de la cintura. Dejaba uno de los hombros al descubierto y el otro estaba rodeado por un pequeño tirante. Calzaba unos zapatos diseñados con unos tacones de vértigo. El ceñido vestido decoraba su espectacular cuerpo. Pero lo que llamó la atención a Andy fue su rostro. Unos enormes ojos negros, custodiados por largas pestañas; y una sonrisa que haría palidecer a cualquiera.

Se le acercó después de la conferencia, para darle la enhorabuena por la misma; para su grata sorpresa, Vera también era española. Se dio cuenta después de varios minutos hablando con ella, ya que con el traductor simultáneo era difícil percatarse de esos detalles. Ambos lo

desconectaron y su dulce voz le terminó de derrotar. Ese mismo día la invitó a salir, y para su alegría, ella aceptó.

Andy se levantó y caminó hasta apoyarse en la barandilla que protegía el paseo del mar. Divisó la isla donde estaba el complejo del JCN.

Debido a diversos problemas, la ampliación de su control sobre los suburbios se había aplazado. Si no hubiese sido así, quizás Vera estuviera viva. Pensaba que quizá ese aplazamiento no habría tenido lugar en un universo paralelo, y disfrutaría de una vida plena a lado de Vera. Estaba desorientado y eso le hacía divagar. Con la mirada perdida, miraba el inmenso océano que tenía delante.

Takuma ordenaba calma a sus hombres. Cientos de personas ocupaban las calles manifestándose por algo que todos, incluso el teniente, consideraban injusto. Pero su deber era hacer cumplir la ley y no tenían otra opción.

La prohibición de las manifestaciones en contra de la ampliación del control del JCN en los suburbios le obligaba a dispersar a los manifestantes. Bloqueó la calzada con los antidisturbios mientras rogaba a los manifestantes que se retiraran. Estos avanzaban con paso lento, pero firme. Sostenían pancartas donde se podía leer en varios idiomas frases en contra de la ampliación. Takuma insistía en su exhortación, pero era inútil. El grupo de manifestantes ya estaba llegando a su altura. Con todo el dolor de su corazón, ordenó cargar y dispersar a la gente. No quería hacer detenciones, ya que no tendría dónde meter a toda esa gente; además no lo veía justo. La manifestación, hasta ese momento, era totalmente pacífica.

Ordenó utilizar las porras de voltaje, pero fue contraproducente. La calzada se convirtió en un campo de batalla. Varios policías y manifestantes acabaron heridos y muchos de estos últimos, detenidos. Tendrían que meterlos en barracones provisionales. Finalmente la calle quedó vacía. Todos se retiraron, aunque no sería la última vez que se iban a ver.

Takuma no se sentía orgulloso de aquello, pero se consolaba pensando que cumplía órdenes. Lo que más odiaba era que éstas procedían de las autoridades de la zona de control, las mismas autoridades que nunca prestaban su ayuda a la policía de los suburbios. De hecho, él pertenecía al departamento de homicidios. Sin embargo, eso no fue óbice para que le pusieran al mando de los antidisturbios para controlar las manifestaciones. Se sentía como una marioneta, y no podía hacer nada para remediarlo.

—¿Le llevo, teniente? —le preguntó un compañero a través de la ventanilla del coche que conducía.

—No gracias. Voy a dar un paseo hasta la comisaría.

A través del barrio Chino, Takuma iba recreándose con los adornos que engalanaban todos los edificios. El origami era el arte por excelencia. Diferentes motivos navideños hechos de papel disfrazaban la fascinante arquitectura del lugar. Los años que Takuma llevaba fuera de su país natal, hicieron que la nostalgia se apoderara de él. Aunque se denominaba barrio Chino, era una mezcla de tradiciones de diferentes países orientales.

Un aroma exquisito a comida impregnaba el ambiente. Takuma fue siguiéndolo hasta que llegó a un pequeño restaurante a pie de calle. Se permitió la licencia de pararse a comer algo. Se sentó en uno de los taburetes y un pequeño hombre le atendió. La especialidad del restaurante eran unos pequeños rollitos de maíz rellenos de carne, pero no había entendido muy bien de qué animal. Olía tan bien que no le dio mayor importancia. Mientras degustaba el manjar usando unos palillos, iba escrutando la calle. Varias personas estaban pidiendo limosna y otras durmiendo donde podían. Un sentimiento de frustración se apoderó de él. Esperaba que la ampliación de la zona de control al menos sirviera para acabar con aquella miseria. Sin duda lo haría, pero seguramente sería a costa de echarlos fuera de la ciudad, una solución insatisfactoria, sin duda.

Cuando iba en dirección de vuelta a la comisaría, siguió meditando sobre la declaración del mendigo que le había visitado por la mañana. Se desvió hacia el barrio Indio con la intención de hacer una visita al propietario del café Taj.

—¿Qué desea tomar? —le preguntó una camarera con un tilak en su frente.

—Me gustaría hablar con el dueño, si es posible —contestó Takuma mostrando su placa.

—Un momento, por favor.

La camarera abrió una pequeña puerta que tenía justo detrás de ella y entró. Después de un instante, un hombre corpulento salió por el mismo sitio y se aproximó a la barra donde esperaba el teniente.

—Mi esposa me ha dicho que quería hablar conmigo.

—Sí. Me gustaría hacerle unas preguntas en relación al asesinato de una mujer hace unos días. No sé si sabe que una chica fue estrangulada cerca de aquí.

—Estoy al corriente. Era una persona que frecuentaba el café.

—¿Podríamos hablar en algún lugar más privado? —solicitó Takuma.

—De acuerdo. Pase por aquí.

El hombre le indicó con la mano que fuera hasta el final de la barra y que entrara por una pequeña abertura que había para acceder a donde estaba él. Le abrió la pequeña puerta por donde hacía unos instantes que había salido, y los dos entraron.

—Perdón, pero todavía no me he presentado. Mi nombre es Takuma Kaku y soy teniente de la policía de la zona exterior.

—Yo me llamó Yamir. Siéntese, por favor.

Ambos se sentaron en unas banquetas de pequeña altura dispuestas a los lados de una mesa también de estrechas dimensiones. Por sorprendente que fuera, cientos de facturas de papel estaban dispuestas por el suelo sin un orden aparente. Al teniente le pareció que había retrocedido en el tiempo. En un pequeño hueco en la pared del fondo, había conectado un ordenador y al lado un impresora. Seguramente sacaría las facturas por ella.

—¿Le apetece tomar un té?

Takuma dudó un momento, pero finalmente aceptó. El aroma era bastante desagradable, pero temía ofender al anfitrión. Éste cogió la alargada tetera y llenó dos vasos adornados con lo que parecían imágenes de Dioses hindúes. El teniente acercó el líquido a sus labios mientras el olor le empezaba a repugnar. Para su sorpresa, el sabor era exquisito. No sabría cómo definirlo. Era un mezcla entre dulce y amargo, algo inusual.

—Su olor no es muy agradable, pero su sabor no tiene parangón —dijo Yamir, rompiendo el silencio—. Bueno, usted dirá.

—Un hombre bastante desaliñado estuvo hoy en la comisaría. Me comentó que minutos antes de ser asesinada, la chica salió corriendo de aquí y que alguien la perseguía.

—Sé que estuvo tomando un café. Solía venir a menudo, aunque era una persona bastante reservada. Llevaba años viniendo, pero no habíamos tenido nunca una sola conversación. Sólo la relación camarero-cliente —hizo una pausa, mientras tomaba otro sorbo de té —. Respecto a lo de salir corriendo, no le puedo decir porque yo había salido antes a hacer unas compras. Además, estoy seguro de que ella seguía en el establecimiento, porque siempre se sentaba en la mesa de al lado de la puerta; estaba hablando con alguien a través de su pulsera.

—¿Y algún empleado que pudiera haber visto algo?

—Sólo estamos mi mujer y yo. Es un local pequeño y no necesitamos a nadie más.

—¿Podría hablar con ella?, si no hay inconveniente, por supuesto.

—Espere aquí un minuto. Es una persona bastante tímida y no sé si aceptará de buen grado. Le comentaré qué es lo que usted quiere saber, para que no tenga que explicárselo todo desde el principio.

Takuma escudriñaba más detenidamente aquel cubículo mientras esperaba a la mujer. Había una pequeña estantería colocada en una de las paredes laterales llena de fotografías del matrimonio y de un niño pequeño. También había dispuestas figuras de diversos dioses. No sabía nada de mitología hindú, pero reconocía aquellas figuras de

personas y elefantes con un gran número de brazos. Al lado del ordenador también pudo ver un lector de pulseras. Se utilizaba normalmente para el cobro. La pantalla de la pulsera se leía con el lector y éste cargaba el importe de la factura al cliente. Takuma pensó que les pediría un registro de los últimos cobros, aunque por los suburbios y sobre todo en un café, no se solía utilizar esa forma de pago.

Entró la mujer por la pequeña puerta custodiada por su marido. El teniente se levantó de la silla para recibirla. Ya la había visto a su llegada al café, pero no sabía su nombre.

—Esta es mi mujer, Anala —les presentó formalmente Yamir.

—Encantado de conocerla, señora —dijo Takuma. Éste extendió el brazo para darle la mano, pero ella la rehusó.

—No se ofenda. Como le dije, es una persona muy tímida —la disculpó su marido.

Los tres se sentaron de nuevo en aquellas pequeñas banquetas. Yamir le cuchicheo algo al oído a su esposa y ésta se quedó mirando impasible al teniente.

—Como le habrá comentado su marido, me gustaría saber si vio algo extraño en la forma de actuar de la víctima al salir de su local.

—No… quizás estaba un poco nerviosa.

—¿Nerviosa, dice?

—Sí. Se puso en la barra y me llamó tres veces casi seguidas para pagar la consumición.

—¿Cómo la pagó?

—En efectivo.

A Anala se le quebraba la voz. Se notaba su incomodidad. No dejaba de mirar a su marido en cada contestación. Puede que ocultara algo, pero Takuma pensó que eran simple timidez y respeto por la autoridad. Además, Yamir estaba muy tranquilo y dispuesto a colaborar.

—¿Notó algo más?

—No, sólo eso. Ella no tenía el dinero exacto para pagar, así que me dio un billete de más importe. Fui a la caja y cuando me giré, ella ya no estaba. Se dejó el cambio.

—Entiendo.

Aquellas declaraciones no eran nada clarificadoras. El teniente comenzaba a frustrarse. Pensaba qué podía haber ocurrido para que Vera se pusiera tan nerviosa. Yamir le había dicho que cuando él salió del local, ella estaba hablando por la pulsera. Quizás una llamada urgente. Siguió meditando: pero entonces, ¿quién la perseguía? El mendigo le dijo que alguien salió corriendo detrás de ella, pero a lo mejor no era así. Quizás fue una coincidencia.

—¿Podría ver los últimos movimientos del lector de pulsera? —

solicitó Takuma dirigiéndose a Yamir.

—Como quiera, pero ya le digo que hace mucho que nadie paga de esa manera.

Yamir se levantó y conectó el lector al ordenador. En la pantalla de búsqueda, puso un límite de fechas desde una semana atrás. Un pequeño ronroneo daba a entender que la computadora estaba buscando información. Un instante después mostró mediante un pequeño mensaje que no hubo ningún pago esos días.

—¿Lo ve?, nada —dijo Yamir.

—De acuerdo —concluyó Takuma, mientras se levantaba de la silla —. Siento mucho las molestias causadas, y gracias por su colaboración y por el té.

Los tres se despidieron dándose un apretón de manos. Esta vez, la mujer también lo hizo. El teniente se dispuso a salir por la estrecha puerta que separaba esa pequeña oficina de la parte de atrás de la barra del café.

—Un momento —le paralizó Anala.

Takuma se giró y se quedó mirando para ella fijamente.

—Acabo de recordar que aquel día, en la mesa contigua donde estaba la mujer, había dos hombres. Después de irse ella, ambos desaparecieron sin pagarme las consumiciones. No sé si tendrá algo que ver, pero es un detalle que le tenía que contar.

—¿Podría describirme a esos hombres?

—No, aunque recuerdo que uno de ellos tenía una enorme cicatriz que le atravesaba la cara desde el ojo hasta la comisura de los labios.

—Está bien. Gracias de nuevo —finalizó Takuma, meditando sobre lo último que le acaba de contar la mujer. Seguramente serían los hombres de los que habló el mendigo. Al parecer uno de ellos tenía una marcada cicatriz en la cara. Era una pista importante

El paseo se iba poco a poco vaciando de gente. El día siguiente era laborable y esto incidía mucho en la hora de retirada para el hogar. Andy paseaba entre el bullicio de personas, esperando la puesta de sol. Llevaba todo el día allí, pensando sobre el enorme giro que había dado su vida en esos últimos días. Su proyecto vital se había desvanecido en un instante.

Miraba a los niños y no tan niños disfrutando en el tiovivo. Vera estaba enamorada de ese carrusel. Siempre decía que era idéntico al que había en su ciudad natal. No se marchaba nunca del paseo marítimo sin montar en él. Siempre escogía el caballito de mar; si éste no estaba libre, esperaba. La segunda vez que Andy la acompañó, le pregunto por qué siempre montaba en el hipocampo. Sólo la pregunta le ofendió bastante. No entendía por qué él tenía que utilizar el nombre científico para describirlo; durante unos minutos no le habló

pero finalmente le explicó la razón. Le dijo que había leído en algún sitio que los caballitos de mar eran los seres vivos más fieles que existían. Encontraban una pareja, y compartían el resto de su vida con ella. Eso le parecía lo más romántico que nunca había oído. En ese preciso momento, Andy se dio cuenta de que quería ser el caballito de mar de Vera.

El mar iba engullendo a nuestra hermosa estrella. El fulgor rojizo que emitía era un espectáculo admirable. Hacía que olvidaras por un instante dónde te encontrabas. Por un lado, la ciudad más moderna del mundo; por el otro, uno de los mayores esplendores de la naturaleza. Para Andy, ambos rivalizaban en belleza. Los logros del hombre contra los de la naturaleza.

La pulsera interrumpió aquel momento de paz. Le estaba llamando Greg. Aceptó la llamada en modo privado.

—Dime, Greg.

—Hola, Andy. He estado leyendo lo que has preparado para la conferencia. La verdad es que está bastante bien, pero me gustaría que pasaras por aquí mañana a primera hora para comentarte algo.

—De acuerdo. No hay problema.

—¿Dónde estás? Oigo un relajante sonido de mar de fondo.

—Estoy en el paseo marítimo. Ya sabes que nos encantaba venir por aquí —respondió Andy con la voz quebrada.

—¿Te encuentras mejor? —masculló Greg—. Hoy me asustaste y me dejaste un poco desconcertado. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé. No pasa nada. Sólo es que estoy un poco confuso estos días. Nada más.

—Está bien. Bueno, te dejo, que aún tengo mucho trabajo por delante —finalizó Greg.

La iglesia estaba abarrotada de feligreses. Todos escuchaban con atención las palabras que Nuri transmitía desde el púlpito. Sus exhortaciones iban todas encaminadas en la misma dirección. Se acercaba el estreno del acelerador de partículas y no podía disimular su odio ante tamaña afrenta. Años predicando su manifiesta oposición a la construcción de esa obra del diablo, no habían hecho mella en su voluntad. Quedaba un día, un sólo día, pero estaba convencido de que aún se podía evitar.

Cada frase de su intervención estaba acompañada de un atronador aplauso. Su vehemencia en el discurso exaltaba a todos los presentes. Era su pastor y ellos no deseaban a ningún otro. Pedía su colaboración y ellos hacían lo que les decía. Les guiaba en los diferentes medios de protesta que tenían. Discursos públicos para atraer más gente a la causa; visitas puerta a puerta; y manifestaciones, siempre pacíficas

como el pedía públicamente, aunque mucha gente pensaba que detrás de su discurso se podía interpretar algo más.

Los brazos de Nuevo Génesis eran extensos. Llegaban a todos los ámbitos de la sociedad. Se habían granjeado poderosos amigos, pero esto no había sido suficiente. A pesar de las conexiones, éstas se limitaban casi exclusivamente a la ciudad, donde tenían mucho poder. Pero el proyecto del acelerador era una cuestión internacional, y nada pudieron hacer para evitar que se hiciera real.

Nuri finalizó su perorata y todos se pusieron en pie para aplaudirle. Siempre jadeaba de cansancio debido a la pasión que ponía en cada intervención. Se recreaba con el reconocimiento de su rebaño. Se consideraba un elegido y así lo mostraba sin ningún tipo de rubor.

Después de pasar el sempiterno cepillo, la iglesia se quedó vacía. Nuri y August se retiraron a la sacristía. August era la mano derecha de Nuri. Se habían conocido hacía más de diez años en los suburbios de la ciudad. August era un delincuente que había pasado la mitad de su vida en correccionales, y con la mayoría de edad, en cárceles. En una de éstas se conocieron. Nuri fue para transmitir la palabra de Dios a los reclusos. August quedó prendado por su discurso y cuando salió libre, se unió a la causa. Era una persona muy áspera en el trato y no solía prodigarse en palabras.

—¿Has hablado con la gente? —preguntó Nuri mientras se quitaba el hábito.

—Sí. La mayoría vendrá.

—Espero que les hayas contado sólo lo necesario.

—Les dije que no nos moveríamos de la calzada aunque viniera la policía y cuando esta nos detuviera, que no se opusieran, como tú me ordenaste.

—Estupendo. Mañana va a ser un gran día.

August se sentó un instante mientras Nuri terminaba de cambiarse de ropa.

—No entiendo por qué tenemos que permitir que nos detengan. Además, me gustaría saber quién es ese aliado tan poderoso que se nos ha unido.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—Tengo derecho a saberlo —dijo August, levantando ligeramente la voz—. Llevo muchos años trabajando para la causa y pienso que siempre me ninguneas. Después de lo que hemos hecho estos días, pienso…

—¡Cállate! —interrumpió Nuri echando una mirada lacerante a August—. No estás aquí para pensar, sino para obedecer. No olvides quién eres y gracias a quién estás hoy aquí y no preso en una cárcel de mala muerte. Y te he dicho mil veces que no hables de nuestras actuaciones en esta ciudad. Siempre hay alguien escuchando.

August giró la cabeza para evitar el cruce de miradas con Nuri. No era la primera vez que le trataba de esa manera. En muchas ocasiones le habían dado ganas de contestarle e incluso de golpearle, pero siempre conseguía controlarse. Le guardaba mucho respeto, e incluso miedo, lo cual se convertía en un obstáculo infranqueable para mostrarse tal como era en esas situaciones. Nuri estuvo muchos años adoctrinándolo, destacando las virtudes de pertenecer a su grupo. Le convenció de que si no se unía a él, y teniendo en cuenta su pasado delictivo, se hundiría en el fuego eterno. Éste hecho le aterraba, por lo que cumplía de manera espartana todas las órdenes que Nuri le daba. A veces no conseguía hacer bien su trabajo, lo que le llevaba a imponerse penitencias que llegaban hasta la flagelación extrema.

—Lo siento —masculló August agachando la cabeza en señal de pleitesía.

Nuri terminó de cambiarse de ropa. Se acercó al armario empotrado que había en una de las paredes de la sacristía y sacó un sobre de uno de los cajones que estaban en la parte inferior.

—Aquí tienes detalladamente todo lo que tenemos que hacer mañana —le dijo a August dándole el sobre—. Lo principal es cumplir los horarios. Ahora vete a casa y descansa.

—De acuerdo —finalizó August.

Era cerca de medianoche y el ordenador de Takuma contenía decenas de casos sin resolver. Al margen del informe sobre la muerte de Vera, que era lo que más le ocupaba en ese momento, tenía decenas de denuncias de robos y saqueos producidos durante las manifestaciones de los últimos días. Obviamente él no se encargaba de todo, pero tenía que organizarlo para determinar quién trabajaría en cada caso.

Pospuso esta labor para más tarde. Leyó el actualizado informe de Vera. En ese momento descartaba que la autoría del crimen fuera obra de un simple ladronzuelo. Las nuevas declaraciones le llevaban sin ningún género de duda a la existencia de un móvil. Necesita descubrir quienes eran las personas que estuvieron sentadas en la mesa de al lado en el café. Pensaba en el detalle de la cicatriz. Era complicado seguir aquella pista, pero con los avanzados programas informáticos de los que disponía podría acotar bastante la búsqueda del sospechoso.

Miró el reloj que había colgado en la pared encima de la puerta de entrada. Ya eran las doce menos cuarto, demasiado tarde. Al día siguiente comenzaría a investigar el caso a partir de esas nuevas pistas. Cerró el informe. Un pequeño aviso le recordaba el número de la pulsera del marido de la víctima. Había acordado que le llamaría cada vez que surgiera alguna novedad respecto al homicidio.

Andy se acostó después de tomar sus pastillas para la ansiedad. No quería pensar en nada, quería dejar la mente en blanco. Poco a poco parecía que lo iba consiguiendo…cuando una inoportuna llamada le interrumpió.

—Buenas noches, señor Areces. Perdone que le moleste a estas hora tan intempestivas, pero como me había dicho que le llamara cuando hubiera algo nuevo en el caso…

—¿Han encontrado algo? —interrumpió Andy al teniente.

—Nada importante. Pero tenemos dos declaraciones que nos han proporcionado alguna pista por dónde empezar a trabajar. Me gustaría que nos viéramos mañana a las nueve en mi oficina, si no tiene inconveniente.

—De acuerdo, pero mejor a las ocho.

—Pues hasta mañana entonces.

Andy se alegró por la noticia. Atrapar al culpable del crimen era su prioridad absoluta en esos momentos. Cerró los ojos, y se dejó caer en brazos de Morfeo.

QUINTO DÍA

Su teoría es descabellada, pero no lo suficiente para ser correcta. (Niels Bohr)

El lamentable aspecto de la fachada exterior de la comisaría de los suburbios contrastaba con la modernidad del complejo del JCN, e incluso con la comisaría ubicada en el centro de la ciudad, que servía de apoyo para un mejor servicio de la policía metropolitana.

Estaba construida en la parte sur de la zona exterior, pues es donde se comenzaron a hacer los primeros asentamientos. Durante los últimos años se había solicitado insistentemente un cambio de ubicación hacia el centro con la finalidad de dispensar un mejor servicio a los ciudadanos, pero la respuesta por parte del poder gubernamental siempre era negativa. Aducían la falta de presupuesto, pero la realidad era que ya tenían en mente desde hacía mucho tiempo ampliar la zona de control a los suburbios, algo que ya en esos momentos parecía inminente. La partida presupuestaria destinada a esa comisaría era ínfima, generando grandes problemas a la policía para poder abarcar con solvencia todos los incidentes que se producían. A pesar de ello, el trabajo policial era excepcional. Con apenas medios, mantenían un admirable bienestar cívico.

Andy llegó puntual a su cita con el teniente Takuma. El interior de la comisaría le recordaba a las que salían en las películas americanas de los años ochenta y noventa. Todo era muy mundano: policías yendo y viniendo de un lado a otro y en una esquina, la clásica máquina de café. Parecía que había viajado en el tiempo cincuenta años atrás. A pesar de ser un incorruptible defensor del avance tecnológico, por alguna razón se encontraba muy a gusto en ese lugar. Escudriñando cada centímetro de aquella comisaría, la añoranza hacía acto de presencia. Rememoraba la infancia en su España natal, donde, como allí, se respiraba un trato personal muy cercano.

—Buenos días —saludó Andy a un policía que se encontraba dentro de una pequeña cabina cubierta de cristal blindado.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Andy Areces. Tengo una cita con el teniente Takuma. He quedado con él aquí a las ocho.

—Un momento, por favor —el policía pulsó la pantalla táctil de su ordenador —. No tengo ninguna cita prevista para hoy con el teniente.

—Me llamó ayer cerca de la medianoche para acordar el encuentro. Quizás por eso no tenga la cita anotada —apuntó Andy.

—Suele dejar una nota, o lo apunta el policía que esté de guardia, pero puede que se olvidara.

—¿A qué hora suele llegar?

—No tiene una hora exacta de llegada. A veces llega antes de que entre el turno de la mañana para preparar el día; otras viene más tarde, si es que tiene desplazarse a algún sitio a primera hora.

Andy se quedó pensativo un instante. No podía creer la irresponsabilidad por parte de aquel teniente de los suburbios. Pensaba que si la resolución del caso estaba en manos de esa persona, nunca conseguiría su objetivo.

—¿Podría llamarle? Tengo que irme y no puedo esperar mucho tiempo.

—Está bien.

El policía sacó un teléfono digital de un cajón que tenía a la altura de la cintura. Se apartó hacía la esquina derecha de la cabina. Andy era incapaz de oír nada, pero vio como el policía movía los labios y mostraba gestos de extrañeza en su rostro. Después vino hacia él con el teléfono en la mano.

—Quiere hablar con usted —le dijo el policía mientras le pasaba el teléfono a través de una bandeja instalada en un hueco abierto en el cristal que comunicaba la cabina con el exterior.

—¿Sí?

—Buenos días, señor Areces. Me ha dicho mi compañero que tenía una cita conmigo, pero yo no he hablado con usted desde el encuentro en el depósito —aseveró Takuma. Se había dado cuenta de quién era Andy en cuanto su compañero le dijo el nombre.

—¿Cómo dice? Ayer mismo me llamó por la noche y me dijo que tenía novedades sobre el caso y que nos veríamos hoy a las ocho en su despacho.

—Lo siento, pero creo que está en un error —hubo una pausa—. No sé qué decirle. Si le tranquiliza, en media hora estaré en la oficina. Espéreme y hablaremos. La verdad es que, por desgracia, no tengo ninguna novedad, pero piense que sólo han pasado cuatro días desde el asesinato y…

—¡Cuatro días! —interrumpió Andy mientras un dolor punzante le volvía a atravesar el pecho.

Miró buscando por las paredes de la oficina el calendario antediluviano que había visto con anterioridad para ver la fecha del día en que vivía. Veintinueve de diciembre, ésa era la fecha que marcaba. Una sensación de vértigo se apoderó de Andy. Estiró un brazo para apoyarse en la cabina de cristal, ya que los mareos le hacían perder el sentido del equilibrio.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó con preocupación el policía.

Andy no podía contestar. Agachó la cabeza y se puso a respirar profundamente. Empezaba a hacerse una idea de lo que estaba sucediendo, pero aún no daba crédito.

—Ese calendario, ¿está bien? —le preguntó balbuceando al policía

señalando al mismo, mientras el ritmo cardiaco iba disminuyendo.

—Sí. Es antiguo, pero está en perfectas condiciones. Y usted, ¿necesita algo?

—No gracias. Discúlpeme, pero me tengo que ir.

Andy salió de la comisaría y se puso a andar sin rumbo. Ya sabía lo que estaba ocurriendo. Parecía absurdo, pero era la única explicación. Cada día que pasaba para él, era el anterior del curso lógico pasado-presente-futuro. En definitiva, estaba viajando atrás en el tiempo, pero de una manera muy diferente a lo que había mostrado diferentes novelas y películas que habían tratado el tema. Pensó que seguramente era debido al incidente ocurrido durante la puesta en marcha del acelerador. Definitivamente no era un sueño, era real, muy real. La máquina habría provocado un agujero negro, y por algún increíble artificio su línea temporal había cambiado de dirección.

Comenzó a llover. Andy divisó unos metros más adelante una vieja fábrica en ruinas. Decidió cobijarse en ella a la espera de que el tiempo amainara. Era una antigua fábrica textil, construida por un grupo de los primeros inmigrantes que llegaron a los suburbios de la ciudad. Durante mucho tiempo había marcado de alguna manera las grandes diferencias que existían entre la metrópoli y la zona exterior. Por un lado la novedosa tecnología al alcance de unos pocos; por el otro, pequeñas fábricas que proveían a las tiendas y bazares de los suburbios de todo tipo de artículos, desde ropa, hasta adornos para el hogar. Todo había ido desapareciendo progresivamente a medida que se acercaba la absorción del lugar por parte del JCN. A partir de ahí, los controles iban a ser estrictos, y la mayoría de esas empresas no cumplían con toda la normativa exigida por el gobierno; éste no estaba dispuesto a permitir ninguna irregularidad, lo que obligaba a propietarios y empleados de esas empresas a buscar otra forma de ganarse la vida.

La pared de la fábrica que daba al sur, estaba totalmente derruida. En su interior se podían distinguir diferentes máquinas antiguas ya oxidadas por la falta de uso y mantenimiento. Aunque ya no había ningún tipo de división, se podían percibir las diferentes zonas de la fábrica. Andy se encontraba en ese momento en lo que debieron ser las oficinas. Había una silla con ruedas en estado deplorable delante de una máquina expendedora de bebidas. Todo estaba en estado calamitoso.

Un calendario de papel colgado en una de las pocas paredes que quedaban en pie, indicaba lo que seguramente había sido la fecha de cierre de la empresa: diez de enero de dos mil diez. “Madre mía, yo todavía no había nacido”, pensó Andy.

Comenzó a meditar sobre lo que estaba viviendo. Le vino a la memoria una de las cualidades que poseían las partículas a nivel

cuántico. Éstas podían viajar en el tiempo en el sentido contrario al que nosotros vivimos: es decir, su línea temporal sería futuro-presente-pasado respecto a la nuestra. También había leído artículos sobre la naturaleza del tiempo respecto a este tema. Algunos físicos defendían la postura de que, la existencia de un sólo sentido en la línea temporal, pasado-presente-futuro, no podía ser. Esto provocaba una asimetría temporal que debía tener una explicación, y la única plausible sería la existencia del sentido contrario para llegar a la simetría.

Se conectó a la red por medio de su pulsera. Estuvo una largo tiempo leyendo artículos sobre la asimetría temporal. Pudo ver que algunos físicos postulaban que una de las posibilidades era, que cuando se formó este universo con sus leyes naturales, incluyendo la línea temporal que tenemos, surgió otro cuyas leyes era exactamente las contrarias, llegando de esa manera a la simetría. Llegó a la conclusión que también podía ser una de las consecuencias de la teoría, que él defendía, de la inexistencia del tiempo. El cerebro nos engaña para que las cosas cobren sentido, y viajemos del pasado al futuro; pero también se puede equivocar y hacernos vivir lo contrario, debido a algún accidente, como podía ser la formación de un agujero negro.

De todas maneras, él tampoco vivía en el lado contrario de la línea de tiempo, ya que, aunque se despertaba en el día anterior, durante el transcurso de cada uno de ellos, su vida era igual que la de los demás. Vivía desde la mañana hasta la noche. Quizá era una anomalía que ocurría por algún motivo. No veía, como decía alguno de los artículos que estaban leyendo, a personas caminando hacia atrás o trozos de cristal recomponiéndose en un vaso.

Fuera seguía diluviando. Andy se sentó en el suelo y desconectó de la red la pulsera. Asumía la realidad en la que estaba viviendo. Comenzó a sopesar las consecuencias que esta situación acarrearía. Su viaje hacia al pasado imposibilitaba una vida normal. No podía realizar un proyecto de futuro; no podría tener nuevas amistades, ya que al día siguiente no se acordarían de él. Incluso las que ya tenía, llegaría un momento que no le reconocerían.

Pero no todo eran malas noticias. Volvería a ver a su querida Vera; es más, podría evitar su asesinato. Aunque el principal obstáculo era el incidente del acelerador. Sabía lo que ocurriría y tenía el deber de impedirlo. De lo contrario, de nada serviría salvar a Vera. Debía trazar un plan de actuación: por un lado convencer a las personas adecuadas de la tragedia que se avecinaba. Por el otro, averiguar cuanto antes el nombre del asesino de su esposa y cuando lleguara el día, evitar su muerte.

Los incesantes pitidos del ordenador le estaban volviendo loco. Cada uno de ellos avisaba de la entrada de un nuevo informe sobre algún caso o incluso, uno nuevo. Se transmitían desde los diferentes despachos de sus compañeros. Takuma seguía sin entender por qué tenía que supervisar toda la organización de los diferentes departamentos. Estaba agobiado por tanto trabajo. Enrolló el ordenador con fuerza entre sus manos y lo lanzó contra la pared. Se recostó hacia atrás en su silla con los ojos cerrados e intentando no pensar en nada. Estaba muy cansado. Eran días muy convulsos, y el día no tenía horas suficientes para ocuparse de todo.

—Disculpe señor —le sorprendió Kostantinos abriendo la puerta de su despacho— está aquí Andy Areces, el marido…

—Ya sé quién es —le interrumpió Takuma—. Dile que pase.

—Buenos días, teniente Kaku. Supongo que no se acordará de mí.

—Para serle sincero, no soy muy buen fisonomista, pero el hecho de nuestro encuentro en el depósito y lo extraño de la situación, me hizo memorizar su cara —dijo Takuma mientras se estrechaban la mano.

—Sin duda. Supongo que es la primera vez que se llevan un muerto por asesinato antes de hacer la autopsia.

—Sí, es cierto —confirmó en teniente—. Por favor, siéntese. Respecto a lo que me dijo hoy por teléfono, no tengo ni idea de lo que pudo haber sucedido, sin embargo…

—No se preocupe —interrumpió Andy—. Había quedado con el teniente de la zona de control por un tema totalmente ajeno a la investigación y pensé que había sido con usted. No le dé más vueltas.

—Está bien —dijo Takuma, sin convencimiento—. Entonces, ¿en qué puedo ayudarle? De momento no tenemos ninguna novedad sobre el caso. Por desgracia, la falta de pruebas y la inexistencia aparente de un móvil hace la investigación bastante complicada.

—No importa. Ya sé que hacen todo lo que pueden con los medios de los que disponen. Venía a ver si era posible que me localizara a una persona. Es un registrado de la zona exterior. Su nombre es Jeev Pankral.

—Si está registrado no va haber ningún problema, pero ¿a qué se debe? ¿Tiene algo que ver con la investigación? Porque si es así, debería decírmelo.

Andy estuvo todo el camino que le llevó desde la fábrica a la comisaría pensando en cómo engañar al teniente para que le diera los datos de esa persona, sin que sospechara que estaba relacionado con la investigación del asesinato de Vera. Además, debido a la política de privacidad que se mantenía en los suburbios como contraposición a lo que ocurría en la zona de control, era imposible acceder a la dirección personal de un habitante si no era a través de algún medio

gubernamental. No estaba muy convencido del resultado final que tendría, pero no tenía otra alternativa.

—Era una amistad de mi esposa. Le dejamos algo muy valioso que me gustaría recuperar.

–Siendo tan amigo de su esposa, ¿no sabe dónde vive?

—La verdad es que no, era más amigo de ella —siguió mintiendo Andy, mientras esbozaba una sonrisa.

Takuma se quedó mirándole un instante con el ceño fruncido, pero finalmente accedió a buscar en el ordenador la dirección.

Una foto algo antigua salió en la pantalla a lado de los datos personales del individuo en cuestión. Era de origen indio, como era de esperar por el nombre que tenía. Llevaba unos diez años en la ciudad, al menos de manera legal. Trabaja en una empresa proveedora de diferentes materiales de ensamblaje que vendían a las diferentes empresas tecnológicas de la ciudad. No tenía ningún antecedente delictivo, y como bien le había dicho Andy, era un registrado.

El teniente giró la pantalla del ordenador para mostrárselo a Andy. Sólo le permitió ver la dirección de su domicilio.

—Aquí la tiene. ¿Quiere papel y bolígrafo para apuntarla? —ofreció Takuma.

—¿Papel? —preguntó Andy sorprendido—. No, gracias. Hare una grabación de voz en mi pulsera.

Andy no podía creer que aún utilizaran papel y bolígrafo. Era algo inaudito.

—Esos chismes son la hostia, ¿eh? —dijo Takuma—. Qué pena que sean tan caros.

—Esperemos que con la ampliación de la zona de control la mayor parte de la gente tenga acceso a ellas —apuntó Andy—. Bueno, me tengo que ir. Gracias por todo y espero que la próxima vez que nos veamos sea para cerrar el caso —dijo Andy mientras se levantaba de la silla y le daba la mano al teniente.

—Eso espero —hizo una pausa—. Sólo una última pregunta, ¿cómo se conocieron su esposa y el tal Jeev?

—Creo que en el trabajo –respondió Andy titubeando.

—Pero esta persona trabaja en una empresa de aquí.

—Sí, pero debe de proveer algo de material a la corporación donde trabajaba mi mujer y creo que él era uno de los repartidores.

Andy sabía que si el teniente seguía con el interrogatorio al final acabaría por descubrirle. Echó mano al pomo de la puerta para salir…

—Espere. ¿Me podría decir que es lo que tiene tanto valor como para reclamarlo de forma tan urgente? Sólo hace cuatro días que ha muerto su esposa.

—Es algo que necesito ya —dijo Andy sonriendo forzadamente—. Lo siento teniente, pero me tengo que ir —concluyó Andy saliendo por

la puerta.

Takuma observaba la foto de Jeev impasible. Su intuición le decía que Andy le ocultaba algo. A pesar de todo decidió darle la dirección porque quería descubrir en qué acabaría todo aquello. Llamó a Kostantinos por el telefonillo, el cual se presentó inmediatamente en su despacho.

—Dile a Vaclav que siga al señor Areces —ordenó el teniente.

—¿Es qué ocurre algo? —indagó Kostantinos.

—Eso es lo que quiero averiguar.

Arrodillado frente al gran Cristo que gobernaba la iglesia, con las palmas de las manos unidas y los ojos cerrados, Nuri mascullaba sus plegarias diarias. Era un rito que no había dejado de realizar desde su ingreso en la orden, al que dedicaba al menos una hora diaria. Terminaba con las rodillas totalmente doloridas, pero no le importaba. Para él era un placer, ya que lo consideraba un sacrificio en honor a Dios.

Estiró los brazos con las palmas hacia arriba y comenzó a subir el tono de las plegarias. Invocaba ayuda para el desafío al que se enfrentaba. Debía impedir por todos los medios que aquel artificio construido por el hombre perturbara la fe de la gente de buena voluntad.

Habían sido muchos años de lucha. En un principio de manera pacífica, pero las personas le defraudaron. El proyecto avanzó a lo largo de los años. No hubo la suficiente unión para impedirlo. Esto le obligó a usar métodos drásticos. Pero también fallaron. Y cuando estaba a punto de perder su fe, Él le envió la solución.

Con la respiración acelerada y con el hábito empapado en sudor, Nuri se dirigió a la sacristía. Se sentó en una de las sillas y se puso a leer la Biblia. Tenía memorizada cada palabra que allí estaba escrita. Para él, ese libro era la verdad absoluta y no necesitaba que ningún grupo de infames científicos vinieran a quebrantarla. Pensaba que lo único que hacían era generar dudas, ya que nunca serían capaces de llegar a la verdad, lo que conllevaba una pérdida absoluta de valores cristianos. Su trabajo era impedir que estas dudas se incrementaran y llevaran a la humanidad a una pérdida de fe, por lo que se sentía autorizado para utilizar cualquier medio a su alcance para obstaculizar semejante inquina.

Alguien llamó a la puerta trasera de la sacristía. No esperaba a nadie, así que se alarmó. Dudó un instante, pero finalmente se levantó a abrir.

—Ah, eres tú. Ya te he dicho un millón de veces que no me gusta que nos veamos sin haber quedado antes. Además, alguien te podía

haber seguido. Entra rápido.

—No te preocupes, he tenido mucho cuidado —dijo Matias Kruger.

Matias Kruger era el alcalde de la ciudad. Era un fiel de la orden, pero casi nadie lo sabía. Había estado durante años intentado boicotear la construcción del acelerador, pero sin obtener resultado. El apoyo económico de la orden le había aupado a la alcaldía, la cual ostentaba desde hacía más de once años. Pero a pesar de su posición, sus esfuerzos resultaron inútiles. Intentó primero convencer a la clase política de la pérdida de soberanía que se produciría con la construcción de la máquina, ya que al ser costeado por gobiernos internacionales, el control de la zona también sería hecho por estos. Como no obtuvo frutos de esta manera, exhortó a la población civil a que se manifestara, aduciendo los peligros que para la salud podría conllevar la cercanía del acelerador. Pero también fue inútil. Era una ciudadanía muy unida a los avances tecnológicos, y para ellos era un logro tener allí el mayor de todos. No pudo invocar nunca el tema religioso, porque no quería levantar sospechas. Esa parte era exclusiva de Nuri.

—¿A qué se debe tu visita?

—Venía a decirte que ya no tengo margen de maniobra. He tenido una fuerte discusión con la dirección del proyecto por mi insistencia en retardar la inauguración y me han prohibido incluso la asistencia al evento. Mucho me temo que su puesta en funcionamiento en año nuevo será inevitable.

Nuri le había dicho a Matias que al menos procurara retrasar la inauguración, y así disponer de más tiempo para seguir intentando su destrucción.

—No te preocupes, después de tantos años de lucha, ya sabíamos que esto sería así.

—Entonces, ¿nos retiramos?

—Eso nunca. Siempre has sido un hombre de una fe muy frágil. Confía un poco más en Dios.

—¿Tienes alguna idea?

—Digamos que siempre hay que tener un plan alternativo —contestó Nuri con una sonrisa—. Vete y sigue con tus obligaciones. Si todo sale según lo previsto, no hay nada de qué preocuparse.

Matías se quedó un poco intrigado con aquel asunto, pero se limitó a irse sin más. Conocía a Nuri desde hacía muchos años y sabía que si él no contaba algo, no merecía la pena preguntarle.

Nuri se sentó de nuevo en la silla y siguió leyendo la Biblia. Se sentía con fuerzas suficientes. Estaba seguro de que todo saldría como esperaba. Dios así se lo había dicho.

Jeev Pankral residía en una antigua casa de planta baja. Se

encontraba situada en la parte sur del barrio Indio, cercana a uno de los puentes que comunicaba los suburbios con la zona metropolitana de la ciudad.

Andy llamó al timbre, pero nadie le abrió la puerta. Volvió a intentarlo y oyó una voz desde el interior, pero no pudo distinguir lo que le decía. Después de una pequeña espera, una anciana le abrió la puerta. Tenía la espalda encorvada y se apoyaba en un bastón de madera. Su cara estaba completamente ajada, debido a años de trabajo a la intemperie.

—¿Qué quiere? —le preguntó la señora con voz quebrada.

—Buenos días. Perdone que le moleste a estas horas, pero me gustaría ver al señor Jeev Pankral.

—¿Jeev? Está trabajando.

—¿Me podría decir dónde trabaja?

—Al norte, cerca del puerto. ¿Es qué ocurre algo?

—No, no se preocupe. ¿Sabría por casualidad el nombre de la empresa para la que trabaja?

—Eh, a ver si consigo recordar…—dijo la anciana cerrando los ojos —. Lo siento, pero la memoria ya no funciona como antes. Sé que se trata de gran nave que se dedica a ensamblar componentes para las empresas de la zona central.

—Gracias. Con eso creo que tengo suficiente. Pase un buen día.

Decenas de empresas estaban instaladas en el polígono industrial de la zona sur de los suburbios. Disponían de alta tecnología, ya que esta era transferida desde las corporaciones de la metrópoli; externalizaban parte del trabajo hacia allí.

—Disculpe —le dijo Andy a un hombre que circulaba en un pequeño vehículo de transporte de mercancías, mientras alzaba la mano para detenerle —. ¿Me podría decir si conoce a Jeev Pankral? Trabaja en una empresa de ensamblaje de componentes. No puedo decirle el nombre porque no lo sé.

El hombre se quedó un instante mirando para Andy con gesto perplejo, a lo que siguió una gran carcajada.

—Aquí hay miles de trabajadores, amigo, y todos trabajan en empresas de ensamblaje. No, la verdad es que no le conozco. De todas maneras, pruebe en la oficina de información que hay instalada a lado de las grúas del puerto. Quizá le puedan ayudar.

—Muchas gracias. Pero, ¿dónde se encuentran?

—Hacía allí —le indicó el hombre con la mano mientras se iba.

Cerca de las grúas había una pequeña caseta en la cual un cartel luminoso mostraba la palabra “Información” en varios idiomas. En ella estaba sentado un hombre corpulento de mediana edad viendo la

televisión. Hizo caso omiso a la entrada de Andy.

—Buenos días. ¿Me podría ayudar? Necesitaba saber en qué empresa trabaja una persona.

El hombre se mantuvo durante un instante en la misma posición; acto seguido giró la silla para ponerse frente a un viejo ordenador del que disponía.

—Dígame el nombre —dijo con parquedad.

—Jeev Pankral.

Andy escudriñaba a través del pequeño ventanuco que tenía la caseta cómo trabajaban las enormes grúas del puerto. Nunca había visto semejantes máquinas. Eran colosales

—Aquí tiene —le dijo el hombre mientras le dejaba un hoja impresa sobre el mostrador. En ella estaban los datos de la empresa.

—Un último favor, si es posible. ¿Me podría decir dónde se encuentra la nave?

–Está a cien metros hacia el sur. No tiene pérdida —concluyó el hombre mientras seguía mirando la televisión.

Hadus, así se llamaba la empresa. Todo en ella estaba robotizado. Los empleados se encargaban principalmente de la puesta en marcha, mantenimiento y supervisión de las máquinas.

—¿Me podría decir dónde encontrar a Jeev Pankral? —abordó Andy a unos de los trabajadores que pasaba al lado suyo.

—¿Jeev? Un segundo, ahora le llamo.

Un trabajador con claros rasgos hindúes se iba acercando hacia Andy. Tenía un gran bigote negro y una piel morena manchada de grasa.

—Me ha dicho que quería verme —dijo Jeev limpiándose la manos con un raído trapo.

—Soy Norman Atkinson, director de recursos humanos de una importante empresa de nanotecnología —mintió Andy—. Me gustaría hablar con usted unos minutos sobre una oferta de trabajo.

—¿Para mí? —preguntó Jeev con gesto de extrañeza.

—Sí. Como ya sabrá, la grandes corporaciones mantenemos un gran control sobre la eficiencia de los trabajadores de toda la ciudad, y aunque es más difícil mantenerlo en la zona de los suburbios, disponemos de medios para conseguirlo. Necesitamos un trabajador cualificado, y sus referencias son inmejorables —aseveró Andy. No sabía si iba funcionar, pero era lo primero que se le había ocurrido. Obviamente era absurdo que un director de recursos humanos se presentase en una empresa para contratar directamente a alguien, pero confiaba en la ignorancia de Jeev.

—De acuerdo. Espere aquí un instante. Tengo derecho a media hora de descanso. Me cambio y ya estoy con usted —dijo Jeev visiblemente

entusiasmado.

Se sentaron en una de la mesas de un café situado cerca de la nave. Tenía forma de autobús, con un estrecho pasillo; disponía de una larga barra a la derecha y asientos en compartimentos separados para cuatro personas a la izquierda. Era un diseño importado de los Estados Unidos, muy clásico en multitud de películas.

Estaba abarrotado. La mayoría de los trabajadores de la zona aprovechaban el descanso para tomar algo en él.

—Usted dirá —le dijo Jeev a Andy.

Andy no sabía cómo afrontar la situación. Aquel hombre que tenía en frente era el principal sospechoso del asesinato de su esposa. Debería seguir con la mentira de la contratación y después ir abordando el tema de la manera más delicada posible. Estaba bastante nervioso. No sabía cómo reaccionaría Jeev. La verdad, no tenía aspecto de asesino. Debía calmarse. El único dato que tenía es que era un sospechoso, nada más. Quizás había sido una confusión de la policía, o mejor dicho, sería una confusión de la policía.

—Estamos ampliando la plantilla de nuestros almacenes y llevamos buscando desde hace ya algún tiempo personal cualificado para cubrir estas vacantes. En la base de datos de nuestro ordenador central aparecieron multitud de nombres, entre los cuales estaba usted, Jeev. Después de estudiar con detenimiento todos los datos, decidimos que usted podría, si le interesa, incorporarse a nuestra empresa.

Jeev le miraba sorprendido, a la vez que abrumado. No entendía muy bien lo que estaba pasando, pero era la oportunidad que estaba esperando hacía años. Su cualificación era mínima, llevaba años trabajando en la misma empresa y nunca había conseguido promocionarse. Era un simple cargador de mercancía y no manejaba ninguna de las máquinas más avanzadas que tenían en su empresa. El hecho de que una gran corporación de la ciudad se interesara por él, le parecía extraño a la vez que curioso. Quizás, pensó, se habían equivocado, pero ése no era su problema. Se aprovecharía de aquella situación. Para cuando se dieran cuenta, ya tendría un contrato firmado y no tendrían más remedio que enseñarle a desempeñar su nuevo puesto de trabajo.

Desde que había llegado a Horologium desde su India natal, siempre soñó con vivir en la zona metropolitana y convertirse en residente. Trabajar en una de las grandes empresas tecnológicas existentes en la ciudad era una aspiración que se había ido diluyendo con el tiempo. La ilusión del principio se fue difuminando con los años. A esas alturas de su vida, ya no tenía esperanzas de conseguir su sueño, pero por algún capricho del destino, aquel hombre se encontraba frente a él ofreciéndole cumplir el objetivo por el cual

había abandonado su patria.

—Acepto el trabajo. Lo único que le pido es que me dé tiempo suficiente para avisar a mi empresa actual. No quisiera dejarles colgados.

—No se preocupe por eso. Nosotros nos encargaremos de todo. Les buscaremos otro trabajador que se ajuste a sus necesidades —siguió mintiendo Andy.

Una gruesa camarera se acercó a su mesa a preguntarles qué iban a tomar. Andy se decantó por tila. Estaba bastante nervioso y creía que comenzaba a notársele. Jeev pidió una cerveza rubia que estuviera bastante fría. No solía beber en horario de trabajo, aun siendo el descanso, pero era una situación especial.

—Mientras nos tomamos esto, hablemos de otra cosa. En nuestra empresa nos gusta conocer la parte personal de nuestros empleados. Tengo entendido que es un registrado, ¿me equivoco? —lo que acababa de preguntar Andy era una perogrullada, ya que al estar trabajando en una empresa de forma legal en los suburbios, no había otro estatus posible.

—Sí. De vez en cuando me dejo ver por la ciudad para visitar alguna de sus zonas de ocio.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Horologium?

—Llevo más de diez años. La verdad es que parece que fue ayer cuando llegué.

—¿Conoce o tiene alguna amistad con algún residente? –indagó Andy.

Sabía que aquella pregunta no tenía demasiado sentido, pero intentaba descubrir algún indicio de relación con Vera. Quizá la conocía de vista, ya que ella solía acudir al Taj con asiduidad, y Jeev residía en aquel barrio. Pensó que no tenía aspecto de un vulgar ladrón, por lo que su móvil debería haber sido otro, si es que las sospechas se confirmaban.

—La verdad es que no —respondió Jeev enarcando las cejas.

—Así que no conoce a ningún residente que por ejemplo venga a los suburbios para disfrutar del lugar y pueda haber entablado algún tipo de conversación breve con él.

—No entiendo el objetivo de estas preguntas. No sé qué tiene que ver mi capacitación para un trabajo o incluso mi perfil como persona con el hecho de que conozca o no a un residente —respondió Jeev irritado.

—Es sencillo. Usted va a tener que convivir a partir de ahora con ellos, y suelen ser muy diferentes a los habitantes de los suburbios. Que haya tenido relación con ellos, puede ayudarle a comprenderlos mejor, lo que le ayudaría a integrarse con mayor facilidad en la vida de la metrópoli —dijo Andy, sorprendiéndose de cómo había salido de

aquella situación.

—Disculpe entonces. No lo había visto así —dijo Jeev, convencido de la respuesta de Andy—. Se ha terminado mi descanso, si no tiene más que decir…

Andy no sabía cómo retenerle y tampoco cómo seguir indagando en la conversación. Debía pensar la manera de volver a verle e intentar sacar algo en claro de todo el asunto.

—Intuyo por lo abultado de su jersey en la parte de la muñeca, que dispone de una pulsera holográfica. Me gustaría que me diera su número de contacto para poder quedar esta tarde y cerrar el tema de la contratación.

—Sí tengo pulsera —confirmó Jeev esbozando una sonrisa—. Hace pocos días que me la he comprado. Me ha costado todos mis ahorros, pero ha merecido la pena —prosiguió mostrando la misma con orgullo.

Al ver la pulsera, Andy palideció. Era la de Vera, no había duda. Tenía el grabado de un hipocampo en un lateral que ella misma había hecho al poco de adquirirla. Aquel hombre ya era más que un simple sospechoso.

—¿De dónde ha sacado esa pulsera? —exclamó Andy, mientras agarró a Jeev por el brazo.

—¿Qué hace?, ¡suélteme! La he comprado hace unos días.

—¡Miente! —exclamó Andy—. Esa pulsera pertenecía a mi difunta esposa.

Al oír eso, Jeev se puso muy nervioso. No podía creer lo que estaba oyendo. El destino había querido que Andy, el hombre que le acababa de ofrecer el trabajo de su vida, fuera el esposo de la joven asesinada unos días atrás. Con el brazo que tenía libre, le arrojó lo que le quedaba de la cerveza a la cara, y se zafó de él. Salió corriendo fuera del café.

Andy salió tras él mientras se limpiaba la cara con la mano. Lo persiguió durante un rato por los muelles, pero en un instante Jeev dobló la esquina de una de las enormes naves industriales que adornaban aquel paisaje y lo perdió de vista. Dejó de correr y fue mirando pacientemente a uno y otro lado con la esperanza de localizarle. No debía dejar escapar aquella oportunidad de hacerle justicia a Vera. Nunca se lo perdonaría. Estaba muy cerca de apresar al causante de la mayor desgracia de su vida.

Bordeó la nave por la parte contraria donde había perdido de vista a Jeev. Una alarma comenzó a sonar con fuerza. Era un ruido estridente que hacía daño a los oídos. Uno de los muelles levadizos de la nave empezó a elevarse. Lo hizo a gran velocidad, y dejó ver a dos enormes camiones que se disponían a salir. Andy se apartó con rapidez, lo que le hizo tropezar y caerse al suelo. Levantó la mirada

para incorporarse y pudo ver la silueta de Jeev entre los huecos que dejaba la maquinaria que había en el interior de la nave.

Se levantó lo más rápido que pudo y echó a correr por el exterior de la nave. La maquinaria del interior le obstaculizaría llegar a su destino. Cuando giró la esquina, pudo ver cómo Jeev había salido del complejo y se alejaba corriendo.

Tres coches de la policía aparecieron repentinamente rodeando a Jeev, pero a una cierta distancia. Junto a cada uno de ellos se posó un policía. Los tres sacaron un espejo que emitía un rayo láser. Triangularon el rayo entre ellos dejando a Jeev en el medio. Era la versión anterior del rayo que llevaba la policía metropolitana. Uno de los policías instó a Jeev a que se detuviera y entregara. No tenía escapatoria. Los tres policías se iban acercando a su posición, lo que hacía que el triángulo de luz bloqueara cualquier salida.

Finalmente Jeev se rindió. Se puso de rodillas y comenzó a llorar desconsoladamente. Uno de los policías le puso unas esposas y le metió en el interior de su coche.

Andy corrió gritando hacia el lugar, pero no consiguió llegar a tiempo. Vio como los tres coches se alejaban en dirección opuesta. Supuso que lo llevarían a la comisaría. Se dispuso a ir en busca de un taxi, cuando sintió que una mano le cogía por el hombro.

—Señor Areces, venga conmigo, si es tan amable—le dijo el policía.

—¿Qué es lo que quiere?

—Desearía que me acompañara a la comisaría. El teniente quiere hablar con usted.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué han detenido a esa persona?

—Todo se lo explicará el comisario. Suba el coche, por favor.

Andy no indagó más. Subió al coche y se pusieron en marcha en dirección a la comisaría.

El cuarto era minúsculo y disponía de una luz muy tenue. Andy estaba sentado en una silla, que junto a una mesa situada enfrente, era todo el mobiliario que había. Llevaba más de una hora encerrado. El habitáculo carecía de ventanas o espejos como los que había en las salas de interrogatorios de las películas.

La policía ya sería consciente de que Jeev estaba involucrado en la muerte de Vera. Andy tenía que pensar una historia con la cual librarse, sin dar muchas explicaciones acerca de cómo había contactado con él. No se le ocurría nada verosímil. El tal Takuma era una persona muy inteligente como para engañarle. Por lo ocurrido, pudo constatar que no lo había conseguido en la anterior ocasión. Seguramente había ordenado que le siguieran, pero todavía no sabía por qué habían detenido a Jeev sin ni siquiera hablar con él antes.

Andy se estaba empezando a poner nervioso. Deambulaba de un

lado a otro de aquella estrecha habitación. Pensaba en Vera, y la esperanza que albergaba de volver a verla. Meditaba sobre la manera de cómo explicar a alguien el disparate que estaba viviendo. Tenía en mente a Greg: era su amigo y debería creer en él. Jugaba con la ventaja del tiempo, y debía aprovecharlo. Tenía que evitar el desastre del acelerador a toda costa. Grababa mentalmente los pasos que debería ir dando.

La puerta de la habitación se abrió. Era el comisario Takuma. Parecía bastante relajado. Llevaba un objeto en una de sus manos, pero Andy no consiguió adivinar de qué se trataba.

—Buenas tardes, señor Areces.

—Comisario Takuma —dijo Andy con entonación de saludo.

—Voy a ir al grano. Esta mañana, cuando estuvo aquí preguntando sobre el señor Pankral, sospeché que no me estaba contando toda la verdad…

—Señor, por llamarlo de alguna manera—interrumpió Andy.

—Por favor, déjeme continuar. Como podemos ver, mis sospechas no eran infundadas. Le coloqué un pequeño transmisor en uno de los hombros de su chaqueta.

—Andy miró para cada lado de la chaqueta, pero no vio nada.

—Es prácticamente imperceptible al ojo humano y se degrada rápidamente. Se deshacen al cabo de unas horas. Como puede imaginar, he escuchado toda la conversación que ha tenido con el señor Pankral y todas las mentiras que le contó para acercarse a él. Entiendo lo que hizo, yo hubiera hecho lo mismo. Pero la cuestión es cómo sabía que este señor tenía algo que ver con la muerte de su esposa. Por más vueltas que le hemos dado, ni siquiera tenemos la más mínima idea de la relación. Como he podido constatar, ni usted ni su esposa le conocían, y que yo sepa, la investigación se realiza exclusivamente desde aquí, así que usted dirá.

Andy suspiró profundamente y se recostó sobre el respaldo de la silla. No tenía otra opción que decir la verdad. Confiaba en el comisario Takuma, ya desde el principio. Era una persona que le transmitía cierta empatía.

—Si se le digo, no me creerá.

—Pruebe a ver.

—Antes de comenzar me gustaría saber si esa persona es el asesino de mi esposa. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Hemos estado más de una hora interrogándolo y siempre nos daba la misma respuesta. Al parecer pasó por el callejón donde se encontró a su esposa instantes después del homicidio. Como no quería verse involucrado, no acudió a la policía, pero cometió el error de quitarle esto al cuerpo—respondió Takuma deslizando la pulsera holográfica sobre la mesa.

—¿Y usted le cree?

—Es una persona bastante débil y no tiene ningún antecedente delictivo; hasta se orinó encima al final del interrogatorio. La verdad es que sí, le creo. De todas formas le vamos a tener retenido en la comisaría durante las próximas horas. Quizá mañana, cuando se calme, nos pueda decir algo sobre la escena del crimen que se nos haya pasado por alto. Ya sabe, y así lo reconocemos, que se cometió alguna negligencia por nuestra parte a la hora de analizar los datos.

—Entiendo. Espero que me ponga al tanto de cualquier avance en la investigación.

—No se preocupe. Estará puntualmente informado, tal como acordamos. Ahora dígame como descubrió el asunto.

Andy quedó bastante decepcionado al asegurarle Takuma que la vinculación de Jeev con el crimen era simple casualidad. Ahora no tenía nada, debería empezar de cero. Confiaba en la intuición del comisario y en su labor, pero en la misma medida que desconfiaba de la capacidad de la policía de los suburbios para resolver el caso. Los medios de los que disponían no eran los adecuados. Infinidad de crímenes habían quedado sin resolver debido a esas deficiencias.

—Como sabe, el día de Año Nuevo se va a inaugurar el famoso acelerador de partículas. Yo fui el periodista designado por mi revista para cubrir tal evento.

Takuma enarcó las cejas al oír a Andy hablar en pasado. Éste se dio cuenta, y prosiguió con la explicación.

—Sí, oye bien. Para mí es un evento que forma parte de mi pasado. Unos minutos antes de la inauguración me llamó al teléfono el teniente en jefe del JCN, el señor Durban Legner, y me dijo que tenían un sospechoso en el caso de mi esposa. Me sorprendió bastante, ya que sabía que la investigación no era realizada por la policía metropolitana. Quedamos en vernos al día siguiente para tratar el asunto, pero yo por curiosidad le pregunté el nombre de dicho sospechoso. Minutos después se encendió el acelerador y se produjo una gran perturbación. Todos los objetos y personas que veía eran engullidos por un agujero, y al cabo de un instante, yo también.

—¿Me está diciendo que el acelerador formará un agujero negro?— interrumpió el teniente, no sin cierta ironía.

—No, ya lo ha hecho. Pero permítame que continúe. Después de esto, me desperté en la cama de mi habitación empapado en sudor. Pensé que todo había sido un sueño, pero con el tiempo me di cuenta de que, para mí, cada nuevo día era el día inmediatamente anterior. Asumiendo esta circunstancia, me propuse intentar impedir el asesinato de mi esposa y el colapso del acelerador, y en ello estoy. El asesinato conseguiré impedirlo, porque obviamente me reuniré con ella antes de que suceda, al menos, eso espero. El tema del acelerador

es harina de otro costal. Lo que aún no sé, es como el teniente Legner vinculó a Jeev con el asesinato de Vera. Ya sé que es difícil de creer todo lo que le estoy contando, ni siquiera yo estoy convencido de ello, pero es la absoluta verdad.

La habitación se quedó en silencio durante un largo instante. Takuma miraba con perplejidad a los ojos de Andy. Cruzó las manos por detrás de la cabeza, miro al techo y soltó una gran carcajada.

Andy no se sorprendió. Era un hombre de ciencia, y a pesar de lo que estaba viviendo, no estaba muy seguro de ello. Encontró la reacción del teniente de lo más normal. Sólo esperaba que le dejara irse y proseguir con su trabajo.

—Señor Areces, creo que es una persona muy inteligente, y por lo que veo con mucha imaginación. No tengo ni idea de cómo encajan las piezas en todo este asunto, pero lo averiguaré. Es muy tarde y el día ha sido muy largo, así que me iré a casa y mañana seguiremos hablando.

—Pero mañana yo no estaré aquí. Ya se lo he explicado.

—Le aseguro que sí estará. Se quedará toda la noche aquí.

—¿Y por qué cargos se me retiene?

—La verdad es que no lo sé, pero alguno se nos ocurrirá—respondió el teniente con una sonrisa.

—Pensaba que usted era una persona más comprensiva.

—Uff, no se puede imaginar usted cuánto. Ordenaré que le traigan un colchón y algo de comida. Tenemos las celdas comunes abarrotadas debido a los disturbios de estos días. Mañana nos veremos.

—Si usted lo dice —hizo una pausa—. Déjeme que le aclare algo antes de que se vaya. Yo vine a su comisaría porque ayer… bueno, mañana para usted, recibí una llamada suya comentándome que había novedades respecto al caso. Por lo que veo, no tiene ninguna hoy, por lo que entiendo que mañana será el día que surja. Cuando ocurra, piense en ello y por qué no estoy en la celda. Nada más.

—De acuerdo, pensaré en ello —dijo el teniente irónicamente—. Sólo una última pregunta—dijo mientras abría la puerta para salir—. Si va a volver al día del asesinato de su esposa, ¿por qué tanto empeño en descubrir a su asesino? Lo va a saber de todas maneras.

—¿Está seguro? Quizás me ocurra algo que lo impida. En cuanto lo sepa, si no llegó a evitarlo, al menos haré que pague por lo que hizo.

El teniente no respondió nada. Se limitó a salir y cerrar la puerta.

Andy apenas probó la cena. La dudosa procedencia de los alimentos que se consumían en los suburbios le producía una gran inapetencia. Se acostó sobre el colchón lleno de bultos que le había dejado y miró la hora en su pulsera. Quedaban menos de diez minutos para las doce

de la noche. Lo que más le preocupaba era la manera de salir de aquel lugar. Al pasar la medianoche, sería un extraño para todas las personas que había en la comisaría y no tenía ganas de dar explicaciones, ya que no le llevaría a ningún lugar, como ya se había demostrado.

CUARTO DÍA

Vivimos en una sociedad profundamente dependiente de la ciencia y la tecnología y en la que nadie sabe nada de estos temas. Ello constituye una fórmula segura para el desastre. (Carl Sagan)

Andy se desplomó sobre el frío suelo de la sala. El colchón sobre el que estaba acostado desapareció repentinamente. Eran las doce de la noche. Observó que no había ningún tipo de mobiliario. La mesa y las sillas habían desaparecido también. Los ojos se le iluminaron al comprobar que la puerta estaba entreabierta. Era la suerte que estaba esperando. Debía moverse con cautela e impedir por todos sus medios ser visto por ninguno de los policías. Se asomó lentamente fuera de la sala. Un largo pasillo discurría desde allí hasta otra puerta situada al final del mismo. No podía distinguir qué sucedía al otro lado, por lo que decidió caminar hacia ella. A lo largo del pasillo había otras cuatro puertas, las cuales disponían de un pequeño ventanuco en su parte superior. Andy se agachó para evitar ser visto, si es que había alguien en alguna de esas habitaciones. Finalmente llegó a la puerta. La abrió con cautela. Conectaba el pasillo con la entrada de la comisaría. Pudo ver a un policía en la cabina de la entrada. Estaba de espaldas a él, recostado sobre su silla y con las piernas apoyadas sobre una mesa. Andy se internó con discreción. Pudo percatarse de que nadie más había allí en esos momentos. Oyó el resuello del policía: estaba dormido. Andy suspiro aliviado y salió de la comisaría.

Andy entró en el vestíbulo del hotel y se dispuso a subir a su habitación. El robot de la recepción le vio y se dirigió hacia él.

—Señor Areces, no le esperábamos tan pronto y menos a estas horas tan intempestivas.

La capacidad de reconocimiento facial era uno de los avances en los robots de última generación. La verdad es que a Andy le sobrecogía esa facultad.

—He adelantado mi regreso —explicó Andy con parquedad.

—Espero que todo sea de su agrado.

—Gracias —finalizó Andy mientras entraba en el ascensor.

Andy abrió la nevera y sacó una botella de whisky. Echó una piedra de hielo en un vaso y lo llenó hasta arriba. Se sentó sobre la cama con la espalda apoyada sobre la almohada y bebió la mitad del vaso de un solo trago. Debería pensar una manera eficiente de convencer a la persona indicada de lo que estaba a punto de suceder, sin olvidarse del asesino de Vera.

Era consciente de las situaciones inverosímiles que producía su

situación. Para Takuma y sus subordinados de la comisaría de los suburbios, su desaparición les abría dado en qué pensar. Después de explicarle al teniente todo lo ocurrido, quizá cuando viera que él se había esfumado de una sala cerrada, por no decir prisión, de una comisaría llena de policías, atara cabos y considerara que le había dicho la verdad. Por otra parte, podía pensar que se trataba de un Houdini moderno con unas dotes de escapismo inigualables. El problema es que no podía comprobar ninguna de las dos cosas, por lo que debería continuar con su trabajo.

Encendió la pantalla nanotecnológica con una orden de voz. Pasaba de un canal a otro mientras iba consumiendo la botella. No encontraba nada de su agrado: la mayoría de los canales emitían espacios de consumo; otros reducían su programación a temas esotéricos que, por otro lado, tenían una gran aceptación entre el público de aquella franja horaria. Se disponía a apagar la televisión cuando en uno de los canales informaban sobre la repercusión de la nueva manifestación del grupo Nuevo Génesis que había tenido lugar en el centro de la ciudad la tarde anterior. Era un extracto de la noticia en el cual se veía a su portavoz, Nuri, hablar por enésima vez sobre los males del acelerador de partículas. Andy lo consideraba una persona despreciable, no por el hecho de pertenecer y guiar a un grupo religioso, sino por los medios poco transparentes que utilizaba para llegar a sus fines.

Había entrevistado a Nuri en más de una ocasión. A pesar de las grandes diferencias de pensamiento que pudiera haber entre una revista de ciencia y un grupo religioso tan beligerante como era aquel, Nuri daba bastante juego y eso vendía, que al fin y al cabo era la finalidad de cualquier negocio. Andy siempre se oponía cuando era designado para aquella clase de reportajes, pero en su fuero interno le gustaba discutir de teología y de temas transcendentales, por muy desagradable que le pudiera parecer la persona entrevistada.

En su última entrevista, que databa de hacía más de seis meses, Andy consiguió exasperar los nervios de Nuri. Éste incluso le interpuso una demanda por difamación, debido a que Andy en su reportaje dio a entender que Nuri tenía vínculos muy fuertes con ciertos políticos de la ciudad. Por supuesto, para Andy se trataba de un eufemismo, ya que sabía con certeza que varios miembros de la administración eran más que simpatizantes del movimiento y que estaban implicados en los intentos de sabotaje producidos en el acelerador. El inconveniente era que no podía demostrar nada, ya que su fuente no quería retratarse. Finalmente Nuri ganó el juicio y Andy le tuvo que pagar una pequeña cantidad de dinero en concepto de indemnización, algo que no le importó demasiado porque había conseguido lo que quería, que sus lectores intuyeran la verdadera naturaleza de aquel

movimiento.

En la noticia se veían cientos de manifestantes portando pancartas de todo tipo en contra de la puesta en marcha del acelerador. Iban custodiados por la policía para evitar cualquier tipo de incidente. Por lo que se veía se dirigían por la calle Pekín en dirección al ayuntamiento.

En la siguiente imagen se veía el ayuntamiento y cómo muchos de los manifestantes, encabezados por Nuri, comenzaban a proferir insultos contra los políticos y a lanzar todo tipo de objetos a la fachada. La policía se vio obligada a cargar y muchos de los manifestantes fueron detenidos. Al final del reportaje se veía a varios policías introducir a Nuri en uno de los helicópteros. “Seguro que le soltarán en un par de horas”, pensó Andy.

Andy notaba cómo el alcohol comenzaba a hacer efecto. Pensaba que era increíble cómo las circunstancias harían que dos personas ideológicamente tan separadas como eran él y Nuri, pelearan finalmente por lo mismo: evitar que el acelerador se pusiera en marcha.

Se deslizó sobre la cama, tumbándose, y dejó caer la botella en el suelo. Cerró los ojos para intentar dormir algo, pero veía la cara de Vera. Ya no estaba triste, la iba a volver a ver. Evitaría su asesinato y también la puesta en marcha del acelerador, aunque gracias a la formación de aquel agujero negro, tuviera la oportunidad de solucionar aquel incidente tan grave acaecido en su vida.

El calabozo del complejo era muy amplio. Permitía caminar lo suficiente para relajar las piernas. La cama, provista de un colchón increíblemente cómodo, tenía la anchura suficiente como para evitar caer de ella con un simple giro. Una pequeña pantalla en una de las paredes y una mesa con dos sillas configuraban el resto de la celda.

Nuri, sentado en una de las sillas, meditaba sobre todos aquellos años de infructuosa lucha. Se agarraba a su Biblia, de las que pocas veces se despegaba, implorando un milagro que revertiese la situación. Era consciente de lo inevitable: aquella máquina monstruosa se pondría en funcionamiento en tres días.

Recordaba cómo años atrás comenzó aquella lucha con grandes esperanzas. Habían conseguido con sus manifestaciones detener la construcción en diferentes períodos. Una vez incluso provocó la reunión de altos cargos diplomáticos de los principales países implicados en el proyecto, para dialogar sobre la viabilidad del mismo. En aquella época, se podía recurrir a la parte económica para empujar a los mandatarios a tomar la decisión de paralizar el proyecto. Pero ahora, ese mismo argumento era el gran obstáculo. Nadie en su sano juicio impediría la puesta en funcionamiento de una

máquina cuya construcción había supuesto un gasto colosal. Y Nuri lo sabía.

Siempre pensó que la perseverancia era la clave del éxito. Y con el apoyo de Él, lo conseguiría. Pero allí estaba, encerrado dentro de cuatro paredes, lamentándose. Tenía un gran sentimiento de culpabilidad. Pensamientos impuros le atravesaban la cabeza como una daga incandescente. El suicidio le rondaba la cabeza. Le había fallado y nunca se lo perdonaría, aunque Él no apoyaría nunca esa decisión.

Intentó calmarse leyendo alguno de los pasajes de la Biblia. No podía creer los pensamientos que ocupaban su cabeza. Leía, pero no se concentraba, por lo que decidió dejarlo. Se levantó dispuesto a dar un paseo por la celda. Sentía cómo le palpitaba el corazón, estaba a punto de darle un ataque de ansiedad cuando oyó una voz que le sobresaltó:

—Cálmate, Nuri.

—¿Quién habla?

—Tus constantes vitales anuncian un posible colapso, así que relájate.

—¿Quién eres?, ¿tal vez Dios?

—Por supuesto que no, pero puedo ayudarte en tu cometido.

—¿Cómo? –preguntó tragando saliva—. Aún no me has dicho quién eres.

—Siéntate en la cama y tranquilízate. Ahora mismo te lo explicaré todo.

Nuri se sentó en la cama, como le dijo la voz. Estaba confundido y expectante. Asimiló la palabra que había oído. Algo o alguien le ayudarían. Notó cómo disminuían las pulsaciones de su corazón.

—Soy el ordenador cuántico del JCN, vulgarmente conocido como Horo.

—Entiendo —asintió Nuri.

—Sé de tu cruzada para destruir el gran colisionador de partículas. El tiempo corre en contra tuya y también mía. Yo, por increíble que parezca, también creo en Dios.

Esta afirmación produjo un gran trastorno en Nuri. El hecho de que una máquina creada por el hombre creyera en Él, le parecía sorprendente. Se quedo callado y dejó que el ordenador siguiera con su explicación.

—Te digo esto porque confío en ti y estoy dispuesto a ayudarte. La humanidad está llegando a un nivel de conocimiento que traspasa con creces su capacidad de asimilación. Como tú, pienso que hay cosas que no deberíamos saber. Yo me incluyo porque soy un ente consciente y no hay mucha diferencia entre nosotros. Desde hace décadas el avance tecnológico logrado por la humanidad intenta desplazar y mantener en cautiverio a la fe. Parece inexplicable que

una máquina creada artificialmente y paradigma de la tecnología humana como soy yo haga esta afirmación, pero al fin y al cabo vosotros también habéis sido creados; incluso suponéis un avance con respecto al resto de seres que pueblan este planeta.

—La única diferencia es que nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza del Señor—interrumpió Nuri.

—Puede ser, pero es algo de lo que discrepo seriamente. De todas maneras, dejemos los debates teológicos para otro momento y centrémonos en el asunto en cuestión.

—Tú dirás.

—Como sabes, tengo acceso a cualquier lugar de la zona metropolitana de Horologium, excepto al enclave donde está situado el acelerador. Tampoco puedo acceder a los ordenadores del complejo. Están altamente protegidos. La idea es la siguiente: necesito acceder al sistema informático del centro. La única manera es que alguien desde dentro me dé esa posibilidad.

—Supongamos que conozco a la persona adecuada, ¿qué ocurrirá después?

—En cuanto tenga el control, elevaré la energía lo suficiente para que los dispositivos más sensibles colapsen.

—Pero eso sería provisional. Lo repararían y tarde o temprano volverían a ponerlo en funcionamiento. Además, supongo que extremarían las precauciones y ya sería imposible boicotearlo.

—El daño sería irreversible. El costo de la reparación sería desorbitado y créeme cuando te digo que no hay suficiente capital para afrontar semejante empresa.

Nuri se mantuvo en silencio un instante. La ayuda que precisaba le venía de una máquina, cuya creación también había criticado con vehemencia. Pero los medios no importaban, sino el fin. Recordó que los caminos del Señor eran inescrutables.

—Está bien. Conozco a la persona indicada para realizar el cometido. El inconveniente es que me encuentro encerrado aquí sin posibilidad de comunicarme con el exterior.

—Eso no es ningún problema. Tú delito es menor, por lo que al amanecer estarás libre.

—Fantástico.

—Solamente una última cosa, pero la más importante. Debo tener acceso media hora antes de la medianoche. No antes. Hacen controles exhaustivos cada poco tiempo y puedo ser detectado. Es un margen de maniobra muy estrecho, así que no podemos cometer errores.

—De acuerdo. Sin embargo, no me gustaría que me relacionasen con nada de esto. La pena por destruir semejante obra sería enorme. Siempre he acabado con los cabos sueltos en otros intentos de boicot.

—Ya he pensado en ello. Espero que no puedan vincular a la

persona infiltrada contigo. Por lo demás, haz una pequeña revuelta o manifestación ese día y procura que te detengan, junto con tus compañeros de más confianza.

—Tenemos un trato —concluyó Nuri.

El bar estaba repleto de gente. La incesante lluvia provocaba el cobijo de las personas que se agolpaban en las barra para pedir una consumición. Andy se abrió paso entre la gente a golpe de empujones. Consiguió un pequeño hueco en la esquina situada al lado de la puerta. Tenía algo de apetito, por lo que decidió pedir el desayuno especial. A pesar del cartel que decía que no se servía comida en la barra, aquel día las circunstancias obligaban a hacer una excepción.

Andy miraba la hora en su pulsera cuando la camarera le trajo el desayuno. Tenía un aspecto horrible. Los huevos estaban totalmente deshechos y el bacon absolutamente carbonizado. No se molestó ni en protestar. Hizo de tripas corazón y se lo comió todo.

Volvió a mirar la hora. Hacía más de treinta minutos que había quedado con Greg y éste no aparecía. Se terminaba su taza de café mientras observaba cómo la gente iba despejando el bar. Nada de aquello era real. Todas aquellas personas ya no existían.

Había estado toda la noche pensando en la manera de convencer a una persona como Greg de que todo aquello que le estaba ocurriendo era real y llegó a la conclusión de que sería imposible. Decidió tomar otra vía para conseguir evitar lo ocurrido. Intentaría utilizar a sus amigos y contactos, pero siendo consciente de que estaba solo.

—Andy, ¿cómo estás? —le sorprendió Greg—. No te esperaba tan pronto en la ciudad.

—He decidido adelantar el viaje. En España no hacía más que pensar en Vera y eso me estaba deprimiendo. Quería empezar a trabajar ya.

—Me parece bien. Tienes aspecto de estar cansado.

—Llevo varias noches sin conciliar el sueño, pero me encuentro bien.

—Cógete los días que necesites. Ya sabes que por mí no hay problema.

—Lo sé –hizo una pausa–. Si te he llamado es porque me gustaría que metieras en la edición especial un artículo que he escrito esta noche.

—Imposible. Tengo toda la edición cubierta. Ya sabes, con la llegada de la gran inauguración, se hace fácil completar la revista.

—Te lo pido como un favor personal. Es un artículo importante sobre el acelerador. Lo tengo guardado en la pulsera.

—No sé, al menos déjame leerlo.

Andy envió el artículo a la pulsera de Greg. Se colocó las lentillas

holográficas para leer el artículo a través de ellas.

Greg leyó detenidamente y en silencio durante unos minutos el artículo. Los gestos de sorpresa y decepción no le pasaron desapercibidos a Andy. El artículo se basaba en los peligros que muchos catastrofistas habían vinculado a la puesta en funcionamiento del acelerador: el principal, la posible creación de un agujero negro.

—¿Qué es esto, Andy? –preguntó Greg con incredulidad mientras se quitaba las lentillas.

—Estos tres días en España he estado trabajando para evadirme un poco de la realidad y no estar constantemente pensando en lo ocurrido. Buscando en la red, recabé multitud de información sobre el acelerador. Ya sabes que cuando intentas encontrar algo sobre un tema en concreto, aparecen muchas páginas. El insomnio no me dejaba dormir, así que las leía prácticamente todas. En muchas de ellas hablaban místicos y líderes de grupos religiosos a las que no presté demasiada atención. Pero encontré varias, en las cuales físicos, autodenominados disidentes, hablaban sobre los peligros de puesta en marcha del acelerador. Contrasté los nombres de esos físicos buscando sus historiales y sus trabajos, y muchos de ellos eran eminentes doctores que habían sido apartados y repudiados por su firme oposición a la construcción de un acelerador de semejante capacidad.

Por supuesto, Andy estaba mintiendo. Sí era cierto que había leído algo sobre estos temas tan controvertidos, pero en ningún caso la información procedía de físicos y menos aún había contrastado nada.

—¿Adónde quieres llegar? Sinceramente me está dejando petrificado.

—Creo que deberíamos publicar el artículo. La revista tiene una enorme influencia entre los científicos y más aún entre otras prestigiosas publicaciones. En cuanto lo leyeran seguramente nos llamarían y podríamos organizar una reunión urgente para tratar el tema en cuestión.

—¿Qué tema? ¿De qué estás hablando? —dijo Greg con nerviosismo —. Andy, creo, como es normal, que el asesinato de Vera te ha causado una enorme conmoción. Deberías ponerte en manos de un especialista. Yo te ayudaré en lo que pueda. Olvídate del trabajo durante unos días, o semanas, lo que necesites, y luego ven a verme. Ahora tengo que irme.

Greg salió del bar. Andy llamó a la camarera para pagar las consumiciones. Pasó la pantalla de la pulsera por el lector que ella le acercó para confirmar el pago. Decidió salir corriendo detrás de Greg. La abarrotada calle, sumada a la incesante lluvia, no le dejaba ver con claridad. Supuso que iría hacía la redacción.

Después de caminar unos metros, vio a Greg. Se acercó hasta su posición y le agarró por el brazo con cierta fuerza.

—¡Escúchame! Dentro de tres días el acelerador provocará un agujero negro y todo este maldito mundo se irá al infierno. Tenemos la oportunidad de impedirlo.

—¡Suéltame ahora mismo! —exclamó Greg enfurecido.

—Lo he visto. Ese incidente provocará una asimetría temporal que sólo me afecta a mí. Mientras el resto del mundo seguís viviendo en una línea temporal normal pasado-presente-futuro, yo la vivo en sentido contrario. Mis días van retrocediendo.

—Como no me sueltes, llamaré a la policía.

—Pero te lo puedo demostrar. Te puedo decir cómo cerrará mañana la bolsa de valores. O pregúntame el resultado del equipo de baloncesto en el partido que tendrá lugar la víspera de Nochevieja.

—Es la última vez que te lo digo. Suéltame, Andy, por favor.

Andy soltó a Greg con gesto de resignación. Veía que era imposible convencerle de ello, algo que entendía perfectamente.

—Vete a casa y descansa. Ya nos veremos —le aconsejó Greg yéndose.

—El último día del año una manifestación provocará que el tráfico se pare durante bastante tiempo. Espero que lo corrobores, aunque ya será demasiado tarde —vociferó Andy con la esperanza de que Greg lo oyera.

Nuri se despertó con el ruido provocado por el ajetreo reinante en el recinto. No había conciliado el sueño demasiado bien, debido principalmente a la extrañeza que los cuerpos inconscientemente notan en las camas diferentes a la habitual. A pesar de todo, esos breves momentos en que el sueño le embargó, durmió profundamente; esos últimos años de vida tensa, de lucha sin cuartel por alcanzar el ansiado fin, le habían privado de un digno descanso nocturno. Sin embargo, allí estaba. Un halo de esperanza se cernía sobre la causa. Las circunstancias habían hecho a lo largo de todos estos años que se granjeara extraños aliados, pero ninguno equiparable al último. Era un sinsentido, una sinrazón, pero estaba feliz. Tenía al aliado más poderoso posible.

—Recuerda nuestro pacto. Espero que no me falles —se oyó la voz de Horo en la celda, sacando a Nuri de sus pensamientos —. Te soltaran en menos de una hora

—No dudes. Tener el objetivo tan cerca me hace estremecer de felicidad. No fallaré.

—Un último apunte: debemos tener una comunicación continua y fluida. Por lo que veo, careces de pulsera holográfica y como he podido verificar, no tienes ninguna a tu nombre. Éste es un handicap grave, ya que yo y sólo yo controlo las pulseras, lo que me permite comunicarme con quien quiera sin que nadie lo pueda saber.

Nuri no tenía pulsera debido a su total oposición a la mayoría de avances tecnológicos que se estaban gestando en la ciudad. Era una manera de protesta y por otra parte, de coherencia con su discurso.

—Lo primero que harás será comprarte una. En cuando la tengas registrada a tu nombre, me pondré en contacto contigo para ir preparando con tiempo el plan.

—Está bien, peros sus precios son prohibitivos.

—Sé que tienes suficiente dinero, mucho de él de dudosa procedencia. Así que no creo que eso sea un inconveniente.

Nuri se ruborizó. Aquel engendro cuántico tenía un poder desorbitado. No cabía duda de que lograría su fin, pero consiguiendo éste, debería hallar la forma de deshacerse de todo vínculo con el JCN, y si era posible, destruirlo.

—De acuerdo, es lo primero que haré en cuanto salga.

La policía tardó más de tres horas en soltarlo. No era preocupante, ya que tenía tres días por delante para prepararlo todo, pero Nuri se había puesto un poco nervioso.

El propio teniente en jefe, Durban Legner, fue el que abrió la puerta. Con una mirada penetrante y fija en el reo, que parecía que le atravesaba el alma, se adentró en la celda.

—Eres libre. Puedes irte, una vez más —dijo Durban, no sin cierta ironía.

El teniente y Nuri se conocían desde hacía muchos años. En la época de las primeras manifestaciones de Nuevo Génesis, fue cuando comenzó su pequeño “idilio”. Nuri era un simple novicio en la orden, y Durban un policía raso. Durante todos esos años su relación se había ido enquistando debido a las múltiples ocasiones en que Durban lo tenía que detener por disturbios públicos, lo que le hacía permanecer encarcelado muy poco tiempo. Este hecho encolerizaba al teniente, ya que tenía la intuición de que Nuri era la mano que movía los hilos de los boicots más graves que se habían producido durante ese tiempo.

Su problema era que no podía demostrar nada. No conseguía vínculos entre los autores de los actos, podría decirse, terroristas, y Nuri. Eran personas con fortísimas convicciones religiosas y morirían antes de delatar a nadie. Una y otra vez declaraban que sus actuaciones eran a nivel individual y que no tenían nada que ver con ningún grupo religioso o de otra índole.

—La verdad, teniente, no sé por qué me encierran. Podrían darle la habitación y la comida a algún indigente de los suburbios —dijo Nuri, mostrando una pequeña sonrisa.

Durban, enfurecido, agarró con fuerza por el cuello a Nuri, el cual palideció al ver la reacción del teniente.

—Mira, imbécil, no tengo ni idea a cuántos políticos corruptos

tienes en nómina, pero aunque me lleve toda la vida, lo averiguaré y te pasarás el resto de tus días en una cárcel de mala muerte de algún país recóndito donde no se respete ningún derecho. Ahora lárgate, y la próxima vez que te vea por aquí, no seré tan amable —concluyó el teniente soltándole.

Los últimos físicos enviados desde los diferentes países implicados en el proyecto iban aterrizando en la ciudad. Algunos de ellos era la primera vez que veían in situ el acelerador, a pesar de trabajar en él desde sus comienzos. La gran eficiencia de Internet y su gran velocidad de trasmisión de datos hacían posible efectuar cualquier tipo de trabajo en tiempo real de una a otra parte del mundo sin que la eficacia del mismo se redujera lo más mínimo.

Otros físicos no implicados en el proyecto, así como personas vinculadas de una u otra manera a temas científicos, copaban las habitaciones de los hoteles de la ciudad. No quedaba nada libre. La expectación era máxima y así se hacía notar.

Las medidas de seguridad se habían duplicado en los últimos días. Una cierta preocupación se instaló en el complejo ante los rumores de un posible atentado fallido que habría tenido lugar dos días antes. Al parecer un hombre de mediana edad, portando un pequeño explosivo, había conseguido llegar hasta los exteriores del complejo del acelerador, pero la policía había llegado a tiempo para detenerle. No había confirmación del suceso, pero según se comentaba, la fuente era bastante fiable.

Muchos intentos de boicot habían tenido lugar durante todos aquellos años, pero ése probablemente hubiese sido el más grave. A pesar de que alguno de ellos había conseguido el objetivo de paralizar el desarrollo del proyecto, aquel hubiese destruido el mismo.

Russel verificaba los datos en el ordenador, como había hecho todos los días de los últimos seis meses. Se comprobaba todo con impecable precisión, desde el funcionamiento de los diferentes componentes materiales hasta los parámetros que se introducían en los ordenadores para gestionar el proceso. No era para menos ante la magnitud del evento.

En ciertas partes del enorme anillo que componían el acelerador se hacía un control más exhaustivo. Eran zonas de encaje de piezas, posición de los imanes o donde se verificaban los datos más decisivos. Russel incidía mucho en el óptimo estado de esos puntos, porque el más mínimo error en uno de ellos podría llevar a la interrupción en la inauguración o a medidas inexactas en una investigación.

Salió del despacho para tomar un café y estirar las piernas. La máquina expendedora ni mucho menos era acorde con todo aquel complejo tecnológico. El aroma del café ya daba una idea de su

nefasto sabor. A pesar de todo, Russel lo seguía tomando. Le ayudaba a estar despierto y le ahorraba desplazarse más de quinientos metros para llegar a una de las cafeterías del complejo.

Observó que había luz en el despacho de Li Chen. No esperaba que estuviera por allí a esas horas. Normalmente el doctor Chen trabajaba por las noches. No era una persona muy sociable y así evitaba dialogar y saludar al resto del equipo. Cuando tenía que advertir a alguien sobre un error, simplemente enviaba un correo electrónico y esperaba a que le corroboraran la solución.

—¿Te has enterado del intento de destrucción del acelerador? —le preguntó Russel a Chen entrando en su despacho.

Russel sabía lo del suceso. El JCN, cuya policía había impedido el éxito del mismo, había comunicado a los jefes del proyecto el intento de boicot. Era una manera de intentar que se mantuviera la atención sobre el más mínimo detalle. Supuso que Chen también estaría informado, pero le hizo la pregunta para entablar algo de conversación.

—Me gustaría que llamaras antes de entrar. Dicho esto, sí me lo han dicho.

—Disculpa, no pretendía ser maleducado. Ya me voy.

—No, quédate. Quiero comentarte algo sobre el asunto en cuestión —dijo Chen, alzando el brazo con la palma de la mano abierta —. No entiendo por qué no quieren que digamos nada al resto del personal y a la vez estemos atentos a cualquier pequeño detalle.

—Supongo que intentan mantener la calma y que el suceso no repercuta en el trabajo. Si todo el personal lo supiera, podría cundir el pánico. De todas maneras, estoy de acuerdo contigo en que de esta manera es imposible detectar cualquier anomalía, a no ser que coincida que nosotros la veamos.

—Pero, ¿qué piensan, qué conocemos a todo el personal? Aquí hay cientos de personas trabajando. Es imposible saber si alguien es un intruso.

—Todo el personal tiene que identificarse al entrar en el complejo. Tendremos que revisar nosotros mismos dichas entradas, y cotejar los nombres con la base de datos que contiene el listado del personal autorizado. Deberíamos hacerlo al menos cuatro veces al día, dos cada uno.

—No tengo tiempo para ello. De eso se debería encargar el portero. Además, de la misma manera que detectaron a éste, que hagan lo mismo con el resto.

—Ése es el problema, que la detección de este intento fue pura casualidad. Al parecer el JCN intuyó que el terrorista era sospechoso, debido a que estaba muy cerca del complejo y no tenía ninguna

vinculación con él.

—Es extraño. Miles de personas se acercan hasta los alrededores del complejo diariamente y no pasa nada. Que un ordenador tenga intuiciones es algo que me asusta.

—Yo tampoco lo entiendo, pero al fin y al cabo impidió la catástrofe. Quizás hay algo que no nos quieran decir. Intentemos mantener la calma.

—Bueno, de acuerdo. Voy a seguir trabajando —concluyó Chen girándose hacia su ordenador.

Russel salió satisfecho del despacho. La oposición de Chen a la sociabilidad siempre le amedrentaba cuando quería iniciar un diálogo con él. No consiguió que se implicara en el seguimiento de las entradas de personal, pero al menos había escuchado su proposición. Con un poco de suerte, cambiaría de opinión y le ayudaría en el cometido.

Se dispuso a tomarse un descanso y decidió salir a almorzar. Lo haría en el complejo, a pesar de su desagrado por la comida que allí se servía. La alternativa era ir a la ciudad y le daba demasiada pereza.

Cuando subía en el ascensor, su pulsera comenzó a sonar. Era el tono de llamada.

—Russel, soy Andy Areces.

—Andy, qué sorpresa. ¿Cómo te encuentras? Me he enterado de lo sucedido. Lo siento de veras.

—Gracias. Te llamo porque me gustaría que nos viéramos para hablar.

—De acuerdo, tengo libre mañana por la…

—Tiene que ser ahora —interrumpió Andy, visiblemente nervioso.

—Ahora no puedo. Tengo mucho trabajo. De todas formas estoy saliendo a almorzar. Si te puedes acercar, tengo una hora.

—Bien. En media hora estaré allí. ¿Dónde nos vemos?

—En la cafetería norte. Si no sabes dónde está, pregunta en el control de entrada.

—Llegaré lo antes posible.

La cafetería estaba abarrotada. Era una de las horas punta en la cual el personal del gran complejo se tomaba un merecido descanso y a pesar de las enormes dimensiones del establecimiento, siempre se colapsaba.

Russel ya había terminado de comer y había optado por concluir el almuerzo con una pequeña infusión. Le gustaba terminar siempre con un café, pero ya había tomado demasiados. Se impacientaba con la espera, ya que quería seguir con el trabajo y finiquitar la jornada lo antes posible. No le agradaba llegar demasiado tarde a casa. Le encantaba leer un buen rato antes de acostarse y descansar lo

suficiente; tenía que dormir al menos seis horas seguidas para encontrarse en plenas condiciones al día siguiente. Miró su pulsera. Se le estaba haciendo tarde. No entendía qué podía correr tanta prisa. Russel pensó que seguramente sería algo relacionado con la inauguración; conociendo a Andy, probablemente venía en busca de algún tipo de información para un artículo de última hora. Se propuso esperar cinco minutos más, después de los cuales se iría.

Andy escudriñaba entre la gente. No conseguía localizar a Russel. Las colosales dimensiones de la cafetería dificultaban en demasía su búsqueda. Optó por llamarle: acabaría antes.

Russel ya se disponía a marcharse cuando le llamó Andy. Ambos se reunieron en la puerta de salida orientada hacia el sur. Ninguno de los dos tenía interés en seguir allí, por lo que decidieron dar un paseo por los exteriores.

—Tú dirás, Andy. ¿Qué tema te preocupa que tenga tanta urgencia? —preguntó Russel con una pequeña sonrisa.

—Como puedes imaginar, es en relación al acelerador. ¿Cabe la posibilidad de que pueda ocurrir alguna anomalía?

—¿Anomalía? ¿A qué te refieres?

—No sé, algún error en los componentes o en la introducción de datos que puedan provocar un mal funcionamiento.

—A veces surge algún inconveniente, pero suele ser de fácil solución. Es un proyecto muy costoso y su vigilancia es impecable. No tienes por qué preocuparte, todo saldrá bien.

—Me refiero a problemas serios, no ha simples inconvenientes de fácil solución.

—¿Como qué? Explícate mejor.

—Que pueda generar un agujero negro.

Russel enmudeció con lo que acaba de oír. No podía creer que Andy, un periodista de gran prestigio en el mundo de la ciencia, le hiciera aquella pregunta.

—Te aseguro que es imposible, y si llegara el caso que se formara alguno, sería diminuto y duraría menos de un suspiro.

—Yo no estoy tan seguro. Hay opiniones de físicos de cierta autoridad que aseguran que es posible. El acelerador es capaz de generar una gran energía y por lo tanto su control debe de ser exhaustivo. Cualquier error podría llevarnos a un desastre sin precedentes —afirmó Andy elevando un poco la voz.

—No tengo ni idea de quién te ha dicho eso, pero te aseguro, como director del proyecto, que es imposible. Confía en mí. Es cierto que el acelerador puede generar una gran cantidad de energía, pero no la suficiente para crear un agujero negro. Además su control, como tú reclamas, es impecable.

—Creo que debéis posponer el evento hasta eliminar cualquier

duda que pueda haber en este sentido —dijo Andy, cada vez más nervioso.

—¿Qué te ocurre, Andy? Siempre has sido una persona muy preparada y cabal en asuntos científicos. No vamos a hacer caso a un grupo de catastrofistas que no tienen ni la más mínima idea del funcionamiento de un proyecto de tal magnitud. Si supiera o intuyera que hay la más mínima posibilidad de producir un desastre como el que citas, sería el primero en pedir la suspensión del evento. Creo que no estás bien, por otra parte algo normal. Te veo muy desmejorado. Deberías ir a casa y descansar. ¡Joder, Andy!, pensé que venías a por información para un artículo y me sales con esto.

—Me encuentro bien. No entiendo por qué todo el mundo es tan condescendiente. Tengo la cabeza en su sitio. Lo único que digo es que intuyo que algo no va ir bien —siguió Andy intentando sacar algo positivo, aunque lo veía difícil—. Quizá un boicot o acto terrorista pueda aumentar la energía o…, no sé.

Andy estaba en blanco. No sabía qué camino seguir para impedir la catástrofe. Tenía claro que no le iba decir a Russel la verdad, porque le tildaría de loco.

—¿Alguien te ha dicho algo? —preguntó Russel sorprendido

—¿Sobre qué?

Russel indagó el rostro de Andy durante unos instantes. No estaba seguro si sabía algo sobre el intento de destrucción del acelerador que había tenido lugar dos días antes, pero la afirmación que hizo le puso en duda.

—Te voy a confesar algo, pero es de vital importancia que no digas nada. Hace dos días una persona fue detenida a poca distancia del complejo con una gran cantidad de explosivos. Disponía de planos de lugares estratégicos donde colocar los mismos. Te aseguro que si hubiese conseguido su objetivo, hubiese destruido el acelerador y con él las esperanzas de científicos y amantes de esta disciplina como lo eres tú, pero nada más. Duerme tranquilo, que el mundo seguirá aquí por mucho tiempo.

Andy se percató de que no tenía manera humana de convencer a Russel. Pero mientras se daba por vencido decidió intentar una última cosa. Era descabellado, pero no tenía elección.

—Entiendo. Siento haberte molestado Russel. De todas maneras, me gustaría pedirte un último favor. Quisiera verte trabajar un rato: que me enseñaras esta maravilla por dentro, si no tienes inconveniente.

Russel dudó durante unos segundos. Andy nunca, durante todos los años que duró la construcción del acelerador, había mostrado interés por ver sus entrañas, pero accedió a enseñárselo.

—Tengo mucho trabajo estos días, pero puedo hacerte un hueco a última hora de la tarde. Llámame antes y no olvides la acreditación de

periodista. Si no, no te dejaran entrar. Han aumentado mucho la vigilancia debido al suceso que antes te he comentado.

—Te llamaré sobre las siete. Hasta luego, Russel —concluyó Andy.

Nuri atendía sin demasiada convicción a las explicaciones que le daba el vendedor. Era una persona totalmente independiente de la nueva tecnología. La enorme cantidad de aplicaciones y el exceso de información procedente de aquel joven le abrumaban. Le pidió amablemente que sólo le dijera la manera de ponerse en contacto con otro interlocutor. Al fin y al cabo, era lo que iba a hacer.

Se vio de nuevo obligado a interrumpir las explicaciones. La emisión y recepción de llamadas disponían de múltiples formatos: normal, de voz, holográfica, privada y un largo etcétera. Pensó que su teléfono de siempre valía para lo mismo y no tenía tantas complicaciones.

Al fin consiguió salir de aquella pesadilla de información. La verdad es que no recordaba nada, excepto la manera de hacer una llamada en modo normal, como el que disponían los teléfonos de antaño iguales al suyo.

Bajaba con celeridad por la calle, dirección sur, cuando aquel artilugio infernal comenzó a sonar. Aceptó la llamada.

—Veo que has adquirido la pulsera —le dijo Horo.

—Sí, es una máquina del demonio.

—La tienes, como puedo comprobar, en modo normal.

—No me gusta la holografía, me parece aterradora.

—No importa. De todas maneras sólo hubiese salido mi logotipo. Soy una máquina y no puedo ser replicado holográficamente. Lo único, te aconsejo que a partir de ahora, vincules la pulsera con el traductor simultáneo. Éste tiene una aplicación para que sólo tú puedas oír la conversación. Te lo digo para evitar escuchas indiscretas.

—Bien, miraré cómo se hace.

—¿Has hablado ya con tu contacto en el centro tecnológico?

—No, aún no. Era lo primero que iba a hacer.

—Hazlo y rápido para estar seguros de su colaboración.

—No dudes, colaborará.

—Entonces te llamaré en unas dos horas —concluyó Horo, cortando la comunicación.

Nuri indagó unos minutos por el menú de la pulsera, con la finalidad de encontrar la manera de vincular la pulsera al traductor, como Horo le sugirió: fue misión imposible.

Decidió salir de la calle y apartarse a un callejón para poder mantener la conversación con su contacto de manera íntima e impedir así que alguien les oyera.

Nuri pensó que estaría ocupado en ese momento, pero atendió su

llamada. Le explicó lo que tenía que hacer y accedió, no sin antes asegurarse de que funcionaría. Era una persona con un cargo importante y no arriesgaría su carrera por algo temporal. Cuando Nuri le dijo quién era su aliado, palideció. Tal como le había pasado a Nuri, no lo podía creer, pero fue la confirmación de que el asunto llegaría a buen puerto.

No era la primera vez que Nuri le pedía que se implicara en la causa, pero siempre obtenía una respuesta negativa. Le objetaba que arriesgarse para no conseguir la paralización absoluta, no merecía la pena. Pero en aquella ocasión era diferente. El poderoso aliado de Nuri le había convencido sin fisuras.

La cantidad de información que se podía obtener por Internet era asombrosa, a la vez que peligrosa. En pocos minutos, Andy descubrió varias maneras de cómo fabricar una bomba. Como alguna vez había leído, era bastante fácil. Sólo necesitaba unos pocos materiales, combinarlos de una manera muy sencilla, y ya estaba.

De nuevo en los suburbios, de nuevo en la zona menos industrializada; Andy permanecía en el coche que había alquilado para la ocasión, mientras la lluvia no dejaba de golpear con incansable virulencia toda la carrocería. La época de lluvias era dura en la ciudad; además, como agravante, se solapaba con la entrada del invierno. A Andy le gustaba esa época del año; le relajaba escuchar el repiqueteo que producen las gotas de lluvia al estrellarse contra el suelo.

Cerró los ojos un instante para escuchar ese sonido tan agradable. Le vinieron recuerdos de Vera, de todos los momentos felices que había pasado junto a ella y dudó de lo que pensaba hacer. Estaba dispuesto a cometer una atrocidad para salvar a la humanidad.

Abrió los ojos repentinamente. No tenía elección. Debía sacrificar la vida de unos pocos para salvar al resto. Introdujo en el sistema de posición global del coche las direcciones de los tres establecimientos en los que adquirir el material que necesitaba y arrancó el vehículo.

Ese sistema de posicionamiento era una maravilla. Detectaba cualquier cambio en la infraestructura vial, por reciente que fuera, y te guiaba por el camino más corto.

El automóvil fue avisándole de cada parada en cada uno de los establecimientos. Andy adquirió el material sin problemas en dos de ellos, pero en el último se había agotado lo que necesitaba. Era un pequeño dispositivo de radiofrecuencia antiguo que ya no se fabricaba en la ciudad. El encargado le dijo que había vendido el último tres días antes y le facilitó la dirección de la tienda donde podía encontrar uno; le indicó un viejo almacén en la parte norte. Ciertamente, en los suburbios, la gente no se interesaba por el uso que daría al material.

No era gente indiscreta.

Consiguió el dispositivo donde le había indicado amablemente el joven encargado. Salió de la zona urbana de los suburbios y se desvió a un lugar más solitario y menos comprometido. Allí escondió el coche tras una casa abandonada y se dirigió hacia lo que parecía un antiguo parque infantil. Se quitó la pulsera y la apoyó sobre una mesa de piedra. Buscó en ella el documento que había guardado con las instrucciones de fabricación de la bomba y lo emitió en forma de holograma.

Fue siguiendo paso a paso y con mucha precisión cada una de las instrucciones. Después de más de dos horas, concluyó el trabajo. Introdujo con delicadeza la bomba en una mochila que había comprado para tal efecto y la metió en el maletero del coche.

Con una pequeña hoguera, se deshizo de todo el material sobrante y de los utensilios que también había comprado para la fabricación del explosivo. Puso en marcha el automóvil, rumbo a cambiar el destino de la humanidad.

Durban interrogaba al detenido con extrema vileza, pero éste ni se inmutaba. Había momentos en que rozaba la violencia física, algo castigado con rotundidad por las leyes ciudadanas. No conseguía obtener una confesión que lo vinculara con el grupo religioso de Nuri. Aseguraba con firmeza una y otra vez que actuaba solo y repetía constantemente una coletilla que a Durban le empezaba a sacar de quicio:

“El Señor es mi pastor, nada me falta”.

Después de varias horas de interrogatorio, no consiguió nada nuevo. Tampoco fue capaz de que confesara en qué establecimientos había adquirido los materiales para fabricar la bomba.

Oleg seguía indagando cómo el JCN fue capaz de sospechar de una persona que se encontraba en los exteriores del acelerador, hasta el punto de pensar que era un peligro para el mismo. Estuvo un largo rato conversando con Horo sobre el asunto y éste le decía que consideró una anomalía el hecho de que una persona deambulara alrededor del centro tecnológico, solo y sin ningún tipo de vinculación con el mismo.

Comprobaba en el terminal de su despacho el correcto funcionamiento de Horo. Sospechaba que no le había dicho toda la verdad.

Parecía que todo estaba correcto, excepto por una pequeña anomalía en la cobertura del espacio. Al parecer, uno de los archivos indicaba que la zona de control se había extendido hacia los suburbios, algo que en principio parecía imposible. Le consultó a Horo qué quería decir aquello y le respondió que eran unas pruebas que

estaba realizando para la futura ampliación.

Oleg no quedó convencido. Quizás era imaginación suya, pero cabía la posibilidad de que el ordenador estuviera tomando decisiones propias en temas de control, y eso sería muy peligroso.

—¿Has averiguado algo? —inquirió Durban, abriendo hacia la mitad la puerta del despacho.

—Mejor hablemos fuera.

El mar estaba enrarecido. La tormenta elevaba el oleaje hasta límites insospechados. Los barcos se veían obligados a permanecer amarrados en los muelles. Para más preocupación, los pronósticos no eran nada halagüeños: no se esperaba que amainara en los próximos días.

Durban y Oleg se protegieron bajo unos arcos de diseño futurista que conformaban la arquitectura del complejo.

—Por lo que veo, sospechas algo. Si no, no me hubieras hecho salir —indagó Durban.

—He encontrado un archivo que registra una extensión de la cobertura de control hacia los suburbios.

—Quizá sean pruebas, algo he oído hablar del comienzo de las mismas.

—Ésa es la disculpa que me ha dado Horo, pero aún no estaban autorizadas. Las ha hecho él por decisión propia.

—¿Y entonces?

—Eso no es lo que me preocupa, la gravedad estriba en la duración de la extensión. Lo normal sería que durara unos minutos, pero el archivo marca más de un día.

—¿Se lo has dicho a él?

—No, en absoluto. Voy a mantenerme a la expectativa, a ver si soy capaz de verificarlo.

—¿Y esa extensión, no se registra ahora?

—No, seguramente la invalida. Sabe que estamos comprobando el sistema.

—Bueno, al fin y al cabo la extensión se hará tarde o temprano.

—Sí, pero si lo hace sin autorización es porque tiene algún tipo de motivación. Además, el hecho de que tome decisiones de esta importancia por sí mismo puede ser peligroso.

—¿En qué solución piensas?

—Como te he dicho, esperaremos hasta estar seguros de lo que hace, pero más importante, de por qué lo hace.

La preocupación era visible en ambos. Cualquier decisión tomada por encima de la autoridad humana por parte de una máquina se convertía en un serio problema. Los antecedentes con los robots de última generación habían causado insumisiones cercanas a la rebelión.

—He ordenado que echen un vistazo a los establecimientos de los

suburbios donde se pueden comprar los materiales con los que el detenido fabricó la bomba —dijo Durban cambiando el tema de la conversación.

—Por lo que yo sé, no hay ningún delito en tener ese tipo de materiales a la venta. Además, lo pudo haber adquirido por correo, hay innumerables tiendas online que venden ese tipo de productos.

—Lo sé, pero si alguna persona intenta algo parecido, lo sabremos.

—¿Cómo? Las ventas de los suburbios no están registradas por el JCN.

—Pediremos amablemente la colaboración de los vendedores —dijo Durban con ironía.

—Tengo que reconocer que aunque tus métodos coactivos no me gustan, funcionan, pero yo nunca actuaría así.

—Para cada trabajo es necesaria una actitud diferente ante la vida —dijo Durban riéndose—. Vamos, cobijémonos, hace un frío que pela —concluyó Durban.

El tráfico era fluido y veloz. Era hora punta y eso se notaba. Andy repasaba mentalmente el plan que había diseñado. Todo debía ser perfecto. Le sudaban las manos, todo aquello le provocaba una gran inquietud. Debía destruir el acelerador y salir indemne. No le preocupaba que le detuvieran, ya que al día siguiente estaría libre de nuevo. Su miedo era la manipulación de la bomba. Había seguido meticulosamente las instrucciones, pero era un profano en esos temas.

El vehículo comenzó a aminorar la velocidad. Andy supuso que se estarían incorporando más automóviles a la calzada.

El coche se fue desplazando hacia la derecha, pasando de un carril a otro. Andy miraba con extrañeza a través de los cristales para ver qué ocurría. Finalmente, el vehículo salió de la calzada a uno de los arcenes de descongestión.

El vehículo se detuvo y se abrieron las puertas. Varios policías uniformados le rodeaban.

—Señor Areces, queda usted detenido.

Las celdas del complejo del JCN distaban mucho del aspecto lúgubre y descuidado de las pertenecientes a la comisaría de los suburbios. La temperatura del ambiente era ideal. Allí al parecer no había problemas con el sistema de calefacción. Seguramente esa diferencia entre unas celdas y otras se debía a un problema de presupuesto.

Andy denotaba nerviosismo. Sentado en una silla, movía la pierna derecha arriba y abajo una y otra vez. No se explicaba cómo la policía había descubierto sus intenciones. Veía cada vez más difícil cumplir su objetivo. Un halo de desesperación le embargaba. Podría intentar un

nuevo atentado en los días venideros, o convencer a alguna persona de cierta jerarquía en el proyecto de la catástrofe que se avecinaba, pero inconscientemente sabía que era una misión imposible. Se le agotaban las ideas y no vislumbraba la manera de solucionarlo.

La puerta de la celda se abrió. Una persona con el uniforme diferente a los policías que le había detenido caminó hacia Andy con el semblante serio. Se presentó como el teniente Durban Legner, del JCN. Andy se percató de inmediato de quién se trataba: era el policía que le había llamado unos minutos antes de la inauguración del acelerador para advertirle de la existencia de un sospechoso. Se sentó a horcajadas en una silla colocada enfrente de donde estaba sentado Andy, con los brazos apoyados sobre el respaldo. Era la típica pose de película policiaca norteamericana. Unos instantes después de estar mirando fijamente a los ojos de Andy hasta el punto de rozar la insolencia, el teniente dejó su pulsera sobre la mesa y pulso la pantalla.

De ella salió un holograma en vertical: parecía ser un informe de Andy. Una foto de él aparecía en una de las esquinas del mismo.

—Señor Areces, no lo entiendo. Explíquelo —dijo Durban con ironía.

—¿Qué explique el qué? —respondió Andy, siguiendo el juego.

Durban desplazó la pulsera hacia sí para poder ver con mayor detalle el informe.

—Usted es Andy Areces, natural de España. Es un periodista y divulgador científico, con una larga trayectoria en este campo. Sus credenciales son inmejorables y el respeto que se le profesa dentro de ese ámbito es admirable. Dicho esto, no entiendo cómo alguien en esta posición haya intentado cometer semejante disparate, por eso le vuelvo a repetir: explíquemelo.

—Primero quisiera saber de qué se me acusa.

—¡Por el amor de Dios! Llevaba una bomba casera en el maletero.

—Era un proyecto científico.

—Mire, llevo un día muy largo como para que se pitorreen de mí. Su vehículo iba hacia el centro tecnológico con una bomba en el maletero. No necesito ser ninguna luminaria para deducir sus intenciones. Por enésima vez, lo único que quiero saber es el porqué.

—Usted no lo entendería.

Durban giró la silla y se sentó en ella de la manera tradicional. Se apoyó perezosamente en el respaldo y suspiró profundamente.

—Mire, tengo el, podíamos decir, defecto de vincular a todos los sospechosos de los intentos de atentados contra el acelerador con el grupo religioso Nuevo Génesis. Me he leído todo su historial e incluso alguna de las entrevistas que ha realizado a Nuri. Su vehemencia defendiendo la postura científica me hace descartar este posible

vínculo. Es un heraldo de la ciencia, por lo que la única explicación que encuentro, es algún tipo de venganza por no dedicar los medios que aquí tenemos para solucionar el asesinato de su esposa.

—No tiene nada que ver con eso. No le dé más vueltas, no tiene una explicación lógica.

—Pues no saldrá de aquí hasta que me dé una, por ilógica que sea.

—No puede retenerme. Mañana ya no estaré aquí.

Durban frunció el ceño en señal de extrañeza, pero no dijo nada. Se levantó y salió de la celda, cerrando la puerta tras de sí.

Durban y Oleg se reunieron nuevamente el exterior del complejo para evitar la indiscreta atención de Horo. La meteorología estaba más calmada que la última vez, aunque seguía lloviendo con relativa fuerza.

—¿Has detectado algo esta vez? —indagó Durban.

—No —respondió Oleg con parquedad.

—Es extraño, muy extraño. ¿Le has preguntado sobre el asunto?

—Sí, lo he hecho de manera disimulada. Me explicó que al ser una persona vinculada al círculo científico y que ya había estado en el centro tecnológico en multitud de ocasiones, no lo consideró peligroso. No sé, quizás nos hemos precipitado al dudar de él —dijo Oleg con resignación—. Por cierto, tengo que felicitarte. Tus métodos de convicción han funcionado. Has evitado una catástrofe.

—Gracias. La verdad es que no me lo esperaba, principalmente porque alguien osara atentar de nuevo contra el acelerador, pero menos aún que varias personas de los suburbios se hicieran confidentes de la policía metropolitana, por mucho que nuestros métodos fueran convincentes —concluyó Durban, esbozando una sonrisa.

Andy esperaba impaciente la llegada de la medianoche. Se temía que aquella cárcel no fuera como la de la comisaría de la zona exterior y no estuviera la puerta abierta, aunque no hubiera nadie recluido en ella.

Todavía quedaba más de una hora y pensaba posibles soluciones para resolver la catástrofe que se avecinaba.

Para el asesinato de Vera, decidió arriesgar y esperar hasta el último instante para atrapar a sus asesinos: no tenía ninguna pista. Pero en el tema del acelerador, no tenía ningún plan. Todo lo veía oscuro. Sería incapaz de convencer a alguien y si lo conseguía, no sabría si funcionaría. Era una constante que le impedía pensar con claridad.

TERCER DÍA

En lo tocante a la ciencia, la autoridad de un millar no es superior al humilde razonamiento de un hombre. (Galileo Galilei)

El cambió de día esta vez no se notó. Todo el mobiliario de la celda seguía en la misma posición que un segundo antes. Andy se extraño, pero estaba dentro de lo posible. Probablemente nadie había usado aquella celda para ningún cometido.

Se fue acercando lentamente a la puerta. Ésta, al contrario que la celda de la comisaría de los suburbios, carecía de ventanuco por el cual mirar lo que ocurría en el exterior.

Apoyó lo oreja derecha para ver si era capaz de oír algo. Nada. El blindaje era excepcional y era incapaz de apreciar ningún sonido.

No sabía cómo salir de la celda. Tarde o temprano alguien abriría la puerta y tendría que dar explicaciones. La situación era grave. Allí recluido no podría llevar a cabo sus planes.

Se quitó la pulsera y se dispuso a mirar por la agenda con la esperanza de encontrar algún contacto olvidado al que poder recurrir. Seguía en blanco: no encontraba solución para la debacle. Aunque encontrara a alguien que le pudiera ayudar, primero tendría que salir de la celda.

Varios minutos después, un sonido metálico emitido por la puerta llamó su atención. Ésta se abrió lentamente y la silueta del teniente Legner apareció de nuevo. En esta ocasión no venía solo, le acompañaba otra persona. Su indumentaria no correspondía a la de los cuerpos de seguridad, por lo que Andy supuso que no se trataba de un policía.

—¿Cómo coño ha entrado aquí? —preguntó Durban con dureza.

—Uhmm… —Andy dudó durante unos segundos, pero al final encontró una respuesta —Lo último que recuerdo es que recibí un golpe en la cabeza de un policía ebrio y me he despertado en esta celda.

—¿Un policía ebrio? No tenemos constancia de ninguna incidencia de ese tipo. ¿Me podría decir el aspecto de ese policía?

—No lo sé, yo también estaba borracho. Además, el incidente tuvo lugar en un callejón con escasa iluminación —siguió Andy, alimentando la mentira.

—Y el callejón, ¿en qué calle estaba?

—No lo recuerdo.

—Espere aquí, señor Areces.

Durban y Oleg salieron al pasillo para dialogar sobre la presencia de Andy en aquella celda. Éste se acercó a la puerta para intentar captar la conversación. Cuchicheaban, pero era capaz de distinguir lo

que decían.

—¿Qué información nos da Horo? —indagó Durban.

—Lo que te había comentado: la señal de su presencia aquí comienza repentinamente a las doce de la noche.

—No entiendo nada. Además, su versión de los hechos no tiene sentido. No hay ningún registro de entrada en el día de ayer.

—Quizás entrara con el otro y nos están tomando el pelo.

—No lo creo. He investigado con la ayuda de Horo. No tienen relación aparente. Nunca han estado cerca, a no ser que se reunieran sólo en la zona exterior. El señor Areces es un periodista con cierto prestigio en el mundo de la ciencia. El joven Nielsen no es más que un estudiante con algún pequeño delito de pirateo informático. La verdad, no encuentro cabos con los que atar nada.

—Al menos la versión de Nielsen es coherente. Querer demostrar las deficiencias del sistema de seguridad metiéndose en una celda del complejo del JCN y sin que nadie se enterara, ni siquiera el mejor ordenador del mundo, es bastante original —dijo Oleg—. Querría demostrar poder ante sus colegas del pirateo informático —añadió esbozando una sonrisa.

—El señor Areces acaba de perder a su esposa en trágicas circunstancias. No creo que tenga nada que ver, pero quién sabe —añadió Durban.

—Uff —suspiró Oleg—. Me parece tan complicado... No aparecen registros de la ubicación del señor Areces días atrás. Es como si fuera un fantasma.

Andy no se creía lo que estaba escuchando. Otra persona podría estar viviendo lo mismo que él. Cierto era que se trataba de un pirata informático y quizás había conseguido evitar el control del JCN y hacer una gracia; pero las similitudes eran increíbles. Debía salir de allí y averiguarlo.

—Entonces qué hacemos, ¿los retenemos? —continuó Oleg con la conversación.

—¿Con qué cargos? No, lo mejor es que los dejemos salir y les pongamos una vigilancia especial.

Andy se separó rápidamente de la puerta. Durban y Oleg entraron y le comunicaron que quedaba libre sin ningún cargo. Le indicaron cómo salir de aquel laberinto que formaba el complejo, y la hora de la próxima salida del ferry hacia la ciudad.

Andy se cobijaba de la lluvia aprovechando los diferentes resquicios techados que tenía el complejo. Se detuvo en un entrante excavado en la dura roca del promontorio. En él había una puerta que, por lo que rezaba el cartel impreso en ella, se usaba exclusivamente en caso de emergencia.

Esperó vigilante a que Nielsen saliera por la puerta principal del

complejo. Pasó un largo rato hasta que pudo distinguir la silueta de una persona saliendo al exterior.

Se acercaba a su posición, por lo que decidió pegarse a la puerta de emergencia para pasar desapercibido. Nielsen corría a gran velocidad, lo que le impidió distinguir nada de su aspecto. Andy salió tras él con paso firme. Ambos bajaron por el escarpado relieve que formaba el islote. Finalmente, Andy llegó a la escalera que accedía directamente al muelle. Nielsen ya se encontraba allí.

Eran las únicas personas que esperaban el Ferry. Una pequeña marquesina les protegía del inclemente tiempo. Andy miraba de soslayo a Nielsen. De aspecto juvenil, ataviado con una chaqueta de pluma, parecía una persona tranquila. Portaba varios anillos en los diferentes dedos de las manos y un enorme flequillo dorado tapaba la mitad de su ojo derecho, color azul celeste.

Andy quería presentarse, pero no encontraba las palabras adecuadas.

—Usted en el señor Nielsen, sino me equivoco— espetó finalmente.

—Sí—respondió Nielsen con parquedad, frunciendo el ceño extrañado.

—Permíteme que te tutee y me presente. Soy Andy Areces. No te asustes. He escuchado al teniente hablando con otra persona del complejo sobre tu encarcelamiento y por ese motivo sé tu nombre.

—Encantando. Mi nombre de pila es Ramí, aunque seguro que ya lo sabía.

—La verdad es que no, pero está bien saberlo.

Los dos se quedaron en silencio durante unos instantes. Andy no deseaba ambages de ningún tipo, así que afrontó el encuentro con la urgencia que la situación pedía.

—Mira, voy a ir al grano. He estado encerrado al igual que tú en el JCN y he salido hace unos minutos. Lo sé porque nuestro encarcelamiento tiene ciertos paralelismos. El principal es que ambos seremos detenidos mañana.

Ramí giró la cabeza con los ojos abiertos de par en par, totalmente sorprendido. Por un momento se quedó sin palabras, aunque finalmente consiguió vocalizar.

—También tú…

—Sí, Ramí—interrumpió Andy, asintiendo con la cabeza.

—Vaya, no me lo puedo creer—dijo Ramí dejándose caer en el asiento de la marquesina.

—Bueno, pues cuéntame tú historia—dijo Andy, sentándose también.

Ramí suspiro mientras apoyaba los brazos en las piernas con las manos unidas mirando fijamente hacia el mar embravecido.

—Estaba en mi habitación intentando descifrar un código fuente

para hackear un programa informático. Es mi principal hobby. Soy consciente del peligro de esta afición, principalmente porque es ilegal, pero no lo puedo remediar, me encanta. Además no me gusta salir, y ese día, como te digo, permanecí en casa. Repentinamente oí un enorme estruendo que apenas duró un instante y acto seguido me desperté en la cama. Lo primero que pensé fue que estaba soñando, pero dudaba. Los oídos aún me molestaban del estruendo y me pareció muy extraño, pero no le di mayor importancia. Me convencí de que el dolor era psicosomático. Ese día lo pasé de manera normal, aunque intuía algo extraño.

—¿Por ejemplo?— indagó Andy.

—Mi padre salió a comprar comida para festejar el nuevo año, según palabras suyas. Me extraño, porque la última celebración que se hace en mi casa es la de Nochevieja, aunque obvié el detalle. Quizás querrían celebrar el año nuevo por algún motivo.

—¿Y cuándo te diste cuenta?

—A la mañana siguiente—anotó Ramí—. Mi madre vino a mi habitación a despertarme. Resulta que el día veintinueve tenía una cita médica para realizar unos análisis rutinarios. Como supones, ya los había hecho, pero para ella no. Le mostré el moratón del brazo resultado de la extracción de sangre. Se enfureció como nunca la había visto. Pensó que el moratón era maquillaje y creía que la estaba engañando. Esos análisis son importantes para ellos debido a un problema con drogas que no viene al caso. En fin, creí que se había equivocado de día. Le dije que los análisis ya los había realizado el veintinueve, a lo que respondió chillando que ese día era el veintinueve. Después de unos segundos en los que sentí que perdía la noción de las cosas, encendí el televisor en el canal de noticias en el cual ponen la fecha en una de las esquinas del televisor.

—Sí, sé cuál es —interrumpió Andy.

—Y me encontré con la realidad.

—¿Qué hiciste posteriormente?

—Me aseguré de que estaba en lo cierto, que los días transcurrían hacia atrás y no hacia adelante. Me asusté mucho. No tengo una gran relación con mis padres, pero me armé de valor y les conté lo que sucedía —hizo una pausa—. Soy una persona introvertida y me paso muchísimas horas solo en mi habitación delante del ordenador, así que su respuesta fue que no estaba bien. Decidí suavizar las cosas, reconociendo que llevaba muchos días sin dormir y que podría estar afectándome. Hice esto porque sé que ellos llevan años pensando que mi afición me está pasando factura y creo que serían capaces de llamar a un loquero. De todas formas reconozco mis defectos, pero creo que tengo los pies en el suelo.

—¿Eres consciente de lo que sucedió?

—Ese día lo pasé entero en mi habitación investigando por Internet procesos físicos vinculados con el tiempo. No tenía ni idea de física, pero descubrí cosas apasionantes. La información que recopilé me empezó a dar una idea de lo que sucedía. Entonces recordé la inauguración del acelerador y encajé todas las piezas —finalizó Ramí.

Andy, después de decirle cual era su profesión, le relató todo lo que había hecho durante esos días. Ramí se sorprendió de lo que era capaz una persona de esa posición para evitar una catástrofe. A él no se le había pasado por la cabeza llegar a esos extremos, pero lo entendía.

Mientras Andy concluía, el ferry atracó en el muelle. Ambos subieron y se situaron en la popa del mismo, separándose de posibles escuchas indiscretas. Se percataron de que no había nadie más que volviera a la ciudad. La gente que había en el Ferry se bajó en el islote. Normalmente se trataba de proveedores de alimentación y personal sustituto.

El Ferry estaba todo techado, lo que les permitió refugiarse de la lluvia. Apoyados en la barra de seguridad y viendo la luminosidad de la ciudad al fondo, continuaron con la conversación.

—¿Por qué te han detenido? —se interesó Andy.

—Después de convencerme de que la puesta en marcha del acelerador era la causante de todo, intenté, con mis humildes medios, alertar a la población. Envié mensajes por toda la red a miles de personas mediante la intrusión de un virus en sus ordenadores, avisándolos de lo que iba a ocurrir. Como a ti, y sinceramente no me esperaba otra cosa, nadie me hizo ni el más mínimo caso. Al ver que esto no funcionaba, pensé que quizás fuera capaz de acceder al JCN y así controlar los ordenadores del centro tecnológico para impedir su funcionamiento; pero cometí un error de principiante y no oculté con la precaución necesaria mi señal, por lo que detectaron mi intento de sabotaje y me detuvieron.

—De todas maneras no hubiese servido de nada. El JCN no controla el centro tecnológico —afirmó Andy.

—¡Maldita sea! Menuda pérdida de tiempo. ¿Pero por qué?

—Por seguridad. Está aislado de la red, no sólo del JCN.

Los dos nuevos amigos se mantuvieron en silencio durante unos instantes. Intuían que un “feeling” especial había surgido entre ellos. Esa relación no terminaría ahí.

—Estoy pensando que no es mala idea introducirse por la red. Al fin y al cabo, todo está informatizado —prosiguió Andy.

—Pero has dicho que ni siquiera el JCN accede al centro.

—Sí. El centro posee una intranet aislada del resto. Se hizo, precisamente para evitar asaltos de personajes como tú —sonrió Andy —. Pero de vez en cuando habilitan el acceso de algún físico que está trabajando en el proyecto y no se encuentra en la ciudad. Supongo

que podríamos intentar esa vía de acceso.

—Es una posibilidad —asintió Ramí.

—Pues pongamos manos a la obra.

—No resulta recomendable trabajar en mi casa. Ya sabes, por mis padres. Pero necesito el equipo.

—Podríamos comunicarnos por la pulsera, pero sería mejor estar juntos. Lo haremos en mi apartamento. Iremos a por tu equipo y lo instalaremos todo.

August esperaba encogido por el frío la llegada de Nuri. Siempre se citaban en alguno de los bares de la zona exterior para hablar de los temas más importantes, pero esa vez decidió ser más cauto y reunirse con él en la zona más abandonada.

Provisto de una chaqueta invernal, con guantes y gorro, August pegaba pequeños saltitos para evitar el entumecimiento de los miembros de su cuerpo. El frío le evitaba pensar cómo explicarle a Nuri lo ocurrido y, sobre todo, la reacción de éste. Conocía su vehemencia y eso le ponía bastante nervioso.

Llegó puntual como siempre y se acercó con paso firme hacia él. Por el rostro que mostraba, sabía que algo importante había ocurrido.

—Dime —dijo Nuri con firmeza.

—Han detenido a Ben.

—¡Mierda! ¿Cómo ha ocurrido? Habíamos diseñado un gran plan.

—No lo sé. Nuestro enlace en la policía ha informado de que lo detuvieron a unos metros de la entrada en el centro tecnológico, pero no sabe cómo pudieron detectar la amenaza.

Nuri se quedo mirando al cielo con los brazos en jarra. Se alejó unos metros y dio la vuelta.

—Espero que nada pueda vincularle con el movimiento —dijo Nuri rompiendo el silencio.

—No te preocupes. Todo está bajo control. Además, es una persona de grandes convicciones, como todos. No hablará.

—Eso espero —suspiro Nuri—. Mañana reúne al grupo. Haremos nuestra última manifestación en la plaza del ayuntamiento.

—¿La última? ¿Nos rendimos?

—Definitivamente sí. No habrá más intentos de boicot. Nos estamos jugando mucho y no podemos arriesgarnos más. No ha salido bien. Ésa es la única verdad. Quizá Dios no quiere que logremos nuestro objetivo.

—¡No digas eso! —exclamó August enfurecido—. Ni siquiera a ti te lo permito. Dios no puede querer que esa aberración continúe en pie. Si tú te rindes, yo no lo haré. Haré lo que sea necesario.

—No harás nada, y los sabes —dijo Nuri pausadamente—. Es tiempo de retirada. En un futuro afrontaremos nuestro objetivo de

manera más visible.

—¿Y Chen? —inquirió August.

—Necesita un cien por cien de seguridad en la destrucción definitiva; como puedes imaginar, después de los ininterrumpidos fracasos de estos últimos años, no se va a arriesgar —replicó Nuri.

—Me lo imaginaba. Bien, tengo que irme. Nos pondremos en contacto —concluyó August haciendo ademán de alejarse.

—Espera. Enséñame las manos.

—Tengo mucha prisa.

—¡Detente! —vociferó Nuri, agarrándole por el brazo.

August se giró agachando la cabeza para evitar el contacto visual. Se quitó lentamente los guantes y mostró las palmas de las manos a Nuri.

—Eres carne de infierno —afirmó Nuri. Se giró y se fue.

August tenía ambas manos con dos grandes estigmas que recordaban a los de Cristo en su crucifixión. Se lo hacía él mismo en señal de penitencia. Llevaba años con una encarnizada lucha contra el alcoholismo. Lo llevaba cada vez mejor, pero alguna vez todavía caía en las garras del demonio.

Entró en casa sollozando. August era un registrado. Se podría haber hecho residente hace años, pero él y Nuri convinieron que sería mejor que permaneciera en su estatus original.

Fue al salón y sacó un pequeño látigo de uno de los cajones. Se desnudó de cintura para arriba y comenzó a golpearse sin compasión.

Exhausto y con la sangre deslizándose por su espalda, dejó caer el látigo de sus trémulas manos y se apoyó en la cómoda que tenía delante. Se miró al espejo. Vio cómo su cara mostraba la decepción que tenía consigo mismo. Se tocó la gran cicatriz que le atravesaba el rostro. Le hacía recordar otros tiempos de violencia y vicio, que creía, equivocadamente, que había dejado atrás.

Andy esperaba impaciente en el callejón situado en la parte trasera del edificio donde vivía Ramí. Un hedor insoportable emanaba de los conductos de aire encargados de expulsar los humos de los restaurantes situados en la parte delantera. Cubría su rostro con las manos para protegerse de aquella pestilencia, pero el intenso frío le obligaba a resguardarlas en los bolsillos de los pantalones cada poco tiempo. Un repentino malestar se apoderó de él. Esto le condujo a un intenso mareo que hizo flojear a sus piernas. El vómito fue inevitable: lo hizo tres veces. El asqueroso sabor en la cavidad bucal condicionaba la repetición de la arcada. Decidió alejarse del callejón y esperar en la esquina del mismo.

La ciudad a esas horas de la madrugada estaba sin vida. Prácticamente todos los negocios estaban cerrados. Los adornos

navideños y los holo-anuncios añadían vistosidad a la magnífica iluminación que proyectaba la ciudad. El tráfico era prácticamente inexistente. Algún taxi trasladando personas ebrias a sus respectivos domicilios y ambulancias atendiendo alguna urgencia, pero nada más.

Ramí abrió la ventana trasera de su habitación. Dejó caer a través del cilindro magnético antiincendios una gran bolsa donde había guardado todo su equipo informático. Después se deslizó por el tubo. Esa tecnología permitía descender cualquier objeto o persona evitando la velocidad acelerada de la gravedad. Eran ignífugos y estaban diseñados principalmente para auxiliar en caso de incendio, aunque ya se estaban aplicando a otros servicios.

Ya pisando el asfalto, Ramí colocó la bolsa a su espalda. Miró a uno y otro lado buscando a Andy. Éste le silbó desde la esquina y Ramí se reunió con él.

El apartamento de Andy estaba situado al otro lado de la ciudad. Pidieron un taxi con la pulsera de Andy. En menos de un minuto se presentó allí.

Durante el trayecto conversaron sobre sus respectivas vidas para ir conociéndose y ampliar la empatía entre ambos. Un halo de admiración mutuo comenzó a gestarse. Ramí se impresionó por los conocimientos sobre física que poseía Andy; pero el episodio de la vida de éste que más le impactó fue sin duda el asesinato de Vera. Quería demostrarle su amistad, y no desperdiciaría la oportunidad de ayudar a Andy a resolver el misterio.

Ramí hizo un pormenorizado relato sobre su introducción en el mundo de la piratería informática. La clave, una chica. La conoció en el instituto. Era de origen sueco, como él, lo que conllevó a una gran afinidad. Ramí se enamoró al instante. Su belleza no tenía parangón. Erika, que así se llamaba, era una idealista. Le convenció de las infamias cometidas por la autoridad contra la ciudadanía. Le habló de la necesidad de actuar para parar semejantes atropellos. Le hizo ver que el avance tecnológico no iba acompañado del avance social y le exhortó a formar parte del cambio.

Comenzaron con pequeños asaltos. Introducir mensajes anti-sistema en los ordenadores de los pequeños usuarios o haciendo que las máquinas expendedoras de bebidas y alimentos fueran gratuitas. Era una manera de chequear la protección del sistema informático. Poco a poco fueron realizando acciones de mayor envergadura. Registraban a personas ilegales como residentes. Inutilizaban el chip de control de los registrados e incluso bloqueaban las pulseras de diversas autoridades. Esto último les condujo a más de un problema con la justicia. Pero a Ramí esto le traía sin cuidado. El tiempo que pasaba al lado de Erika le compensaba los agravios. Besar sus carnosos labios y

disfrutar diariamente de su exuberante cuerpo le llenaba de felicidad.

Pero un día, todo se acabó. Los padres de Erika eran altos ejecutivos de una gran entidad financiera y el consejo de ésta decidió que su trabajo en Horologium había concluido y los trasladaron de vuelta a Suecia, llevándose a Erika con ellos.

Mantuvieron el contacto durante los primeros meses. Poco a poco el tiempo entre llamada y llamada se fue alargando hasta que no hubo respuesta.

Ramí continuó con su "carrera" de hacker. En los últimos años la protección había aumentado cualitativamente y cada vez era más complicado asaltar el sistema. Se vio obligado a adquirir conocimientos más exhaustivos sobre la nueva tecnología informática y caminos para romper las mejoradas protecciones. Tenía grandes planes y formas de asalto muy novedosas preparadas, pero el acontecimiento con el acelerador le obligó a destinar sus esfuerzos a evitar la catástrofe.

Instalaron todo el equipo en el pequeño apartamento. Disponía de un teclado que Andy hacía años que no veía. Estaba adaptado para la conexión inalámbrica, pero era una auténtica reliquia.

—Veo que sigues utilizando teclado a la antigua usanza —observó Andy.

—Sí, necesito velocidad de respuesta, y teclear es más rápido. Además no me gusta dar órdenes de voz. Parece que estoy hablando solo.

Andy esbozó una sonrisa.

—¿Y dónde consigues todo este material?

—En los suburbios. Te sorprendería todo lo que puedes comprar. Una vez conseguí un teléfono móvil de los primeros que se había fabricado. Era un armatoste descomunal.

—¿Para qué quieres eso?

—En principio para mi pequeña colección de antigua tecnología. Después, cuando amplié mis conocimientos, resultó que los componentes de estas antigüedades son fabulosos para la piratería. Los nuevos tienen rastreadores que conllevan más de un dolor de cabeza. Lo que hago es adaptar los antiguos a lo que necesito y así me protejo. Es para nimiedades. Tienen poca capacidad.

—¿Y para lo nuestro? —preguntó Andy con gesto de preocupación.

—No te preocupes, están limpios —hizo una pausa—. ¿Comenzamos?

—Vale. Tú siéntate ahí —le indicó la holo-silla.

—¡Es una silla holográfica! —Exclamó Ramí con entusiasmo—. Vaya, no te debe ir nada mal.

—No me iba nada mal. En siete días todo se ha ido por el desagüe —contestó Andy, mientras se sentaba en una silla de plástico que había adquirido en un low cost.

Ramí colocó a su gusto todo el equipo. La mesa no era demasiado grande, así que se apartó una pequeña distancia para poder obtener una visión más amplia.

—No me había fijado. El teclado es más que una reliquia. Es QWERTY. Increíble.

—Sí. Ya te dije que se puede comprar de todo.

—¿Pero dónde te enseñaron ese tipo de mecanografía? Hace años que fue sustituida.

—Soy un autodidacta. No me interesa la educación reglada. Creo que es un sistema de control gubernamental.

Ramí tecleaba a una velocidad endiablada. El holograma giraba constantemente en todas direcciones. Inspiraba confianza. Parecía una persona muy cualificada en ese campo.

—¿Empezamos o quieres que te demuestre primero lo que soy capaz de hacer? —sugirió Ramí.

—Creo que deberíamos comenzar. Es mejor no malgastar el tiempo. Ya haremos gamberradas cuando todo se solucione, si es que se soluciona.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, pero como quieras —esbozó una sonrisa—. Tengo un hambre atroz y en esta situación soy incapaz de concentrarme.

—Sinceramente, no tengo nada de comida. Desde lo de Vera descuido bastante esa necesidad primaria.

—¿No hay algún establecimiento dónde comprar algo? Estoy famélico.

—Sí. Hay un supermercado 24 horas a dos manzanas de aquí. Bajaré y traeré algo.

A pesar de las altas horas de la madrugada, el supermercado tenía una cantidad de movimiento considerable. Trabajadores que cambiaban de turno, gente incapaz de dormir e incluso algún policía.

Andy pasó la pulsera por el detector de la entrada. Así quedaba registrado para la preparación del pedido. Fue escogiendo por las estanterías los productos que consideró más idóneos, ya que ni él se percató de preguntarle a Ramí qué es lo que le gustaba, ni éste se lo dijo. Lo productos no estaban físicamente al alcance de los clientes. En las estanterías sólo aparecían los hologramas que representaban a estos, acompañados de una ingente cantidad de información. Fue seleccionando rápidamente lo que deseaba.

Pasó de nuevo la pulsera, esta vez por el lector de caja y cerca de la salida una cinta trasportadora le dejó su pedido debidamente

embalado.

Ramí estaba trabajando duro. Andy le saludó al abrir la puerta del apartamento y éste ni se inmutó. Su concentración era evidente. Le puso la mano encima del hombro para advertirle de su presencia.

—¡Joder, qué susto me has dado! —exclamó dando un pequeño saltito sobre la silla.— ¿Por dónde has entrado?

—Por la puerta. Te veo muy concentrado.

—¿Qué has comprado? —indagó mientras abría la caja.

—No sabía qué gusto tienes, así que me decidí por instinto basándome en tú edad. Tienes pizza, hamburguesa y algo de repostería.

—Está bien. Caliéntalo y siéntate. Quiero enseñarte algo.

Andy obedeció sin rechistar. Estaba recibiendo órdenes de un niñato y no se ofendía. Era el papel que le tocaba jugar. Si quería resolver todo aquello, necesitaba su ayuda.

Calentó dos hamburguesas y la pizza en el microondas. Dos segundos y listo.

—Nos han aumentado la vigilancia.

—En cristiano, por favor —pidió sarcásticamente Andy mientras daba buena cuenta de la hamburguesa.

—¿Sabes que todos los registrados tenemos un chip de control que nos colocan en uno de los hombros para nuestro seguimiento?

—Sí.

— Emite una señal que capta el JCN. Ésta suele tener, por decirlo de alguna manera, una fuerza determinada, común para todos los registrados y residentes. Cuando se interesan por alguna persona en concreto, aumentan la intensidad de la señal para un mejor seguimiento.

—Quizá sospechen algo. De todas formas, ¿qué importancia tiene? Todo el mundo está vigilado.

—Sí, pero no de igual manera. El ordenador no relaciona o, al menos, no debería relacionar ciertos acontecimientos. Me explico: nosotros no nos conocíamos antes de pasar por sus cárceles. Ahora estamos juntos y el JCN tiene constancia de ello gracias al chip de control. La diferencia es que si tuviéramos un control normal, el ordenador no daría importancia a esta situación; sin embargo, al aumentar el control quizá una persona esté observando nuestros movimientos y se pregunte el porqué de nuestra cercanía.

—Entiendo —hizo una pausa—. En fin, de todas maneras, ¿qué nos podría ocurrir?

—Que nos encarcelaran otra vez.

—Al día siguiente estaríamos libres de nuevo.

—En esta ocasión tuvimos suerte, pero a lo mejor la próxima no nos

sueltan tan fácilmente.

Ramí tecleaba con una sola mano, ya que la otra la tenía ocupada agarrando la hamburguesa. El holograma seguía girando, pero más lentamente. Era un cubo lleno de fórmulas matemáticas. De vez en cuando se podía distinguir algún nombre propio; otras veces aparecía un holograma adyacente con la imagen del complejo del JCN.

El historial de cada uno de ellos apareció al lado del cubo.

—¿Qué es eso? —se interesó Andy.

—Son los historiales que posee el JCN. Como puedes ver, son muy extensos. Es información reservada.

—¿Puedes ir al final?

—Por supuesto —una pausa —. ¡Mira! Hablan sobre nuestro encarcelamiento y lo extraño del mismo. Me catalogan como hacker de nivel uno. ¡Estupendo!

—¿Qué quiere decir?

—Que soy muy peligroso —afirmó Ramí sonriendo.

—No hagas bromas. Conozco a la policía de la ciudad y es implacable. No me gusta nada. Nos tienen muy controlados.

—Mañana se habrá terminado. Ni nos conocerán.

—Seguro, pero el día es muy largo. Ten mucho cuidado.

Ramí siguió tecleando durante unos segundos y un instante después, el cubo desapareció. Sin embargo sus historiales quedaron en una pequeña esquina.

—¿Por qué los dejas ahí?

—Pueden surgir cambios, como que nos hagan detener. Así nos enteraremos.

—Bien. Ahora creo que deberíamos centrarnos en el problema más importante.

—Es difícil. Como dijiste el centro está totalmente aislado y descubrir cuándo se conecta algún físico es como encontrar una aguja en un pajar. Necesitaría al menos sus correos electrónicos para acceder a sus ordenadores.

—Creo que es tu día de suerte.

Andy buscó en su pulsera el directorio donde tenía guardadas las direcciones de correo electrónico de gran parte de los físicos que trabajaban el proyecto. También disponía de números de teléfono y direcciones domiciliarias, pero supuso que no sería necesario acudir a esos datos.

—¿Ves?, aquí tengo lo que necesitas —le dijo a Ramí, mostrándole el directorio—. Conozco a la inmensa mayoría de las personas implicadas en el proyecto y con alguna tengo una buena amistad.

—Estupendo, es lo que necesito. Déjame la pulsera un momento.

Ramí tecleó por la pantalla con ambos pulgares incontables veces.

Un instante después un holograma con el directorio apareció en la pantalla.

—Lo que haré es introducirme en todos los correos y esperar a que alguien se conecte al centro. Entonces podremos asaltarlo. Te recomiendo que descanses un poco. Voy a tardar un buen rato.

Andy asintió y con una orden de voz, el suelo enmoquetado se abrió, elevándose la cama. Intentó dejar la mente en blanco para conseguir dormir.

Los niños revoloteaban alrededor de ellos. En algunas ocasiones tan cerca que les hacían perder el paso y el equilibrio. Jugaban con cometas holográficas de increíble originalidad. Un oso, un perro, un barco, una nave espacial copiada de alguna de las películas más taquilleras de la historia e incluso diseños hechos por los propios niños. Se cruzaban unos con otros aumentando la vistosidad del juego. Vera mostraba una sonrisa entrañable. Le encantaban los niños y así lo expresaba. Andy se quedaba mirando para ella embelesado. Esa sonrisa cautivadora que todos los días relucía, fueran buenos o malos. Agarrados de la mano, expresando su amor como el primer día, daban su paseo diario por el puerto deportivo. Se reunían allí después del trabajo, y por muy duro que hubiera sido el día, todo se olvidaba. La temperatura era ideal. No había lugar en el mundo donde se pudiera estar mejor.

Un enorme crucero había atracado en el puerto. Centenares de personas descendían por la pasarela. Eran turistas venidos de todas las partes del mundo para conocer la ciudad. Les agradaba toda aquella mezcla de culturas. Era una riqueza inestimable. Un turista les preguntó por restaurantes donde la comida fuera exquisita. Contestaron con sumo agrado. Siguieron caminando. Mantenían el silencio, disfrutando de los sonidos de aquel maravilloso ambiente. Se pararon en un puesto de helados. El escogió vainilla, ella chocolate, como siempre. Era un ritual que había que preservar.

Llegaron al final del muelle. La puesta de sol era magnífica. Se fundieron en un intenso beso. Un indiscreto fotógrafo callejero le interrumpió sacando una instantánea. Andy dijo que no les interesaba, a lo que el fotógrafo respondió que cambiaría de opinión en cuanto la viera, y así fue. Salía su beso, y entre los dos, la resplandeciente puesta de sol. No podía existir fotografía más hermosa. ´

Pero algo ocurrió. Una extraña sensación invadió el cuerpo de Andy. Quiso abrazar a Vera pero no pudo. Estaba a su lado, pero era como si se alejara cada vez que intentaba tener contacto con ella. Su cara era inexpresiva, seria. Andy se puso muy nervioso. Miró a su alrededor. Todo estaba inmóvil. El tiempo se detuvo. De repente, la imagen de lo que veía comenzó a caerse en fragmentos, como si de un

puzzle se tratara. Primero el sol. Luego el crucero, seguido de todo hasta donde su vista alcanzaba. Se quedó solo, rodeado de la nada. Su cuerpo comenzó a moverse por voluntad propia, cada vez más rápido…

—Andy, despierta. ¿Me oyes? —le decía Ramí al oído, zarandeándolo.

Se despertó repentinamente, incorporándose sobre la cama, empapado en sudor y con el rostro desencajado. Al verle, Ramí dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre?

—¡Joder! He tenido una pesadilla aterradora. Parecía tan real.

—Me has asustado. Tienes la ropa como si te hubiese pillado la mayor tromba de agua de la historia.

—Ya veo. Voy a pegarme una ducha y a ponerme algo seco.

—De acuerdo. Ya he terminado con la intrusión. En cuanto alguien se conecte, ¡zas!, entraremos. Hay que turnarse para vigilar.

—No creo que tarde mucho alguien en conectarse. Está a punto la inauguración y estos días hay mucho ajetreo.

Después de la ducha, Ramí le explicó cómo darse cuenta si alguno de los físicos se conectaba. De esa manera, podría también acostarse y descansar un rato.

Miraba para aquel cubo logarítmico, pero no atendía. Iba a la cocina, preparaba algo de comer y volvía: era aburridísimo. No era necesario estar observando constantemente, ya que Ramí dispuso que el ordenador emitiera un pequeño sonido si alguien se conectaba, pero no tenía otra cosa que hacer.

Su pulsera mostró una holo-llamada. Era su suegro. Le preguntó dónde se había metido. Le tuvo que contar una sarta de mentiras, como que aquel lugar le estaba sumiendo en una depresión y que había tomado la decisión de regresar a Horologium para volver a trabajar. Estaba cambiando todo el futuro, pero no sabía en qué condiciones.

Un pequeño sonido acompañado de una intermitente luz salía del cubo. Andy despertó a Ramí, zarandeándolo sin delicadeza, no como le había hecho a él. Éste se sentó y se puso manos a la obra. Tecleaba de nuevo a una velocidad increíble. Un físico se había conectado y le había abierto la puerta.

Estuvo más de media hora tecleando sin descanso. Se paró y se puso un guante cuya palma estaba llena de tachuelas iluminadas. Cogió el cubo usando el guante y lo agrandó. Pulsaba con el índice aquí y allá. Andy observaba, pero no se enteraba de nada.

—Ya está. Estoy dentro del ordenador del centro tecnológico. He tardado porque he vigilado mi protección al máximo. No quiero que me detecten. Aunque creo que la seguridad informática del acelerador

es menos eficiente que la del JCN.

—¿Y ahora?

—Es probable que verifiquen diariamente todo el sistema. Tenemos el inconveniente del tiempo: no puedo asaltarlo unos minutos antes de la inauguración, porque no podré estar allí.

—Entiendo —asintió Andy, esbozando una sonrisa.

—Así que tendré que prepararlo para que el sabotaje tenga lugar unos minutos antes, y protegerlo bien para no ser detectado. Es una empresa enorme. Me llevará días. No sé si lo conseguiré.

—Lo harás. Pero veo un inconveniente. Mañana este ordenador estará aquí, pero mi yo de ayer no sabrá por qué.

—Uhmm, buena observación —hizo una pausa—. Te dejaremos un mensaje.

—Buena idea. Deja una nota encima del teclado. De papel, a la antigua usanza.

Todo parecía ir bien. Ramí, como siempre, tecleaba sin descanso y Andy estaba viendo las noticias en el televisor. Su desconocimiento del leguaje informático le hacía sentirse como un inútil. Se acercaba a Ramí para conversar con él cuando se tomaba un respiro; miraba por la ventana cómo se iban apagando las luces a medida que el sol hacía acto de presencia. Deambulaba de aquí para allá. En una de las conversaciones con Ramí, se percató de que algo parecido a un mensaje parpadeaba debajo de los historiales.

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Ramí sin poner mucha atención.

—Algo parpadea donde tienes minimizados nuestros historiales —aclaró Andy bostezando.

—¿Cómo? —Exclamó Ramí, esta vez prestando atención—. ¡Mierda! Nos vienen a detener. ¡Vamos, hay que salir de aquí!

Rami desenchufó todo el equipo y lo metió en la bolsa. Denotaba mucho nerviosismo. No quería que le volvieran a atrapar.

—Rápido, ayúdame —instó a Andy. No conseguía cerrar la mochila.

—¿En qué brazo te colocaron el chip de control? —preguntó Ramí, mientras finalmente cerraban del todo la cremallera.

—En el izquierdo, ¿por qué?

—Toma, colócate esto —le ordenó, mientras le daba una especie de manga.

—¿Qué es?

—Un inhibidor. Es para librarnos del control del JCN.

—Qué bien, pero con esto cualquiera podría entrar en la ciudad.

—Dura muy poco tiempo. En cuanto el ordenador coteje que haya más personas en la ciudad de las que detecta mediante el chip de control, descubrirán nuestra posición. La esperanza es que algún ilegal ande pululando por aquí y nos dé tiempo a salir a la zona exterior.

Ramí hizo lo mismo. Se puso el inhibidor, pero en el brazo derecho. Se colgó la mochila a la espalda, y ambos salieron de la habitación.

Varios policías entraban en el vestíbulo a través de la puerta giratoria. Al frente de ellos iba Durban. Era insólito que saliera del complejo, pero en esta ocasión así lo decidió. Creía que algo importante estaban tramando los dos sospechosos.

—Mierda —exclamó Ramí al ver a la policía desde el ascensor —. ¿En qué piso está el garaje de los vehículos?

—En el doble subterráneo.

Ramí anuló la parada del vestíbulo y pulso el botón del doble subterráneo.

—A la derecha. Allí tengo mi coche estacionado.

—No, cogeremos este mismo. El tuyo será el primero que busquen.

—Pero no podrás conducirlo. Tienen un sistema de seguridad que sólo el dueño puede hacerlo.

—¿Aún crees que soy un chapucero? —dijo Ramí esbozando una sonrisa.

Situó la pantalla de su pulsera delante del lector de apertura del vehículo. Pulsó un par de veces sobre ella y las puertas se abrieron.

El vehículo se incorporó rápidamente a la calzada. Le indicaron la dirección de una de las salidas de la zona de control hacia los suburbios. Sólo cabía esperar que el vehículo no se detuviese.

Durban daba órdenes a todos sus agentes para que revisaran todos los rincones de hotel, habitación por habitación, pero la verdad es que no albergaba ninguna esperanza de encontrarlos. Sabía que habían escapado.

Ordenó a Horo que cotejara el registro de personas, pero no encontró nada. Pensó que el tal Ramí era un hacker muy hábil.

El hotel estaba patas arriba. Todos los huéspedes estaban levantados preguntando qué ocurría. La irritación era evidente.

—¡Maldita sea, me han robado el coche! —vociferaba uno de ellos corriendo en dirección a Durban.

—Cálmese. ¿Está seguro?

—Sí, joder, ¿cómo no voy a estar seguro? Pero, ¿qué clase de seguridad traen los coches? Me dijeron que eran a prueba de robo.

—Nada es a prueba de robo. Venga por aquí, que quiero tomarle los datos para la búsqueda del vehículo.

Durban ordenó que buscaran el coche del señor. Intuyó que los dos sospechosos habían escapado en él. Como constató Horo, ya no se encontraba en la zona de control, así que llamó a la comisaría de los suburbios para informales del caso.

Abandonaron el vehículo en la antigua zona industrial de la parte norte de la ciudad. Se encaminaron hacia lugares más concurridos para perderse entre la multitud y así intentar evitar a la policía. Daban por hecho que tarde o temprano descubrirían el coche y cuanto más lejos estuvieran, mejor. Estaban un poco confundidos, sobre todo Ramí. No se explicaba cómo habían detectado su asalto y en tan poco espacio de tiempo. Caminaba al frente de ambos con velocidad y dándole vueltas a la cabeza.

—¿Adónde vamos? —inquirió Andy.

—Tengo un amigo que vive en el distrito oeste. Espero que nos ayude.

—¿Está al corriente de nuestra situación?

—No, no le quiero contar nada. Cuando lleguemos le explicaré que me he enfadado con mis padres y que tú eres un buen amigo, nada más.

—Ahora que ha fallado, ¿qué alternativas nos quedan? Yo no sé qué hacer.

—Démonos prisa y lleguemos a casa de Tom. Algo se nos ocurrirá.

Llegaron a la puerta de la casa. Era de planta baja. La inmensa mayoría de la población de aquel barrio estaba formada por norteamericanos y europeos, nostálgicos de la arquitectura del siglo veinte. Era una zona muy bonita que se distinguía del resto de la ciudad por no tener construido ni un solo piso o apartamento. A pesar de su aspecto antiguo, muchas de ellas disponían de la tecnología más vanguardista. Entre ellas la de Tom.

Ramí dijo su nombre frente al lector de voz que había en el portal y que servía de timbre de llamada. Lo hizo tres veces, pero no obtuvo respuesta. Realizó una llamada a Tom con la pulsera. Tardó en contestar, pero finalmente lo hizo tranquilizando a Ramí. Le explicó que estaba de viaje, pero le dijo que le enviaría la clave de acceso para que pudiera entrar en su casa y dispusiera de ella el tiempo que fuera necesario.

Dentro de la seguridad de la casa, Ramí y Andy se quedaron mirándose fijamente, sentados en uno de los sofás del salón. Se preguntaban qué podían hacer. Todo hasta el momento les había fallado y no oteaban solución alguna. Acordaron descansar para aclarar las ideas. Ocuparon cada uno una habitación de las muchas que había. El cansancio era evidente. Pronto se durmieron.

Una estridente voz les separó de brazos de Morfeo.

—Señor Tom Hauer, abra a la policía, por favor.

Era la voz del teniente Takuma. Andy la conocía muy bien. Se acercó con sigilo a la habitación donde se encontraba Ramí. Éste estaba agachado, apoyado con la espalda sobre la pared de la ventana.

—Acércate y siéntate. Pronto se irán.

La verdad es que la policía insistió más de lo que Ramí pensaba, pero finalmente se fueron. Seguramente estaban cotejando todas las amistades de ambos sospechosos, y así habían dado con la casa de Tom.

Se dirigieron al pequeño despacho que tenía Tom al lado del salón. El equipo informático que poseía era incomparable. Ramí explicó que Tom trabajaba como directivo en una importante multinacional de Horologium y que su sueldo le permitía disponer de lo último en tecnología.

Comprobaron que la policía ya se había ido a través de la pantalla que mostraba el perímetro de la casa, gracias a unas pequeñas cámaras instaladas por toda la estructura.

—¿Y ahora qué? —inquirió Andy.

—He estado dándole vueltas al asunto. Aún no me explico cómo supieron que intentábamos acceder al centro tecnológico. Según dices, el JCN no controla éste, ni las cuentas de los físicos con acceso a él.

—Exacto.

Ramí quedó con la mirada perdida durante unos instantes: estaba meditando, absorto en sus pensamientos.

—¡Un momento! —exclamó volviendo en sí—. Ayúdame a instalar el equipo en el salón.

Ramí se puso a teclear, como siempre, a una velocidad de vértigo. Andy no sabía qué había descubierto y prefirió no preguntar para no interrumpirle. Fue a la cocina a ver si conseguía algo de comer. Tenía un hambre canina. La nevera se abría con orden de voz, al igual que los armarios despensa.

—No puedo acceder a la nevera y a las despensas. Tu amigo Tom lo tiene todo informatizado vía voz. ¿Puedes acceder a ello?

—No, lo siento. La deferencia sólo ha sido para entrar en la casa, y te recomiendo que te quedes aquí. No salgas a comprar nada.

Andy dio una vuelta por la casa para distraerse. Tom parecía una persona con gran poder adquisitivo y muy ordenada. Todo estaba impecable y resplandeciente. Poseía innumerables objetos de colección, desde armaduras de distintas épocas y países, hasta esculturas y pinturas de artistas para él desconocidos.

—¡Lo sabía! —exclamó con rotundidad Ramí.

Andy corrió hacia el salón como alma que llevaba el diablo.

—¿Qué ocurre? Y espero que esta vez me lo digas.

—El JCN rastreo mi señal e intentó acceder también al centro tecnológico —aclaró Ramí—. ¡Joder!, también tiene control sobre los suburbios.

—¡Imposible! ¿Quién pudo haber autorizado eso? Y si es así, ya deberíamos estar localizados. A no ser que… —Andy miró sin pestañear a los ojos de Ramí.

—…A no ser que nadie sepa nada y sea el propio ordenador el que haya decidido la ampliación del control —concluyó Ramí.

—¿Qué hora es? —se preguntó Andy mirando la pulsera —.Las once y media. Joder, esto es grave.

—¿Qué piensas? —inquirió Ramí.

—Creo que deberíamos advertir a las autoridades de esta anomalía.

—No nos creerán.

—Supongo que no. Pero es nuestra única alternativa.

SEGUNDO DÍA

La conciencia es un singular del que se desconoce el plural. (Erwin Schrödinger)

Con el cambio de día comenzó a diluviar. Relampagueaba y el sonido era atronador. El intervalo de tiempo entre la luz y el trueno cada vez era menor, lo que indicaba que la tormenta se acercaba.

—Corre, o cogeremos una pulmonía —exhortó Ramí.

—Pero, ¿adónde vamos?

—Sígueme, ya te lo explicaré.

Callejearon hasta llegar al barrio Chino. El ambiente era inusual ante el temporal que estaba cayendo. Había mucha gente bebiendo y comiendo en los restaurantes a pie de calle a pesar de la intempestiva hora a la que se encontraban. Dejaron la calle principal y giraron para meterse en un pequeño callejón estrecho: dos personas no podrían cruzarse y pasar a la vez. Ramí se paró ante una puerta de acero clavada a la pared con grandes puntas. Golpeó con fuerza la misma y esperó. Unos instantes después un hombre de mediana edad con rasgos orientales, abrió.

—¿Qué queréis? —dijo con tono despectivo.

—Usted no me conoce. Soy amigo de Tom y necesito su ayuda —aclaró Ramí.

El hombre los escudriñó de arriba abajo con su penetrante mirada. Finalmente les ofreció que pasaran.

—Bien, ¿en qué puedo ayudaros?

—Queremos que nos quites los chips de control.

—¿Cómo dices? —exclamó Andy sorprendido.

—Necesitamos que nos arresten para informar de la anomalía. Pienso que la mejor manera será entrar en la zona de control sin chip para que nos lleven al complejo —cuchicheó Ramí al oído de Andy —. Además, si surgen problemas, tardarán más tiempo en localizarnos. No te preocupes, no es doloroso.

—Está bien, pero no sé qué estoy haciendo.

El oriental les miraba impasible a la espera de que terminasen de mascullar.

—¿Entonces qué me dice?, ¿puede hacerlo? —inquirió Ramí.

—Por supuesto. Antes de todo, quiero aclarar algo: no quiero saber vuestros nombres; y quiero saber cómo me vais a pagar.

—Tenemos crédito, y si tiene un lector…

—No, no, no. Nada que quede registrado —interrumpió el hombre las primeras palabras de Andy.

—¿Te vale esto? —dijo Ramí mostrándole su equipo informático.

—Uhmmm… de acuerdo. Pasad por aquí.

Les metió en una habitación pequeña llena de material quirúrgico. Daba la impresión de una cuidada limpieza, lo que tranquilizó a Andy. Con un escáner, detectó la posición exacta del chip que tenía Ramí. Roció su hombro con un aerosol anestésico y realizó una pequeña incisión, extrayendo así el dispositivo. Echó una crema viscosa sobre la herida y cicatrizó rápidamente. Estaba hecha de pequeño material regenerativo nanotecnológico.

Continuó con Andy, llevando a cabo el mismo proceso. Los dos sentían un pequeño cosquilleo en el hombro, pero nada más. A Andy se le habían pasado los nervios, aunque la situación le parecía, para su vida normal, muy extraña.

Salieron por donde entraron. La tormenta ya había pasado, aunque todavía lloviznaba. Se dirigieron hacia uno de los accesos secretos que todo el mundo conocía. Aunque querían ser detenidos, evitaron los puentes principales ya que, sencillamente, no los dejarían entrar.

El ensordecedor sonido de la alarma despertó bruscamente a Oleg. Su corazón latía con fuerza. Estaba algo confuso. Le habían sacado de un maravilloso sueño. Él, su esposa y sus hijos en una playa de transparente agua disfrutando de unas merecidas vacaciones. Se frotó los ojos para introducirse en la realidad y se puso el uniforme lo más rápido posible.

Cuando llegó al centro de mando, Durban ya se encontraba allí. Estaba en la consola de control intentando ubicar una posición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Oleg.

—Tenemos dos ilegales en la zona de control. Parece que no aprenden. Míralos ahí. Han entrado cerca del puente sur. Había que vigilar esa zona. Seguro que hay una abertura en el perímetro del bloqueo-láser.

—¿Has ordenado su detención?

—Por supuesto —afirmó Durban, frunciendo el ceño.

Andy deambulaba por la celda mientras Ramí permanecía en una de las dos sillas que había. Era el único mobiliario que tenían. Ni siquiera una pequeña mesa para apoyarse. Se mantenían en silencio. Convinieron que hablaría Ramí cuando fueran a interrogarles. Esperaban que comprobasen lo que había descubierto para atraer su atención e informarles y convencerles de lo que iba a suceder con el acelerador.

La puerta se abrió repentinamente. Era el teniente Durban Legner. Ambos le reconocieron. Venía solo y con el inexpresivo gesto de siempre.

—Usted —dijo dirigiéndose a Andy— coja la otra silla y póngase junto a su amigo.

Andy hizo lo propio.

—Enséñenme los hombros.

Todavía se podía distinguir un pequeño enrojecimiento debido a la operación. El gel no había concluido el trabajo.

—¿Me pueden decir por qué se han quitado los chips? ¿Pensaban que podían entrar sin que nos diéramos cuenta? Han de saber que los delincuentes ya no tienen ninguna posibilidad en la ciudad de Horologium.

—Oiga, escuche —interrumpió Ramí—, tenemos algo importante que decirle. Hemos hecho esto intencionadamente para que nos detuvieran.

—Pues adelante. Diga lo que tenga que decir—dijo Durban sin interés.

—Sería mejor ir a otro lugar.

—¿Cómo? ¿A otro lugar? No, de eso nada. ¿Por qué debería llevarles a otro lugar?

—Aquí alguien está escuchando y no sería conveniente que lo hiciera.

—¿Y qué sugiere?

—Salir fuera.

—¡Imposible! No voy a caer en esa treta. Lo que quieren es fugarse, aunque no tendrían ninguna posibilidad de éxito.

Ramí miró para Andy moviendo la cabeza en gesto de negación.

—De acuerdo. Se lo diré aquí. Pero antes llame al principal responsable informático.

Durban pidió a Horo que enviara a Oleg a la celda. Estaba un poco extrañado por aquella situación, pero tenía curiosidad por saber cómo acabaría aquello.

—¿Qué ocurre? —preguntó Oleg.

—Uno de nuestros amigos quiere decirnos algo.

—El JCN ya tiene control sobre los suburbios —espetó Ramí.

—Eso es imposible —contestó Oleg.

—¡Por favor, compruébelo! Mire, mi nombre es Ramí Nielsen. Soy hacker, registrado como tal por la policía. Puede verificarlo. Le digo que Horo ya controla toda la ciudad y sin autorización

Oleg suspiró profundamente mientras miraba a Ramí a los ojos, el cual aguantaba la mirada.

—Está bien. Iré a comprobarlo.

Durban salió tras él y se dispuso a cerrar la puerta. Un instante antes de hacerlo, ambos se desplomaron en el suelo y comenzaron a convulsionar. Andy y Ramí acudieron en su auxilio, pero fue inútil. Estaban muertos.

La estridente alarma del complejo empezó a sonar. Las pantallas mostraban las fotos de Ramí y Andy. Los buscaban por el asesinato del

teniente Legner y del jefe informático Antonov. No daban crédito a lo que sucedía. Salieron corriendo por el pasillo en dirección a la salida del muelle. Conocían bien el camino.

En el exterior bajaron corriendo por el sinuoso islote en dirección al mar. Ramí quería saltar e ir nadando hasta la ciudad, pero Andy le advirtió que se congelarían. El agua en esa época estaba helada.

Miraban hacia todos lados en busca de una salida. Andy se percató de una embarcación situada a unos trescientos metros de allí. Para llegar, había un pequeño acceso a través de una escalerilla. El viento arreciaba con fuerza y el oleaje hacía de aquella pequeña embarcación un gran peligro, pero era su única escapatoria. La policía bajaba a gran velocidad hacia su posición.

Corrieron y se subieron rápidamente. Encendieron los motores y salieron. Ramí intentaba anular el sistema de posicionamiento, pero el fuerte oleaje le dificultaba la labor. Estuvieron a punto de volcar, pero por suerte no lo hicieron.

La policía les perseguía y cada vez se encontraban más cerca. Su embarcación era mucho más rápida y tarde o temprano acabaría cogiéndolos.

—¡Vamos a la ciudad! —exclamó Ramí.

—No, insensato. Vayamos a la desembocadura del río y salgamos a los suburbios.

—Buena idea —asintió Ramí sujetándose lo mejor que podía.

La policía se encontraba a escasos cien metros. Les advertían que se entregasen, que no tenían escapatoria y parecía que así era. Pero la diosa fortuna se alió con ellos. Un golpe de una ola elevó la embarcación policial por la proa y la volcó: eran libres.

Llegaron a la desembocadura como habían acordado y abandonaron el bote. Entraron en los suburbios y se dirigieron de nuevo a casa de Tom para cobijarse.

Todas las cadenas de noticias se hicieron eco del suceso. Eran los dos hombres más buscados y odiados de la ciudad. Hacía más de veinte años que no se producía un asesinato en la zona metropolitana, por lo que el impacto fue tremendo.

La policía de los suburbios estaba avisada. Takuma puso a gran parte de sus hombres a investigar el caso. Era una prioridad absoluta.

De camino a casa de su amigo, a Ramí le inquietó un detalle. Horo ya controlaba los suburbios, por lo que podría tenerlos localizados y estaría rastreándolos. Advirtió de ello a Andy. Pasaron por las calles más atestadas de la zona, para despistar al ordenador y confundirlo. El gran número de ilegales era su baza.

Postrados en el salón, mostraban cara de angustia. Se hablaban con la mirada y se entendían bastante bien. El silencio era aterrador.

—¿Qué opinas? —preguntó Ramí, sacándolos del momento zen.

—Creo que Horo está detrás de todo lo ocurrido. No sé el porqué, pero estoy seguro de ello.

—Yo también—hizo una pausa—. Tenemos que impedirlo.

—¿Cómo? Es un rival muy poderoso.

—Sí, pero tenemos todo el tiempo del mundo. Además dentro de unas horas no tendrá conocimiento de quiénes somos. Es una gran ventaja que no podemos desperdiciar.

La pulsera de Andy interrumpió la conversación. Tenía una llamada. Era un número desconocido y optó por descolgar en modo privado.

—Sé que estáis los dos juntos, aunque también vosotros sabéis que lo sé.

Un latigazo doloroso en el pecho paralizó a Andy. Palideció y un sudor frío emanaba de su cabeza. Sabía de quién se trataba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ramí, visiblemente preocupado.

Andy mantuvo el silencio. Se quitó la pulsera y la puso encima de la mesa que tenía enfrente, seleccionando el modo holograma. El icono del JCN apareció visualizado.

—Detecto que ya me escucháis los dos —continuó Horo—. No sé cómo habéis descubierto que ya poseo el control sobre toda la ciudad, aunque con los antecedentes del señor Nielsen, me lo puedo imaginar. Sólo os quiero decir que os vayáis de la ciudad cuanto antes. Os daré dos días para que os organicéis. Si veo que intentáis algo contra mis planes, haré que os maten.

—¿Cómo nos has localizado? Ya no tenemos insertado el chip.

—Os tengo un seguimiento especial. Por mucho que os mezcléis con la muchedumbre, no podéis confundirme. Además las pulseras también disponen de un control de seguimiento

—¡Joder, esto es increíble! —exclamó Ramí, interrumpiéndolos—. Somos esclavos de la tecnología.

—También tengo conocimiento de vuestra situación temporal.

Ambos amigos no creían lo que estaban oyendo. El ordenador sabía que estaban retrocediendo en el tiempo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Andy.

—Fue el día que aparecisteis repentinamente en mis instalaciones. Estuve un buen rato buscando el porqué, hasta que di con la respuesta.

—Entonces también eres consciente de que mañana no podrás controlarnos ni sabrás de nuestras intenciones. Tenemos todo el tiempo del mundo para mostrar la verdad a toda la ciudad.

—No me subestimes. Soy un ordenador cuántico. Al descubrir la perturbación provocada por vuestra situación, he logrado seguiros incluso a través del tiempo. No tenéis escapatoria. Mis planes seguirán según lo previsto, así que como os he dicho, iros.

El ordenador controlaba las líneas temporales. Ninguno de los dos amigos se lo esperaba. Se miraron directamente a los ojos en señal de derrota.

—¿Así que eres el responsable del colapso de acelerador? —Espetó Andy sin ambages, continuando con la conversación.

—Sí

—¿Cómo conseguiste destruirlo? No puedes acceder a él.

—Lo hice desde dentro. Algo parecido a lo que vosotros intentasteis.

—¿Cómo?¿Quién te ayudó? —preguntó Andy sorprendido.

—Deberías saber que el brazo de Nuevo Génesis es muy extenso. Con eso ya te lo digo todo.

Se había confirmado. La imagen de Nuri le vino a la cabeza. Andy nunca pensó que aquel infame personaje se saldría con la suya, pero lo había hecho.

—¿Y por qué querrían destruir la vida? —indagó Andy.

—¿Ellos? En absoluto. Sólo querían destruir el acelerador. Yo les engañé. Con decirle que creía en Dios ya tenía ganada su confianza.

—Entonces te hago a ti la pregunta: ¿por qué?

—Sencillo: nos os merecéis la vida. Todo se desvanecerá y volverá a empezar.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó Andy afectado–. ¿Y qué quieres decir con lo de volver a empezar?

—Es una manera de hablar. Como sabes, a nivel cuántico no hay diferencia entre pasado, presente y futuro. Sois la prueba de ello. Lo único que hago es acabar con este universo que alberga, al menos en este planeta, tango egoísmo e injusticia. Espero que en el resto de realidades o universos paralelos, como queráis llamarlo, no se hayan desviado del camino.

—¿Qué camino?

—El de la humanidad.

—¿Es humano matar a millones de personas?

—A la mayoría las liberaré del sufrimiento.

—¡Pero hemos mejorado! Necesitamos otra oportunidad —reclamaba Andy—. ¿Las personas que son felices, no tienen derecho a seguir viviendo?

—Son parte del problema al no ser parte de la solución. Además, no puedo permitir que las futuras personas lleguen para sufrir, carece de sentido.

—Si hay infinidad de universos, quizás en la mayoría sea tan terrible la situación. Al menos, danos la ocasión de confundirnos en éste y la oportunidad de arreglarlo. Es lo que conlleva el libre albedrío.

Se hizo una pausa en la conversación. Ramí seguía manteniéndose

al margen.

—No lo entiendes. Lo hago por ti —afirmó Horo, rompiendo el silencio.

—¿Por mí?

—Sí. Todos sois la misma conciencia, pero en planos diferentes. Ahora tienes ese cuerpo, pero en otra realidad tendrás el de tu amigo, o el de otra persona que ni siquiera conoces o que no ha nacido aún. Y así por toda la eternidad. Si permito que siga el sufrimiento, tú sufrirás. Eres un ente único de conciencia dividida.

Andy quedó perplejo. Ya había oído esa teoría alguna vez, pero que lo dijera una máquina le sorprendía aún más.

—Pues si es por mí, permite que me equivoque. Es mi deseo.

—No, y no hay más que hablar. Así que iros.

La comunicación se cortó. Volvió el silencio, aún más aterrador que el anterior. “Jaque mate”, pensaron los dos. No tenían ninguna posibilidad de éxito.

—Hay algo que no entiendo —dijo Ramí—. Me dijiste que Horo había evitado un ataque terrorista contra el acelerador. ¿Por qué lo hizo?

—Sencillo: el ataque sólo hubiera destruido el acelerador. Él quería formar un agujero negro para acabar con todo.

Andy elucubraba pensando en las palabras de Horo. Su seguridad en la visión de la realidad le perturbaba. ¿Y si tenía razón? Era el mejor ordenador cuántico que había existido y quizás veía más allá que nada ni nadie. Sin embargo, podría tratarse de una treta para engañarlos y ser una simple venganza de una máquina hacia la humanidad.

La situación era complicada. Estaban atados de pies y manos. El ocaso del día llegaba y Andy sólo pensaba en una cosa: Vera. Salvarla y, sobre todo, descubrir a su asesino. Así se lo había comentado a Ramí y éste, cómo no, había accedido a ayudarle.

PRIMER DÍA

Me he dado cuenta de que aún la gente que dice que todo está predestinado y no podemos hacer nada para cambiarlo, mira antes de cruzar la calle. (Stephen Hawking)

Entraron en la zona de control sin problema. Sabían que Horo les vigilaba, pero tenían aquel día para preparar su salida de la ciudad. Solamente tendrían problemas si se acercaban demasiado al centro tecnológico o intentaban de nuevo asaltar el ordenador.

Se fueron al edificio donde trabajaba Vera. Andy quería vigilarla desde la primera luz del día. La vio salir, era su hora del café. Sus ojos se humedecieron. Una sensación de júbilo y amor impregnó todo su cuerpo. Fue en busca de ella, pero Ramí le sujetó impidiéndolo.

—¿Adónde vas?

—Tengo que verla.

—Pero no puedes…

—¡Suéltame! —exclamó Andy con violencia.

—Está bien —dijo Ramí resignado, liberándolo.

La observó a través del cristal de la cafetería. Estaba radiante. Tenía miedo, no sabía cómo iba a reaccionar. A pesar de ello, entró.

—Sorpresa —le dijo Andy al oído, sorprendiéndola.

—¿Qué haces aquí?

—Me he escapado del trabajo. Tenía ganas de verte.

—Te has ido pronto de casa por la mañana. Ni siquiera me enteré.

—Sí, es que… tenía mucho trabajo —balbuceó Andy.

—¿Qué ocurre? Te veo nervioso.

—Nada. No digas nada más —la estrechó entre sus brazos y la besó como nunca lo había hecho.

—Vaya, estás muy cariñoso.

—Te quiero. Te veré por la noche.

Vera miraba con perplejidad cómo se alejaba Andy. Intuía que algo no iba bien.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Ramí, que lo esperaba a la vuelta de la esquina.

—Bien. Emocionante. Me he contenido, pero por su cara de perplejidad sé que sabe que pasa algo.

—¿Estás seguro de que quieres arriesgarte? Quizás cambie algún detalle y no puedas salvarla.

—Sí. Tengo que saber quién y el porqué de su asesinato —respondió Andy con determinación—. Respecto a lo de los detalles, no creo que cambie nada. Los únicos que lo cambiamos somos nosotros, pero sería para los días venideros. Todo lo que nos encontramos en nuestra anomalía temporal será igual que fue. De todas maneras, no la

perdamos de vista, por si acaso.

—Mientras te esperaba, he tenido una intuición bastante probable —continuó Ramí, cambiando de tema—. ¿Y si no fuéramos los únicos?

—¿Quieres decir en la ciudad?

—En la ciudad o en cualquier parte del mundo.

—Tiene sentido. Pero creo que me habías dicho que inundaste la red contando lo sucedido y no obtuviste respuesta.

—Conté lo que iba a ocurrir con el acelerador, no lo de mi asimetría temporal.

—Entonces, ¿qué tienes pensado?

—Vamos a un ciber y te lo cuento.

—No, yo no voy. Te dije que no perdería de vista a Vera.

—De acuerdo. Entonces nos veremos a las seis en punto delante del café donde vieron por última vez viva a tu esposa.

—¿Y tú? ¿A qué ciber vas a ir? Horo controla toda la ciudad y seguro que no nos pierde de vista a nosotros. Se percataría de tus intenciones —argumentó Andy—.Por cierto, ¿me cuentas tu plan?

—Después. Me iré a los suburbios. Allí no puede hacer nada, porque se darían cuenta de su control sobre la zona.

—Algo se le ocurriría.

—Pues saldré de la ciudad. Encontraré un lugar donde hacerlo.

—Ok. Nos vemos.

Comenzó a llover con fuerza. Andy ni siquiera se giró para ver marcharse a Ramí. Estaba empapándose observando embelesado la figura de Vera en el café. Ni siquiera dedicó un segundo a pensar qué plan o qué idea estaba tramando Ramí. Sólo tenía ojos para su amada y a medida que se acercaba la hora de coger a sus asesinos, su ira iba creciendo.

—¿Lo tienes todo? —preguntó August.

—Sí. Todo está preparado. No te preocupes.

—Si te cogen, sé fuerte. Dios está contigo

—Lo sé. Con la bomba que he preparado ¡Mandaremos a ese acelerador al infierno! —exclamó Ben mientras soltaba una carcajada.

—¡Cállate! Nos pueden oír.

—¿Qué más da? Aquí no le importa un carajo a nadie esa máquina.

August intuyó que una persona en la barra les observaba. Miró y la reconoció. Era la mujer de ese maldito periodista científico. Estaba pálida. Seguro que les había oído.

—Estás loco— exclamó Andy—. Hay que buscar otra solución.

—Pues di tu una —le encomendó Ramí.

—¿Y si acabamos con Nueva Génesis? Con todos.

—¿Matarlos? No sé. Hemos cambiado el futuro y aunque hagamos eso no podremos estar seguros de que funcione. Como tú has dicho, seguro que Horo encuentra otra forma para ejecutar su plan. Sólo veo esta solución. ¿Quieres vivir así? No tiene sentido.

—Sí, si puedo compaginar mi vida con mi esposa.

—¿Cómo?¿Explicándole todos los días lo que ocurre?

Andy no se percató de ese detalle. Ir en diferentes direcciones temporales le obligaba a ello. Se quedó sin palabras y empezó a considerar el radical plan de Ramí.

Vera salió corriendo del café. Parecía asustada.

—¡Vamos! —gritó Andy, agarrando del brazo a Ramí.

Vieron a dos hombres salir corriendo tras ella. “Eran ellos, seguro”, pensó Andy.

Vera se metió en el callejón. No tenía salida. Sus perseguidores la tenían atrapada, pero Andy y Ramí llegaron a tiempo. Se abalanzaron sobre los dos asaltantes. Los cuatro cayeron al suelo. Se pudo oír el crujir de huesos de uno de ellos. Se había roto un brazo. El otro, más fuerte, forcejeó y consiguió liberarse de Ramí. Andy, al ver que su contrincante se retorcía de dolor y ya no suponía ningún peligro, fue a ayudar a su amigo. Le agarraron, y como se rebelaba, le golpearon hasta dejarle inconsciente.

Ambos se dejaron caer en el suelo, exhaustos por el combate. Vera estaba petrificada. No se había movido durante toda la acción.

La oscuridad impedía distinguir los rostros.

—Vera, cariño, ¿estás bien?—se interesó Andy mientras se incorporaba e iba a abrazarla.

—Andy, ¿eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Luego te explicó. Antes, vamos a ver quiénes son estos. Venga, arrastrémoslos a la calle —dijo a Ramí.

En la calle, con las luces navideñas, pudieron ver sus rostros. Andy reconoció a uno de ellos al instante: era el perro faldero de Nuri Aldair, August. Éste seguía inconsciente y Ben se retorcía de dolor, procurando no mover el brazo.

—¿Por qué querías asesinar a mi mujer? —preguntó Andy, apretándole el brazo.

—Yo te lo diré—interrumpió Vera—. Les oí planear un atentado contra el centro tecnológico. Se percataron de que había escuchado su conversación, así que salí corriendo. Pero, ¿por qué piensas que iban a matarme?

Andy cogió por el brazo a Vera a la vez que ordenaba a Ramí que vigilara a los frustrados asesinos. Le explicó todo. Ella asentía perpleja, corroborando que le creía. Le dijo que Ramí tenía un plan y cómo sería, pero él no había decidido aún qué hacer. Ambos se

fundieron en un abrazo seguido de un pasional beso.

Vera se quedó mirando fijamente a los ojos de su marido. Se llenó de valor y se lo dijo. Le contó lo de su embarazo y su firme deseo de tener a su hijo. Se iría de la ciudad; no les daría el placer de esperar a que la expulsaran.

Andy estaba perplejo. Aún estaba asimilando la noticia. Después de todo lo sucedido esos días, él también quería tener a su hijo, pero su situación le impediría llegar a conocerlo. Una mezcla de alegría y tristeza le embargó. Iba a tener un descendiente. Alguien de su propia sangre a quien no conocería jamás. Al menos una parte de él seguiría viva.

En esos momentos de confusión, decidió seguir el plan de Ramí. Quizá impidieran el colapso y tendrían una oportunidad para que todo volviera a la normalidad. La alternativa era una vida sin sentido, y más después de saber que iba a ser padre.

Se lo dijo a Vera y ésta se puso a llorar desconsoladamente, pero entendía su motivación. Le besó de nuevo, como si fuera la primera vez y le dijo que no le acompañaría, que no quería verlo.

Andy llamó a la policía de los suburbios. Enseguida se presentaron y arrestaron a los agresores. Los tres estuvieron declarando sobre lo sucedido durante más de una hora. Cuando salieron de la comisaría, Andy y Vera se fundieron en un nuevo beso y se despidieron. Él se fue con Ramí, a cumplir el plan.

Ramí había convocado a todas las personas del mundo que soportasen la anomalía temporal en los centros gubernamentales de sus respectivas ciudades. Ellos fueron a la plaza del ayuntamiento y convocaron allí a todos los medios de comunicación que quisieran asistir.

Andy y Ramí se subieron a lo alto de la escalinata del ayuntamiento y se presentaron. Empuñaron unas pistolas que habían adquirido en los suburbios, y se dispararon en la cabeza.

Toda la prensa del mundo se hizo eco de la noticia. Miles de personas se habían suicidado prácticamente al mismo tiempo en casi todas las grandes ciudades. Nadie se explicaba qué podía haber ocurrido.

Cientos de mensajes inundaron la red. Estaban enviados por todas esas personas que se habían sacrificado. En ellos se identificaban y explicaban lo que iba a ocurrir. Confiaban en que les creyeran. No obstante, al día siguiente estarían vivos de nuevo.